

LA LLAVE DE ORO DE LA ORACIÓN

Texto: *"Clama a mí y yo te responderé y te mostraré cosas grandes y ocultas y que tú no conoces"*.
Jeremías 33:3

Algunas de las obras más documentadas del mundo llevan el olor del aceite de la medianoche; pero las obras, libros y dichos más espirituales y consoladores escritos por los hombres llevan consigo el aroma húmedo de las mazmorras. Podría citar varios ejemplos, sin embargo, El Peregrino de Juan Bunyan es mejor que un ciento de ellos. Y este buen texto que tenemos ante nuestros ojos, enmohecido y frío con la prisión en que yacía Jeremías, tiene, no obstante, un brillo y belleza en él, que jamás hubiera tenido si no hubiera venido como una oración reconfortante del Señor para el prisionero, encerrado en el patio de la cárcel. El pueblo del Señor siempre ha encontrado lo mejor de su Dios cuando se halla en la peor de las condiciones. El es bueno en todo tiempo pero parece dar a conocer su mejor expresión cuando los suyos están en su peor momento. Rutherford tenía un dicho pintoresco; cuando era arrojado en las celdas de la aflicción, se acordaba que el Gran Rey siempre conserva allí su vino, de modo que inmediatamente se ponía a buscar las botellas y a beber "hasta las heces los refinados vinos." Los que bucean en el mar de la aflicción son los que sacan las perlas más preciosas. Compañeras en la aflicción, vosotros sabéis que así es. Vosotros habéis comprobado que El es un Dios fiel, y que cuando abundan vuestras tribulaciones, vuestras consolaciones sobreabundan por Cristo Jesús.

Al escoger este texto para esta mañana, mi oración es que su grata promesa sea escuchada en el corazón de algunos de los prisioneros del Señor; que los que os encontráis apretadamente encerrados y no podéis salir adelante debido a vuestra presente pesadez de espíritu, escuchéis que El os dice al oído en un suave murmullo que llega hasta el corazón: "Clama a mí y yo te responderé y te mostraré cosas grandes y poderosas que tú no conoces."

El texto se divide naturalmente en tres partículas de verdad. Hablaremos de éstas en la medida que Dios el Espíritu Santo nos capacite. En primer lugar, una orden de orar: "Clama a mí"; en segundo lugar, la promesa de una respuesta: "y te responderé"; en tercer lugar, el estímulo a la fe: "y te mostraré cosas grandes y ocultas que tú no sabes."

I. La primera división es: UNA ORDEN DE ORAR.

No se nos aconseja y recomienda solamente que oremos, sino que se nos ordena orar. Esta es una gran condescendencia. Se construye un hospital. Se considera que basta con dar libre admisión a los enfermos que buscan ser atendidos. Pero el consejo del hospital no emite una orden en el sentido de mandar que una persona cruce sus umbrales. En lo más crudo del invierno se abre un comedor social bien abastecido. Se divulga la noticia: allí los pobres pueden comer con solo pedirlo; pero nadie piensa en que el Parlamento promulgue una ley obligando a los pobres a acudir a sus puertas en busca de la caridad ofrecida. Se piensa que basta con dar a conocer hecho sin emitir ninguna ordenanza en el sentido de que los hombres deban aceptarla. Sin embargo, es tan extraña la fatuidad del hombre, por una parte, que se hace necesaria una orden para que tenga misericordia de su propia alma, y tan maravillosa es la condescendencia de nuestro Dios misericordioso, por la otra, que da una orden de amor sin la cual ni siquiera un solo hombre nacido de Adán podría participar del festín del evangelio, antes prefería morir de hambre y no acudir.

Es así como ocurre con la oración. El pueblo mismo de Dios necesita, de otro modo no harán, de un mandamiento para orar. Pero, ¿cómo puede ser esto? Queridos amigos, esto se debe a que nosotros estamos muy sujetos a arrebatos de mundanalidad, si es que ese no es nuestro estado

normal. No nos olvidamos de comer; no olvidamos cerrar nuestras tiendas; no olvidamos ser diligentes en los negocios; no olvidamos retirarnos a nuestros lechos a descansar. Pero con frecuencia olvidamos luchar con Dios en oración, y tener, como debiéramos, largos períodos en consagrada comunión con nuestro Padre y nuestro Dios. Para muchos profesores el libro mayor es tan abultado que no lo pueden mover, mientras la Biblia, que representa su devoción, es tan pequeña que pueden ponerla en el bolsillo del chaleco. ¡Horas para el mundo! ¡Momentitos para Cristo! El mundo recibe lo mejor de nuestro tiempo, mientras nuestra cámara de oración recibe sólo los desechos. Damos nuestra fuerza y frescura a los caminos de Mammón, y nuestra fatiga y languidez a los caminos del Señor. Por eso es que se hace necesario un mandamiento para participar del acto mismo que debiera constituir nuestra mayor felicidad, del privilegio más alto que podamos tener, esto es, ir al encuentro de nuestro Dios. "Clama a mí," dice El, porque sabe que somos dados a olvidarnos de clamar a El. "¿Qué tienes, dormilón? Levántate, y clama a tu Dios," es una exhortación que necesitamos nosotros hoy tanto como Jonás en medio de la tormenta.

El entiende cuan pesados están nuestros corazones cuando estamos bajo una sensación de pecado. Satanás nos dice: "¿Por qué tienes que orar? ¿Cómo piensas prevalecer? En vano estás diciendo 'me levantaré e iré a mi Padre,' porque no eres digno ni siquiera de ser como uno de sus jornaleros. ¿Cómo puedes mirar el rostro del Rey después de haberlo traicionado? ¿Cómo te atreves a acercarte al altar que tú mismo has mancillado, y cuando el sacrificio que podrías ofrecer es pobre e inmundo?" ¡Oh, hermanos, qué bueno es que se nos mande a orar, o nosotros también en tiempos de pesadez podríamos desechar la idea! Si Dios me lo ordena, indigno como soy, me arrastraré hasta el estrado de la gracia. Puesto que él dice: "Orad sin cesar," aunque mis palabras falten y mi corazón divague, todavía podré balbucear los deseos de mí alma hambrienta y decirle: "¡Oh Dios, enséñame por lo menos a orar, y ayúdame a prevalecer delante de ti!"

¿No se nos ordena a orar, además, debido a nuestra frecuente incredulidad! La incredulidad murmura: "¿Qué provecho tiene el que busque al Señor en tal y tal cosa? Sea algo muy trivial, o demasiado relacionado con cosas temporales, o una cuestión en torno a la cual has pecado demasiado, o algo demasiado elevado, demasiado difícil, una cuestión demasiado complicada, ¡no tienes derecho a poner eso delante de Dios!" Esto es lo que sugiere desde el infierno el enemigo inmundo. Por eso permanece escrito como un precepto para todos los días y apropiado para cada caso en que pueda verse envuelto un cristiano: "Clama a mí...clama a mí." ¿Estás enfermo? ¿Quieres ser sanado? ¡Clama a mí, porque soy el Gran Médico! ¿Te turba la providencia? ¿Temes que no podrás sostenerte con honestidad delante de los hombres? ¡Clama a mí! ¿Te provocan disgustos tus hijos? Estás sintiendo aquello que es más agudo que los dientes de una víbora, la ingratitud de tu hijo? ¡Clama a mí! ¿Son tus penas pocas pero dolorosas, como pequeñas puntas y aguijonazos de espinas? ¡Clama a mí! ¿Es tu carga pesada, tanto que parece que tus espaldas cederán bajo ella? ¡Clama a mí! "Echa sobre Jehová tu carga, y él te sustentará; no dejará para siempre caído al justo."

No hemos de dar por terminado nuestro primer punto antes de hacer otra observación. Debemos alegrarnos mucho en el hecho de que Dios nos ha dado este mandamiento en su palabra para que sea seguro y permanente. Podría ser un interesante ejercicio para algunos de vosotros descubrir con cuánta frecuencia se nos manda a orar. Os sorprendería descubrir con cuantas veces se os dan palabras como éstas: "Invócame en el día de la angustia y yo te libraré"; "Oh, pueblos, derramad delante de él vuestro corazón;" "buscad a Jehová mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cercano;" "Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá;" "Velad y orad, para que no entréis en tentación;" "Orad sin cesar;" "acerquémonos confiadamente al trono de la gracia;" "Acercaos a Dios y él se acercará a vosotros;" "Perseverad en la oración." No es

necesario multiplicar los ejemplos en un punto en que no puedo ser exhaustivo. Basta con coger dos o tres de esta gran bolsa llena de perlas. ¡Vamos cristiano!, no debes jamás preguntar si tienes derecho a orar; no debes jamás preguntar. ¿Me permite entrar en su presencia?" Puesto que tienes tantos mandamientos (y los mandamientos de Dios son promesas, son todos habilitantes), puedes acercarte confiadamente al trono de la gracia celestial, por el camino nuevo y vivo del velo roto. Pero hay oportunidades en que Dios no solo en la Biblia manda a su pueblo a orar, sino que también lo hace ordenándoles que oren en forma directa por medio de los impulsos de su Espíritu Santo. Vosotros, los que conocéis la vida interior, me comprenderéis al instante. En medio de vuestro trabajo sentís un repentino apremio por retiraros a orar. Podría ser que al principio no notéis particularmente la inclinación, pero una y otra vez vuelve, y vuelve:

"¡Retírate y ora!" En cuanto a la oración, encuentro que soy como un molino de agua que corre muy bien mientras hay agua en abundancia, pero que va perdiendo fuerza a medida que el arroyo baja; o como el barco que vuela sobre las aguas extiende todo su velamen cuando el viento es favorable, pero que tiene que mover laboriosamente las velas para captar algo de una pequeña brisa favorable. Ahora bien, me parece que cuando quiera que nuestro Señor os dé la inclinación especial a orar, debéis duplicar vuestra diligencia. Debéis orar siempre y no desmayar, pero, cuando él pone en vuestro corazón un deseo especial de orar, y sentís una aptitud peculiar y gozo en ello, tenéis, además del mandamiento que os obliga constantemente, otra orden que os llevará a una grata obediencia. En tales ocasiones pienso que podríamos estar en la posición de David, a quien dijo el Señor: "Cuando oigas ruido como de marcha por las copas de las balsameras entonces te moverás." El ruido de marcha en las copas de las balsameras bien podrían ser las pisadas de ángeles que venían apresuradamente a ayudar a David, entonces David debía a atacar a los filisteos, y así cuando las misericordias de Dios se aproximan, sus pisadas son nuestros deseos de orar; y nuestros deseos de orar deben ser una indicación inmediatamente que ha llegado el momento divino de favorecer a Sion. Siembra abundantemente ahora, porque tu cosecha es segura. Lucha ahora, Jacob, porque estás a punto de convertirte en un príncipe que prevalece, y tu nombre será llamado Israel. Ahora es tu tiempo, mercader espiritual; el mercado está en alta, haz mucho negocio; tu ganancia será alta. Preocúpate de usar en forma correcta la hora dorada, y realiza tu cosecha mientras todavía brilla el sol.

II. Consideremos ahora nuestro segundo punto: LA PROMESA DE UNA REPUESTA

No debiéramos soportar ni siquiera por un minuto el horroroso y lamentable pensamiento de que Dios no responderá la oración. Su naturaleza, según se manifiesta en Jesucristo, demanda que así sea. El se ha revelado en el evangelio como Dios de amor, lleno de gracia y verdad; así, ¿cómo podría negarse a ayudar a aquellas criaturas suyas que humildemente buscan su rostro y su favor de este modo por él mismo establecido?

En una ocasión, el senado ateniense consideró más conveniente reunirse al aire libre. Mientras estaban sentados en sus deliberaciones, un gorrión, perseguido por un halcón, voló en dirección al senado. Perseguido muy de cerca por el ave de presa, buscó refugio en el seno de uno de los senadores. Este, hombre de carácter rudo y vulgar, tomó el ave de su seno, la aplastó contra el suelo y la mató. Al instante todo el senado se puso de pie en medio de un rugido, y sin una sola voz de disenso, lo condenó a la muerte, como indigno de sentarse en el senado con ellos o de ser llamado un ateniense, puesto que había negado el socorro a una criatura que había confiado en él. ¿Podemos suponer que el Dios del cielo, cuya naturaleza es amor, va a echar de su seno la pobre paloma que revolotea huyendo del águila de la justicia y se refugia en el seno de su misericordia?

¿Nos dará la invitación de buscar su rostro, y cuando nosotros, como él sabe, con tanta vacilación de temor, reunimos valor para volar a su seno, será entonces tan injusto y carente de gracia como para olvidarse de oír nuestro clamor y respondernos? No pensemos tan mal del Dios del cielo.

Recordemos luego, junto con su naturaleza, su carácter pasado. Me refiero al carácter que le ha hecho famoso a través de sus pasadas obras de gracia. Considerad, hermanos míos, aquella grandiosa exhibición de amor —si quisiéramos nombrar un millar, no podríamos dar una mejor ilustración del carácter de Dios que aquel hecho grandioso—"El que no escatimó ni a su propio hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo -y esta no es mi inferencia, sino la inspirada conclusión del apóstol- no nos dará también con él todas las cosas?" Si el Señor no se niega a escuchar mi voz siendo pecador culpable y enemigo, ¿cómo va a desechar mi clamor ahora que he sido justificado mi corazón no conocía, y no buscaba ayuda, si después de todo no me escuchará ahora que soy su hijo y su amigo? Las heridas sangrantes de Cristo son la segura garantía de la oración contestada. En su peculiar poema *The Bag* (La Bolsa), George Herbert representa al Salvador diciendo:

Si hay algo que quieras mandar o escribir (no lleve valija pero hay siempre lugar,) para entregar de mi padre en las manos, (créeme) de seguro lo va a recibir porque me preocuparé de tu encargo.

Cerca de mi corazón lo puedes poner y si otros quisieran emplearme así, la puerta hallan abierta de par en par, y, lo que envíe, en manos del Padre entregaré acrecentado para que reciba más.

Ciertamente el pensamiento de George Herbert era que la expiación por sí misma es una garantía de que la oración debe ser oída, que la gran herida hecha junto al corazón del Salvador, que dio paso a la luz para ver las profundidades del corazón de la divinidad, era una prueba de que aquel que se sienta en los cielos quiere escuchar el clamor de su pueblo. Si piensas que la oración es inútil, estás haciendo una lectura equivocada del Calvario.

Pero, amados, tenemos La promesa de Dios al respecto, y El es Dios, que no puede mentir. "Invócame en el día de la angustia... te responderé." ¿No ha dicho "Todo lo que pidáis en oración, creyendo, lo recibiréis?" Por cierto, no podemos orar a menos que creamos esta doctrina; "porque es necesario que el que a Dios se acerca, crea que El es galardonador de los que le buscan"; y si tenemos alguna duda en cuanto a que nuestra oración sea leída somos comparables con los que tienen doble ánimo: "Porque el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y es echada de una parte a otra. No piense pues, quien tal haga, que recibirá cosa alguna del Señor."

Podría además dar fuerza a nuestro argumento si decimos que nuestra experiencia no lleva a creer que Dios contestará la oración. Yo no puedo hablar por ti; pero puedo hablar por mí. Si hay algo que yo sé, algo de lo cual estoy seguro más allá de todo duda, es que las palabras de una oración jamás se gastan en vano. Si no hay hombre alguno aquí que se atreva a decirlo, yo me atrevo a afirmarlo, y sé que puedo probarlo. Mi propia conversión es el resultado de largas, afectuosas, fervientes e importunas oraciones. Mis padres oraban por mí; Dios oyó sus clamores, y aquí estoy para predicar el evangelio. Desde entonces, me he aventurado en empresas que estaban muy por arriba de mi capacidad, pero nunca he fracasado, porque me he arrojado en los brazos del Señor.

Vosotros sabéis como iglesia que no he tenido escrúpulos para fijarme en grandes ideas de lo que podríamos, hacer para Dios. Y todo lo que nos hemos propuesto lo hemos cumplido. He buscado la ayuda de Dios, su socorro y auxilio en todas las múltiples empresas, y aunque no puedo contar aquí la historia de mi vida privada mientras he hecho la obra de Dios, si la escribiera sería

una prueba firme de que hay un Dios que contesta la oración. El ha oído mis oraciones, no de vez en cuando, no un par de veces, sino muchísimas veces, tantas, que se ha convertido en un hábito el exponer mi causa delante de Dios con la absoluta certeza de que lo que le pida, El me lo concederá. Ahora no es un "quizás" o una posibilidad. Sé que mi Señor me contesta, y no me atrevo a dudar, porque sería ciertamente una necedad el hacerlo. Así como estoy seguro que una cantidad de fuerza sobre una palanca levantará una cosa pesada, yo sé que una cierta cantidad de oración trae la bendición. Como la primavera lo llena todo de flores, así las súplicas aseguran las misericordias. En todo trabajo hay ganancia, pero más que en todos la hay en la obra de intercesión; de estoy seguro, porque de ello he tenido mi cosecha.

Pero recuerda que la oración siempre se ofrece en sujeción a la voluntad de Dios; que cuando decimos "Dios oye la oración, no queremos decir con ello que él siempre nos da literalmente lo que pedimos. Sin embargo, queremos decir esto, que él da lo que es mejor para nosotros y que si él no nos da la misericordia que la pedimos en plata, la concede en oro. Si no nos quita el aguijón en la carne, nos dice "Bástate mi gracia," y eso finalmente equivale a lo mismo.

Lord Bolinbroke decía a la condesa de Huntingdon: "No puedo entender, señoría, cómo puede usted hacer una oración sincera que armonice con la voluntad divina." "Mi Lord, dijo ella, "Eso es algo que no ofrece dificultad. Si yo fuera de la corte de algún generoso rey, y él me diera autorización para solicitar de él cualquier favor, yo ciertamente le diría: "¿Querría su majestad en su gracia concederme tal y tal favor? Pero, aunque lo deseo mucho, si en alguna forma empañara el honor de vuestra majestad, o si según el criterio de su majestad parece bien que no reciba tal favor, estaré tan contenta sin él como si lo hubiera recibido." Así que usted puede ver que yo puedo presentar sinceramente mi petición, pero sumisamente dejar la respuesta en las manos del rey." Lo mismo ocurre con Dios. Nosotros nunca ofrecemos una oración sin insertar aquella oración: "Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya." Solamente podemos orar sin un "si" condicional cuando estamos seguros de que nuestra voluntad es la voluntad de Dios, porque la voluntad de Dios completamente nuestra voluntad.

III. Llegamos a nuestro tercer punto, que, pienso, está lleno de aliento para todos los que se ejercitan en el arte bendito de la oración: EL ESTIMULO A LA FE: "Te enseñaré cosas grandes y ocultas que tú no conoces."

Notemos que esto originalmente se le dijo a un profeta en prisión, y por de contado, como todo maestro puede conocer las verdades reservadas, las verdades más elevadas y misteriosas de Dios, es esperando en Dios en oración. Ayer, mientras leía el libro de Daniel noté en forma muy especial cómo Daniel descubrió el sueño de Nabucodonosor. Los encantadores, magos, astrólogos y caldeos trajeron sus curiosos libros, y sus extraños instrumentos, y comenzaron a pronunciar sus abracadabra y realizar toda suerte de encantamientos misteriosos, pero todos fracasaron. ¿Qué hizo Daniel? Se puso a orar, y sabiendo que la oración de un cuerpo unido de hombres prevalece mejor que la oración de uno solo, vemos a Daniel invitando a sus hermanos a unírsele en ferviente oración para que Dios, en su infinita misericordia, quisiera darle a conocer la visión. Y en el caso de Juan, que es el Daniel del Nuevo Testamento, recordaréis que él vio un libro en la mano derecha de Aquel que estaba sentado en el trono, un libro sellado con siete sellos, no hallándose a nadie digno de abrir los sellos. ¿Qué hizo Juan entonces? El libro fue abierto por el León de la Tribu de Judá, que había prevalecido para abrir el libro, pero está escrito que antes que el libro se abriese, "yo lloraba mucho." Sí y las lágrimas de Juan, que eran sus oraciones líquidas, fueron en lo que a él respecta, las llaves sagradas por las cuales fue abierto el libro sellado.

Hermanos en el ministerio, vosotros que sois maestros en la Escuela Dominical, y todos los que

sois estudiantes en la escuela de Jesucristo, os ruego que recordéis que la oración es vuestro mejor medio de estudio. Como Daniel entenderéis el sueño y la interpretación, cuando la busquéis en Dios. Y como Juan veréis los siete sellos abiertos entregándoos las preciosas verdades después que hayas llorado mucho. "Si clamares a la inteligencia, y a la prudencia dieres tu voz; si como a la plata la buscares, y la escudriñares como a tesoros, entonces entenderás el temor de Jehová, y hallarás el conocimiento de Dios." Las piedras no se rompen sino por medio del uso aplicado del martillo, y el picapedrero usualmente se pone de rodillas. Utilizad el martillo de la verdad, y además ejercitad la rodilla de la oración y las doctrinas de la Revelación, duras como roca, necesarias a vuestro entendimiento, se abrirán delante de vosotros el ejercicio de la de y la oración. "Bene orasse est bene studisse" es una sabia sentencia de Lutero, que ha sido citada con tanta frecuencia, que apenas nos hemos atrevido a hacer una alusión a ella. "Haber orado bien es haber estudiado bien." Puedes abrirte camino a través de cualquier cosa con la vara de la oración. Los pensamientos y los razonamientos suelen ser como cuñas de acero que pueden abrir un camino hacia la verdad, pero la oración es la llave, la palanca que abre el cofre de acero del misterio sagrado, para obtener el tesoro allí escondido sólo para quienes pueden abrir con esfuerzo una vía para alcanzarlo. El reino de los cielos todavía sufre violencia y los violentos lo arrebatan. Cuidaos de trabajar con el poderoso implemento de la oración, y nada podrá oponerse a vosotros.

Sin embargo, no debemos detenernos aquí. Hemos aplicado el texto a un solo caso. Se puede aplicar a cientos. Queremos señalar otro. El santo debe esperar descubrir una experiencia más profunda y conocer más de una vida espiritual más elevada al dedicarse más a la oración. Hay diferentes traducciones de mi texto. Una versión dice: Te mostraré cosas grandes y reservadas que tú no conoces." Ahora bien, no todos los progresos en la vida espiritual son igualmente fáciles de alcanzar. Están las estructuras comunes y los sentimientos de arrepentimiento, fe, gozo y esperanza que los disfruta toda la familia. Pero hay una esfera superior de raptó, de comunión y de unión consciente con Cristo que están lejos de ser lugares comunes para los creyentes. Todos los creyentes ven a Cristo. Pero no todos pueden poner sus dedos en las huellas de los clavos, ni meter sus manos en su costado. No todos tenemos el privilegio que Juan tuvo de reclinarsse sobre el pecho de Jesús, ni el de Pablo de ser arrebatado al tercer cielo.

En el arca de la salvación encontramos primero, segundo y tercer piso. Todos están en el arca, pero no todos están en el mismo piso. La mayoría de los cristianos, en cuanto al río de la experiencia, tienen el agua solamente hasta los tobillos. Otros han vadeado el río hasta que las aguas les llegan a las rodillas; unos pocos encuentran que el agua les llega al pecho. Pero solo unos pocos-jcuán pocos! encuentran que es un río en el cual pueden nadar, cuyo fondo no pueden tocar. Hermanos míos, hay alturas en el conocimiento experimental de las cosas de Dios que el ojo de águila de la perspicacia y del pensamiento filosófico no han logrado ver. Y hay senderos secretos que el cachorro de león de la razón y el juicio aún no han aprendido a transitar. Solamente Dios nos puede llevar hasta allí. Pero la carroza en que nos levanta, y los caballos de fuego que tiran la carroza, son las oraciones prevalecientes. La oración que prevalece es victoriosa por la misericordia de Dios. "Con su poder venció al ángel; Venció al ángel y prevaleció; lloró y le rogó; en Betel le halló, y allí habló con nosotros." La oración que prevalece conduce al creyente hasta el Carmelo y le habilita para cubrir los cielos con nubes de bendición, y la tierra con corrientes de misericordia. La oración prevaleciente lleva al cristiano a lo alto del Písga y le muestra la herencia que tiene reservada. Lo eleva al Tabor y lo transfigura hasta que en la semejanza de su Señor, como El es, así somos nosotros en este mundo. Si quieres alcanzar algo más alto que la ordinaria experiencia de humillación, mira a la roca que es más alta que tú, y con los ojos de la de mira a través de las ventanas de la oración importuna. Así que, para crecer en experiencia, debe haber

mucha oración.

Os ruego tengáis paciencia conmigo mientras aplico este texto a unos dos o tres casos más. Es ciertamente verdadero para el que sufre pruebas. Si en oración espera a Dios, recibirá una liberación mucho mayor que lo que pudiera haber soñado: "Cosas grandes y poderosas que tú no conoces." Este es el testimonio de Jeremías: "Te acercaste el día que te invoqué; dijiste: 'No temas.' Abogaste, Señor, la causa de mi alma; redimiste mi vida." Y el de David es el mismo: "Desde la angustia invoqué a JAH, y me respondió JAH poniéndome en lugar espacioso... Te alabaré porque me has oído, y me fuiste por salvación." Y también: "Clamaron a Jehová en su angustia y él los libró de sus aflicciones. Los dirigió por camino derecho para que viniesen a ciudad habitable." "Mi marido ha muerto," dijo la pobre mujer, "y ha venido el acreedor para tomarse dos hijos míos por siervos." Ella esperaba que Elíseo posiblemente dijera: "¿Cuánto debes? Yo pagaré." En lugar de hacer eso, él multiplicó el aceite hasta que pudo decirle: "Paga a tus acreedores, y" -- ¿para qué era el "y"? — "tú y tus hijos vivid de lo que quede." Con mucha frecuencia ocurrirá que Dios no solamente ayudará a su pueblo a cruzar los lugares cenagosos del camino llevará a salvo a través de todo el viaje.

Fue un milagro realmente notable. Cuando en medio de la tormenta Jesucristo vino caminado sobre el mar, los discípulos lo recibieron en la barca, y no sólo se calmó el mar, sino que está escrito: "La barca, llegó en seguida a la tierra adonde iban."

Esa fue una misericordia superior a lo que habían pedido. A veces os escucho orar usando una cita que no está en la Biblia: Es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que podemos pedir o entender." No dice así en la Biblia. Yo no sé lo que podemos pedir o lo que podemos entender. Pero dice: "Es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos." Entonces, queridos amigos, cuando estemos en gran tribulación digamos solamente: "Ahora estoy en prisión; cual Jeremías, oraré como él lo hizo, porque tengo el mandamiento de Dios de Hacerlo; y esperaré, como él lo hizo, hasta ahora por mí desconocidas. El no solamente va a conducir a su pueblo a través de la batalla, protegiendo sus cabezas en ella, sino que los llevará adelante con los estandartes ondeando, para repartir despojos con los poderosos, y reclamar su porción con los fuertes. Esperad grandes cosas de un Dios que os da promesas tan grandes como éstas.

Además, aquí hay estímulo para el obrero. Mis queridos amigos, esperad mucho de Dios en oración, pues tenéis la promesa de que El hará por ti casas mayores que las que conoces. No sabemos cuánta capacidad de servicio hay en nosotros. Aquella quijada de asno tirada en tierra, ¿qué podía hacer?

Nadie sabe para qué sirve. Pero en las manos de Sansón, ¿qué no puede hacer? Nadie duda de lo que puede hacer ahora que Sansón la esgrime. Y tú, amigo, frecuentemente te has considerado tan desdeñable como ese hueso, y has dicho: "¿Qué puedo hacer?" Sí, pero cuando Cristo por su Espíritu te toma, ¿Qué no puedes hacer? Ciertamente puedes adoptar el lenguaje del apóstol Pablo y decir; "Todo lo puedo en Cristo que me fortalece."

Sin embargo, no debéis depender de la oración sin esfuerzo. En una escuela había una chica que conocía al Señor. Muy graciosa, sencilla y confiada. Como debe ser, la gracia se desarrolló en la chica conforme a su posición. Sus lecciones siempre eran las mejores de la clase. Otra chica le dijo, "¿Cómo logras que tus lecciones siempre estén bien?" "Oro a Dios para que me ayude a aprender mis lecciones," respondió ella. "Bien," pensó la otra, "Yo haré lo mismo." Al día siguiente, cuando se paró a dar su lección y no supo nada, sintiéndose desgraciada, se quejó a la otra y le dijo: "¿Por qué yo oré a Dios pidiéndole que me ayudara a aprender la lección y hoy no supe nada de ella? ¿Para qué sirvió la oración?" "Pero, te sentaste para tratar de aprenderla?" "Oh,

no," dijo ella. "Ni siquiera miré el libro." "Ah," dijo la otra, "Yo le pedí a Dios que me ayudara a aprender la lección, pero enseguida me senté a estudiarla, y seguí en ello hasta que la supe bien, y la aprendí con facilidad, porque mi deseo sincero, que había expresado a Dios, era que me ayudara a ser diligente en mi esfuerzo por cumplir mis deberes."

Así ocurre con algunos que vienen a las reuniones de oración y oran, y luego se cruzan de brazos y se van esperando que la obra de Dios siga adelante. Como la mujer negra que cantaba: "Vuela, vuela, poderoso evangelio," pero no puso dinero en el ofrendero. Su amiga le tocó el brazo y le dijo: "Pero, ¿cómo puede volar, si tú no le das alas?" Hay muchos que parecen ser muy poderosos en oración, maravillosos en sus súplicas, pero luego requieren que Dios haga lo que ellos pueden hacer por sí mismos, y por lo tanto Dios no hace nada por ellos. "Dejaré mi camello desatado," dijo un árabe a Mahoma, "y confiaré en la providencia." "Átalo firmemente," dijo Mahoma, "y luego confía en la providencia."

Así, vosotros que decís, "Oraré y confiaré mi iglesia, o mi clase o mi obra a la bondad de Dios," más bien podríais oír la voz de la experiencia y la sabiduría que dice: "Haz lo mejor de tu parte; trabaja como si todo dependiera de tu labor; como si tu propio brazo pudiera traerte salvación"; "y cuando hayas hecho todo bien, reposa sobre aquel sin el cual es en vano levantarse temprano, retirarse tarde y comer el pan del esmero. Y si él te da un camino expedito dale las gracias."

No los detendré por muchos minutos más, pero quiero destacar que esta promesa debe probar su utilidad para consolar a los que interceden en favor de otros. Vosotros, que estáis clamando a Dios para que salve a vuestros hijos, que bendiga a vuestros vecinos, que se acuerde de vuestros maridos o de vuestras esposas en su misericordia, podéis recibir consuelo de esto: "Te mostraré cosas grandes y ocultas que tú no conoces."

Un célebre ministro del siglo pasado, el Sr. Bailey, era hijo de una madre piadosa. Esta madre casi había cesado de orar por su marido, que era hombre muy impío, y un perseguidor amargo. La madre oraba por su hijo, y cuando tenía unos once o doce años, la eterna misericordia le halló. Tan dulcemente instruido fue el niño en las cosas de Dios, que la madre le pidió -y por algún tiempo él siempre lo hizo- que dirigiera el devocional familiar en la casa. Mañana y tarde este pequeño abría la Biblia; y aunque el padre no se dignaba a quedarse para la oración familiar, en una oportunidad tuvo curiosidad por saber "qué salida le daría al asunto el niño," de modo que se detuvo fuera de la puerta, y Dios bendijo la oración de su hijo, menor de trece años, dándole la conversión. La madre bien podría haber leído mi texto con ojos llenos de lágrimas, y decir: "Sí, Señor, tú me has mostrado cosas grandes y poderosas que yo no conocía; no solamente has salvado a mi hijo, sino también, por medio de mi hijo has llevado a mi marido hasta la verdad."

No puedes imaginar la gran bendición con que Dios te bendecirá. Si sólo llegas y te paras a Su puerta, no puedes decir qué es lo que tiene reservado. Si no le ruegas, nada recibirás. Pero si le ruegas, no te va a dar los huesos y los restos de carne, sino que dirá al que sirve su mesa: "Toma esa carne primorosamente servida y ponía ante ese pobre hombre." Rut fue a espigar; esperaba tener unas pocas espigas; pero Booz le dijo: "Que recoja también espigas entre las gavillas, y no la avergoncéis," y además le dijo, a la hora de la comida: "Ven aquí, y come del pan, y moja tu bocado, en vinagre." ¡Ella encontró un marido donde sólo esperaba encontrar un puñado de cebada! Así cuando oramos por los demás, Dios puede darnos tales misericordias que nos quedamos asombrados ante ellas puesto que esperábamos solo un poco. Acordaos de lo que se dice de Job , aprended su lección: "Jehová dijo ...: Mi siervo Job orará por vosotros: porque de cierto a él atenderé para no trataros afrentosamente, por cuanto no habéis hablado de mí con rectitud como mi siervo Job." Y quitó Jehová la aflicción de Job, cuando él hubo orado por sus amigos; y aumentó al

doble todas las cosas que habían sido de Job."

Ahora, esta palabra para terminar. Algunos de vosotros estáis buscando vuestra conversión. Dios ha vivificado vuestro interés por orar por vuestras propias almas. No os alegra el ir al infierno. Queréis el cielo. Queréis lavaros en la sangre preciosa. Queréis la vida eterna. Queridos amigos, os ruego que os apropiéis de este texto- Dios mismo lo ha dicho para vosotros- "Clama a mí y te responderé y te mostraré cosas grandes y ocultas que tú no conoces." Tomadle inmediatamente la palabra a Dios. Regresad a casa, entrad en vuestro cuarto, cerrad la puerta y probadlo. Jóvenes, probadle, y ved si él es fiel o no. Si Dios es veraz, no podéis buscar misericordia en sus manos por medio de Cristo y recibir una repuesta negativa. Puesto que su propia promesa y su carácter lo obligan, él debe abriros las puertas de la misericordia cuando llamáis de todo corazón. Dios te ayude, creyendo en Cristo Jesús, a clamar en voz alta a Dios y su repuesta de paz está ya en camino para encontrarse contigo. Le oirás decir: "Tus pecados, que son muchos, han sido perdonados." ¡Que Dios os bendiga a causa de su amor! Amén.

EL CLAMOR DEL CUERVO

Texto: *"El da a las bestias su mantenimiento, y a los hijos de los cuervos que claman."*
Salmo 147:9

Iniciaré este sermón con una cita. Debo repetiros las palabras de Caryl sobre los cuervos. "Los naturalistas nos dicen que cuando el cuervo ha dado alimento a su hijo en el nido hasta que está bien emplumado y capacitado para volar lejos, lo echa a empujones del nido, y no lo deja regresar dejando que busque sus propios medios de subsistencia. Ahora bien, cuando estos jóvenes cuervos salen en su primer vuelo del nido, y están poco familiarizados con los medios de ayudarse a sí mismos con alimento, entonces el Señor les provee. Autoridades fidedignas dicen que el cuervo es maravillosamente estricto y severo en esto, porque en cuanto sus hijos están en condiciones de proveerse por sí mismos, ya no les trae más alimento. Aun más, hay quienes afirman que los viejos no los dejarán permanecer en el mismo territorio en que fueron criados. Si se quedan, deben vagar. Proverbialmente se dice: La necesidad aguza el ingenio de los viejos. Podemos agregar y el de los jóvenes también. Ha sido, y posiblemente aún es, práctica de algunos padres con sus hijos que, en cuanto pueden valerse por sí mismos, y se encuentran en condiciones de ganarse el pan, se les pida que salgan de la casa, como el cuervo hace con sus jóvenes echándoles del nido. Ahora, el Señor dice en el texto, cuando los cuervos jóvenes se encuentran en esta condición, de que son echados del nido y vagan faltos de alimento, ¿quién les provee? ¿No soy yo, el Señor? ¿No soy yo, que proveo para el cuervo mayor, quien provee para sus hijos, tanto cuando viven en el nido como cuando vagan faltos de alimento?"

Salomón manda al perezoso a mirar a la hormiga, y saca lecciones de los conejos, los galgos, y las arañas. Dejemos que algunas de las criaturas de Dios nos enseñen esta noche, y lleguemos hasta el nido del cuervo como si fuera la escuela.

Nuestro bendito Salvador una vez derivó un poderoso argumento de los cuervos ("aves del cielo") -argumento que tenía por objetivo consolar y animar a sus servidores que estaban oprimidos por las innecesarias angustias de sus necesidades temporales. A ellos les dijo: "Mirad los cuervos, que ni siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial los alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que las aves?"

Siguiendo la lógica del Maestro, esta noche argumentaré de esta manera: Considerad los cuervos cuando gritan, con graznidos ásperos, inarticulados, notas con las que dan a conocer su necesidad, y vuestro Padre celestial responde sus oraciones y les envía su alimento. ¿No sois vosotros mucho mejores que ellos? ¿Escucha él el clamor de los cuervos aun no emplumados en sus nidos, cuando hambrientos le piden a gritos que los cuide y los alimente? ¿Les provee en respuesta a sus clamores y no responderá a tu clamor, pobre y tembloroso hijo de los hombres que estás buscando su rostro y su favor por medio de Jesucristo? Toda nuestra preocupación esta noche será elaborar solamente ese pensamiento. Bajo la dirección del Espíritu Santo, mi objetivo esta noche es decir algo a quienes han estado pidiendo misericordia, pero aún no la han recibido; a los que durante meses han caído de rodillas con un solo clamor enorme y amargo, pero que aun no han conocido el camino de paz. Sus pecados todavía cuelgan de su cuello como piedras de molino. Siguen sentados en el valle de sombra de muerte. Ninguna luz les ha amanecido y se retuercen las manos mientras gimen: "¿Ha olvidado Dios otorgar su gracia? ¿Ha cerrado su oído a las oraciones de las almas que le buscan? ¿No se ocupará más de los lastimeros clamores de los pecadores? ¿Caerán en tierra las lágrimas de los penitentes y ya no se moverá a compasión?"

Satanás también te está diciendo, querido amigo, que ahora estás en ese estado de mente, que Dios nunca te oirá. Que te dejará gritar hasta que mueras, que pasarás tu vida en suspiros y lágrimas, y que al final serás arrojado en el lago de fuego. Deseo daros esta noche algo de consuelo y de aliento. Quiero exhortaros a que con más vehemencia hagáis oír vuestro clamor, a que os acerquéis a la cruz, os aferréis de ella y os propongáis la bendición que vuestra alma anhela. Si Dios el Espíritu Santo me ayuda, quiero moveros a que digáis en vuestros corazones, como la reina Ester: "*Entraré a ver al rey... y si perezco, que perezca.*" Y podrías añadir las palabras del voto de Jacob: "¡No te dejaré ir si no me bendices!"

Entonces, ésta es la pregunta en consideración: DIOS OYE A LOS CUERVOS QUE DEJAN EL NIDO; ¿NO OS OIRÁ A VOSOTROS?

I. Digo que sí, primero, cuando recuerdo que es solamente un cuervo el que clama, y que vosotros, en algunos sentidos, sois mucho mejores que un cuervo. El cuervo es solo una pobre ave inmunda, cuya muerte instantánea no deja un lugar vacío en la creación. Si mañana se le retorciera el cuello a un millar de cuervos, creo que no habría ningún pesar o dolor vehemente en el universo al respecto. Sería solamente una cantidad de pobres pájaros muertos, y nada más. Pero tú eres un alma inmortal. Cuando muere, el cuervo está acabado; no hay más cuervo. Pero cuando pase tu vida presente, no habrás cesado de existir. Has sido lanzado al mar de la vida. Sólo has comenzado a vivir para siempre. Podrás ver las viejas montañas de la tierra derrumbarse y quedar en nada antes que pueda expirar tu Espíritu inmortal. La luna habrá oscurecido su pálida luz, y los fuegos más poderosos del sol habrán sido apagados en perpetua oscuridad, pero tu espíritu seguirá todavía su marcha en la carrera eterna, carrera de miseria, si Dios no oye tu clamor.

Oh, verdad inmensurable,
¡este mortal se vestirá de inmortalidad!
El pulso de la mente no dejará su función,
palpita por siempre vivificado por Dios,
¡eterno como su propia eternidad!
Por sobre ángeles o más bajo que el valle,
exaltado en gloria, o en vergüenza condenado,
su destino irresistible el hombre encuentra.

¿Piensas, entonces, que Dios oye al pobre pájaro que es y no es, que está aquí por un momento y luego es borrado de la existencia, y no te oírás a ti, alma inmortal, cuya existencia es semejante a la Suya? Creo que con seguridad puedes darte cuenta que si El oye al cuervo que muere, también oírás al hombre inmortal.

Más aun, jamás he oído decir que los cuervos hayan sido hechos a la imagen de Dios; pero encuentro que contaminada, deformada y degradada como nuestra raza está, no obstante, originalmente Dios dijo: "Hagamos al hombre a nuestra imagen." Hay algo en cuanto al hombre que no se encuentra en las criaturas inferiores, de las cuales las mejores, y más nobles están inmensurablemente por debajo del menor de los hijos de Adán. Hay una dignidad en la humanidad que no se puede encontrar en las bestias del campo, sean cuales fueran. El behomet y el leviatán son puestos en sujeción bajo el pie del hombre. El águila no puede alimentarse de manjares reales tan exquisitos como los que su espíritu gusta. ¿Y crees que Dios oye a una criatura tan baja e infirma como un cuervo y no te oírás a ti, siendo que eres uno de la raza que fue formada a su imagen? ¡Oh, no pienses tan dura y neciamente de Aquel cuyos caminos son siempre armoniosos! Plantearé esto para que responda vuestro propio corazón. ¿No te enseña la naturaleza misma que el hombre debe ser cuidado más que las aves del cielo? Si oyes los graznidos de los jóvenes cuervos, puede ser que sientas algo de compasión y les des algo de alimento, si es que sabes lo que comen. Pero no puedo pensar que hasta aquí alguien que daría ayuda a un pájaro y que no volaría sobre las alas de la compasión al rescate de un niño que perece y cuyos gritos puedes oír proceden del lugar donde fue dejado por cruel descuido? Si oyes, en el silencio de la noche, el grito lastimero de un hombre que muere enfermo, sin compasión en las calles, ¿no te levantarías para ayudarlo? Estoy seguro que lo harás si eres de aquellos que ayudarían a un cuervo. Si tienes compasión por un cuervo, mucho más la tendrás de un hombre. Y ¿no crees que Dios, el todo sabio, que cuida de estos pájaros desplumados en el nido, con toda seguridad tendrá cuidado de ti? Tu corazón dice: "Sí." Entonces, de aquí en adelante responde a la incredulidad de tu corazón volviendo tu propio razonamiento en contra de ella.

Pero os oigo decir: "¡Ah! pero el cuervo no es pecador como yo lo soy. Es cierto que es un ave inmunda, pero no puede ser más inmunda de lo que soy yo moralmente. Puede ser negro en cuanto a matiz, pero yo estoy negro por el pecado. Un cuervo no puede quebrantar en día de reposo, no puede blasfemar, no puede cometer adulterio, no puede emborracharse. No puede contaminarse con los vicios con que yo me encuentro contaminado." Sé todo eso, mi amigo, y ello podría hacer que tu caso parezca un caso perdido. Pero no creo que sea así realmente. Piensa en ello por un minuto. ¿Qué prueba esto? Pues bien, que eres una criatura capaz de pecar, y en consecuencia, eres un espíritu inteligente, vivo en un sentido que un cuervo no puede vivir. Tú eres una criatura que se mueve en un mundo espiritual. Pertenece al mundo de las almas, mundo en el cual el cuervo no tiene parte. El cuervo no puede pecar porque no tiene espíritu ni alma. Pero tú eres un agente inteligente, de quien la mejor parte es su alma. Oh, si pensaras correctamente verías que no es posible que el clamor de un cuervo obtenga audiencia de la benevolencia divina, y que tus oraciones sean despreciadas y desechadas por el Altísimo.

El insecto de frágil a la,
que sólo cruza un rayo veraniego;
la flor que el aliento de primavera
por medio día despierta;
el elemento más pequeño

y el cabello más tierno, todos sienten el cuidado
de nuestro Padre celestial.

Entonces es seguro que tendrá respeto por el clamor del humilde, no rechazará su oración. No puedo dejar este punto sin hacer negro y semejante al cuervo, no impedirá que tu clamor sea oído en los cielos. La sangre de Jesús quitará la indignidad, y la inmundicia será completamente lavada. Sólo cree en Jesús y hallarás la paz.

II. Luego, en próximo lugar, hay una gran diferencia entre tu clamor y el grito del cuervo.

Cuando los cuervos jóvenes gritan, supongo que difícilmente saben lo que quieren. Tienen un instinto natural que los hace gritar por sus alimentos, pero su grito en sí no expresa lo que desean. Supongo que pronto te darías cuenta que lo que quieren es alimento. Pero no pueden articular su deseo. No pueden pronunciar una sola palabra. Se trata solamente de un grito constante, un graznido, un reclamo, y eso es todo. Pero tú sabes lo que quieres, y aunque sean pocas tus palabras, tu corazón conoce su amargura y extrema ansiedad. Tus suspiros y gemidos tienen un significado obvio. Tu entendimiento está al servicio de las necesidades de tu corazón. Sabes que necesitas paz y perdón; sabes que necesitas a Jesús, Su sangre preciosa, su perfecta justicia. Ahora bien, si Dios escucha un grito extraño, penetrante e indistinto como el del cuervo, ¿no crees que también escuchará la oración racional y expresiva de un alma pobre, necesitada y culpable que clama a él: "Oh, Dios, sé propicio a mí, un pecador?" Por cierto vuestra razón os dice que así es.

Además, los cuervos jóvenes no pueden usar argumentos, porque no tienen entendimiento. Ellos no pueden decir como tú:

El sabe los argumentos que usaría
para disputar con mi Dios;
Por su propia misericordia rogaría,
por la sangre del Salvador.

Ellos tienen un solo argumento, a saber, su gran necesidad, que los fuerza a gritar, pero más allá de esto no pueden ir; y aun esto ellos no pueden poner en orden, o describir por medio de un lenguaje. Pero tú tienes una multitud de argumentos a la mano, y tienes entendimiento para darles un orden y disponerlos para sitiar el trono de la gracia. Por cierto, si la simple súplica del deseo no expresado del cuervo prevalece ante Dios, mucho más prevaleceréis vosotros ante el Altísimo si podéis exponer vuestro caso en Su presencia, y acudís a El con argumentos en vuestros labios. Ven, tú que estás desesperado, y prueba a mi Dios! Te ruego que ahora dejes que tu lastimera cantinela ascienda hasta los oídos de la misericordia. Abre ese corazón que se deshace y déjalo que se derrame en lágrimas, si las palabras están más allá de tu poder.

Sin embargo, temo que a veces el cuervo tiene una gran ventaja sobre algunos pecadores que buscan a Dios en oración, a saber, en esto: los hijos de los cuervos son más fervientes en cuanto a su alimento que lo que algunos los son en cuanto a sus almas. Sin embargo, esto no debe provocarte desaliento, antes bien, es una razón para que seas más aplicado de lo que hasta aquí has sido. Cuando los cuervos necesitan alimento, no cesan de gritar hasta que lo consiguen. Nada hay que pueda acallar a un joven cuervo hambriento mientras su boca no esté llena, y nada hay que pueda acallar a un pecador cuando realmente busca aplicadamente que su corazón sea lleno de la misericordia divina. Quisiera que algunos de vosotros oraseis más vehementemente. "El reino de

los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan." Un antiguo puritano dijo: "La oración es un cañón puesto a las puertas de los cielos para abrir con su explosión sus portales." Tienes que atacar la ciudadela si quieres tomarla. No vas a viajar a los cielos en una cama de plumas. Debes ir en peregrinaje. No se avanza hacia la ciudad de gloria mientras duermes. Los perezosos dormilones despertarán en el infierno. Si Dios te ha hecho sentir en el alma la necesidad de salvación, clama como uno que está despierto y vivo. Sé sincero. Grita fuerte. No hagas concesiones. Entonces, descubrirás que si él escucha un grito como el del cuervo, con mayor razón escucharán tu clamor.

III. Recuerda que el tema de tu oración es más agradable al oído de Dios que el clamor del cuervo por alimentación. Todo lo que cuervo pide es comida.

Dales un poco de carroña y quedarán satisfechos. Tu clamor debe ser mucho más grato al oído de Dios, porque tú estás implorando el perdón por medio de la sangre de su amado Hijo. Para el Altísimo el otorgar dones espirituales es una ocupación más noble que el otorgar los naturales. Los arroyos de gracia fluyen desde los manantiales de arriba. Yo sé que El es tan condescendiente que no se deshonra cuando pone el alimento en boca del joven cuervo. Pero encuentra más dignidad en la tarea de dar paz, perdón y reconciliación a los hijos de los hombres. El amor eterno señaló un camino de misericordia desde antes de la fundación del mundo, y la sabiduría infinita está consagrada con poder sin límites a llevar a cabo el propósito divino. Con toda seguridad al Señor le causa gran placer la salvación de los hijos de los hombres. Si a Dios le agrada proveer para las bestias del campo, ¿no crees que se deleitará mucho más cuando provee para sus propios hijos? Pienso que tú encuentras más agradable tarea el enseñar a tus hijos que darle forraje a tu buey, o tirar grano para alimentar las aves en la puerta del granero. Y esto porque en la primera tarea habría algo más noble, que en forma más plena requeriría de tu potencial y haría aflorar tu ser interior. Aquí no quedo abandonado a las conjeturas. Está escrito: "Se deleita en misericordia." Cuando Dios usa Su poder no puede sentirse triste, porque es un Dios feliz. Pero si pudiera haber tal cosa que la Infinita Divinidad pudiera ser más feliz en un momento que en otro, eso sería cuando perdona a los pecadores por medio de la sangre preciosa de Jesús.

¡Ah! pecador, cuando clamas a Dios le das la oportunidad de hacer lo que más le gusta, porque él se deleita en perdonar, apretar a su Efraín contra su pecho, decirle al hijo pródigo: "Estabas perdido, pero has sido hallado; estabas muerto, pero has vuelto a vivir." Esto es más consolador para el corazón del Padre que dar de comer a becerros gordos, o cuidar el ganado de millares de colinas. Entonces, queridos amigos, puesto que estáis pidiendo algo que honrará a Dios mucho más que el dar alimentos a los cuervos, pienso que ahora viene el argumento más poderoso para hacer pedazos vuestra incredulidad. Que Dios el Espíritu Santo, el verdadero consolador, obre en vosotros poderosamente. Con toda seguridad, el Dios que alimenta a los cuervos no negará la paz y el perdón a los pecadores que le buscan. ¡Pruébalo! ¡Pruébalo en este mismo momento! No te turbes. Pruébalo ahora.

IV. No debemos detenernos en ningún punto cuando todo el tema es tan fecundo. Hay otra fuente de consuelo para ti, a saber, que en ninguna parte se ordena a los cuervos que claman. Cuando gritan su petición específica de la boca de Dios, mientras tienes un apoyo firme derivado de la exhortación divina a entrar al trono de Dios en oración.

Si un hombre rico abriera su casa para recibir a los que no fueron invitados, con toda seguridad va a recibir a los que sí fueron invitados. Los cuervos acuden sin que se le haya dicho que vayan, pero no son enviados vacíos. Tú acudes según se te ha mandado y como huésped invitado. ¿Cómo se te podría negar la entrada? ¿Piensas que no has sido instruido al respecto?

Escucha esto: "Todo el que invocare el nombre del Señor será salvo." "Invócame en el día de la angustia; te libraré, y tú me honrarás." "Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura, el que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado." "Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo." "Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre del Señor Jesús."

Estas exhortaciones son dadas sin ninguna limitación en cuanto a carácter. Te invitan libremente; no, más bien te ordenan que vengas. ¡Oh! después de esto, ¿puedes pensar que Dios te despreciará? La ventana está abierta, el cuervo entra volando y el Dios de misericordia no lo echa. La puerta está abierta, y las palabras de la promesa te ordenan entrar. No pienses que él te va a responder con una negativa, antes bien cree que él te recibirá por gracia y te amará libremente, y entonces ofrecerás ofrenda de tus labios. En todo caso, ¡pruébalo! ¡Pruébalo ahora mismo!

V. Además aquí hay otro argumento mucho más poderoso. El clamor del joven cuervo no es otra que el grito natural de una criatura, pero tu clamor, si es sincero, es resultado de una obra de gracia en tu corazón.

Cuando el cuervo grita hacia el cielo es solo el cuervo que grita. Pero cuando tú gritas "Dios, sé propicio a mí, un pecador," es Dios el Espíritu Santo que clama en ti. Es la nueva vida que Dios te ha dado la que clama a la fuente de donde vino para tener mayor comunión en sinceridad y verdad. Si consideramos que es bueno, podemos enseñar a nuestros niños a "decir sus oraciones," pero no podemos enseñarles a "orar." Puedes escribir un libro de oraciones, pero no puedes poner ni un solo gramo de "oración" en un libro, porque es demasiado espiritual para ser "envasada" entre hojas. Algunos de vosotros pueden "leer oraciones" en familia. No estoy atacando la práctica, pero quiero decir solamente esto: podéis leer aquellas "oraciones durante setenta años, y, sin embargo, podrías no haber orado ni siquiera una vez, porque la oración es algo muy diferente de las puras palabras. La verdadera oración es el trato del corazón con Dios, y el corazón nunca entra en comercio espiritual con los puertos del cielo sino hasta que Dios el Espíritu Santo infla con su viento las velas y el barco es impulsado hasta su rada. "Os es necesario nacer otra vez." Si hay una oración verdadera en tu corazón, aun cuando no sepas el secreto, Dios el Espíritu Santo está allí.

Ahora bien, si El escucha gritos que no proceden de él mismo, ¡con cuánta mayor razón oírás los que sí vienen de El! Quizás te has estado preguntando si tu clamor es natural o es espiritual. Esto parece muy importante, y sin duda lo es. Pero sea que tu grito pertenezca a una u otra clase, sigue buscando al Señor. Posiblemente dudas que los clamores naturales sean oídos por el Señor. Permíteme asegurarte que sí lo son. Recuerdo haber dicho algo sobre este tema una vez en un lugar de culto hipercalvinista. En aquella ocasión estaba predicando a los niños, y les estaba exhortando a orar, y dije que mucho antes de mi conversión verdadera yo había orado por misericordias comunes, y que Dios había oído mis oraciones. Esto no agradó a mis hermanos de la superfina escuela. Después todos ellos me rodearon con el pretexto de saber lo que había querido decir pero realmente era para criticar y quejarse según su naturaleza y deseo. "Merodearon como abejas, sí, como abejas me rodearon." Decir que Dios oye la oración del hombre natural era algo peor que el arminianismo, si podía haber algo peor que ellos. "¿Cómo podía ser que Dios pudiera oír una oración natural?" Y mientras hice una pausa, por un momento, una anciana con abrigo rojo se abrió paso a través del pequeño círculo que me rodeaba, y les dijo en forma contundente, como una madre de Israel que ella era: "¿Por qué hacéis esta pregunta, olvidando lo que él mismo ha dicho? ¿Qué es lo que decís que Dios no oye la oración natural? ¿Qué? ¿No oye a los cuervos jóvenes cuando claman a El? ¿Y pensáis que ellos ofrecen oraciones espirituales?" Inmediatamente los

guerreros pusieron los pies en polvo. Ninguna derrota había sido más completa que ésta. Y por primera vez en su vida deben de haber sentido que posiblemente podían errar.

Seguramente, hermanos, esto podría daros valor y consuelo. Yo no os voy a encomendar hoy la tarea de descubrir si vuestras oraciones son naturales o espirituales, si vienen o no del Espíritu de Dios, porque esto podría dejaros perplejos. Si la oración procede de vuestro corazón, sabemos como se produjo aunque vosotros no lo sepáis. Dios oye a los cuervos, y yo creo que os oíra a vosotros, y más aun, creo, aunque, no quiero suscitar la pregunta en vuestro corazón, que El oye vuestra oración, porque -aunque no lo sepáis- hay una obra secreta del Espíritu de Dios en proceso dentro de vosotros, que os está enseñando a orar.

VI. Pero tengo argumentos más poderosos, y más cerca del blanco. Cuando el cuervo joven grita, grita solo, peor cuando tú oras hay uno más poderosos que tú que está orando contigo.

Escuchad al pecador que clama: "Dios sé propicio a mí pecador." ¡Oíd! ¿Oís el otro clamor que sube con el suyo? No. No podéis oírlo, porque vuestros oídos están embotados y tardos, pero Dios lo oye. Hay otra voz, mucho más fuerte y más dulce que la primera, y mucho más prevalente que sube al mismo tiempo y ruega: "Padre, perdónales por mi sangre preciosa." El eco del murmullo del pecador es tan majestuoso como el trueno. Nunca el pecador ora verdaderamente sin que Cristo ore al mismo tiempo. No lo puedes ver ni oír, pero Jesús jamás agita las profundidades de tu alma por su Espíritu sin que su alma también sea agitada. ¡Oh, pecador! cuando tu oración llega delante de Dios, es algo muy diferente de lo que era cuando salió de ti.

Hay gente pobre que a veces viene a nosotros con peticiones que desean enviar a alguna Compañía o gran Personaje. Traen su petición y nos piden que la presentemos por ellos. Está malamente escrita, con letra muy extraña, y podemos sólo imaginar lo que quieren decir, pero de todos modos basta para darnos a conocer lo que quieren. En primer lugar, hacemos una copia en limpio para ellos, y luego, habiendo planteado su caso, ponemos nuestro nombre al pie, y si tenemos alguna importancia, ellos obtienen lo que desean por el poder del nombre que firma al pie de la petición. Es exactamente esto lo que Jesús hace con nuestras pobres oraciones. Hace una copia en limpio, le pone el sello de su sangre expiatoria y su firma al pie, y así la hace llegar ante el trono de Dios. Es tu oración, pero también es Su oración, y es el hecho de ser su oración lo que la hace prevalecer. Ahora bien, éste es un argumento muy poderoso: Si los cuervos prevalecen cuando gritan solos, si su pobre expresión consigue lo que quieren, cuanto más prevalecerá la petición lastimera del pobre pecador tembloroso que puede decir: "En el nombre de Jesús," y que puede remachar todos sus argumentos con el bendito alegato: "El Señor Jesucristo lo merce; ¡Oh Señor, concédemelo en su nombre!"

Confío que las personas de las que he estado hablando, aquellos que buscan, y han estado clamando por tan largo tiempo, y tienen miedo de que jamás sean oídos, no tendrán que esperar mucho más, y pronto tendrán la repuesta de gracia y paz. Y si aún no reciben el deseo de su corazón, espero que sean animados a perseverar hasta que amanezca el día de la gracia. Vosotros tenéis una promesa que los cuervos no tienen, y ese puede ser otro argumento, si el tiempo nos permite desarrollarlo. ¡Temeroso, teniendo una promesa sobre la cual puedes pedir, no temas, antes bien, apresúrate por llegar ante el trono de la gracia!

Y ahora, antes de terminar, dejadme que diga al pecador: SI HASTA AQUÍ HAS CLAMADO SIN ÉXITO, SIGUE CLAMANDO. "Vuelve siete veces," más, setenta veces siete. Recuerda que la misericordia de Dios en Cristo Jesús es tu única esperanza. Entonces aférrate de ella como el hombre en peligro de ahogarse se aferra de la única cuerda que tiene a su alcance. Si

pereces mientras oras pidiendo misericordia por medio de la sangre preciosa, serás el primero que parece en tales condiciones, Clama. Sólo clama, pero cree también, porque el creer hace aparecer la estrella de la mañana y la aurora del nuevo día. Cuando la esposa de John Ryland, Betty, estaba enferma de muerte en cama, pasó por grandes angustias en sus pensamientos, a pesar de haber sido creyente por muchos años. Su esposo le dijo en su modo peculiar, pero sabio: "Bueno, Betty, ¿Qué es o que te aflige?" "¡Oh. John, me estoy muriendo y no hay esperanzas para mí!" "Pero, querida, entonces, ¿a dónde vas?"

"¡Voy al infierno!" fue su respuesta. "Bueno," le dijo él, disimulando su angustia con un acostumbrado buen humor, y queriendo dar un golpe certero que hiciera huir todas sus dudas: "¿Qué intentas hacer cuando llegues allá?" La buena mujer no pudo dar respuesta, y Ryland prosiguió: "¿Piensas orar cuando llegues allá?" "¡Oh, John," dijo ella, "oraría en cualquier lugar; ¡no puedo dejar de orar!" "Bien entonces," dijo él, "ellos van a decir: 'Aquí está Betty Ryland orando; Sáquenla de aquí. Aquí no queremos a nadie orando nunca. ¡Échenla de "aquí!" "Esta extraña manera de plantear la cuestión iluminó el alma de su buena esposa, y entendió de inmediato lo absurdo de la sola sospecha de que un alma que realmente busca a Cristo, vaya a ser expulsada de su presencia para siempre. ¡Alma, clama! ¡Clama! Mientras el niño puede clamar, vive. Mientras puedas ascender el trono de la gracia, hay esperanzas para ti. Pero mientras clamas, escucha, y cree lo que oigas, porque la paz viene a través del creer.

¿Qué es lo que estáis buscando? Algunos esperan ver visiones luminosas, pero espero que nunca sean concedidas, porque no valen un centavo el millar. Todas las visiones del mundo, reunidas, desde los días de los milagros, son sólo sueños, después de todo, y los sueños nada son sino vanidad. La gente tiene una cena grande y luego sueña; es indigestión, o una actividad mórbida del cerebro, y eso es todo. Si esa es toda la evidencia que tienes de tu conversión, haces bien en dudar. Deseo que nunca quedes satisfecho con ella. Es un desdichado disparate que edifiques sobre ella tu esperanza eterna. Quizás estés buscando algún sentimiento extraño —no exactamente una descarga eléctrica, pero algo muy singular y peculiar. Créeme, no necesitas aquellas extrañas emociones que aprecias tanto. Todos aquellos extraños sentimientos de los que hablan algunas personas en relación con su conversión podrían ser de algún beneficio para ellas o no, pero estoy seguro que no tienen nada que ver con la conversión ni se pueden considerar como necesarias en relación con ella. Quiero plantearos un par de preguntas: ¿Crees que eres pecador? "Sí," respondes. Pero suponiendo que tomo aparte esa palabra "pecador," ¿quieres decir con ella que crees que has quebrantado la ley de Dios, que eras un delincuente bueno para nada contra el gobierno divino? ¿Crees en tu corazón que has quebrantado, en alguna forma, todos los mandamientos y en consecuencia mereces un castigo? "Sí," dices, "no solamente creo eso, sino que lo siento: es una carga que llevo diariamente conmigo." Ahora algo más" ¿Crees que el Señor Jesucristo puede quitar de ti todos tus pecados? Sí, crees esto. Entonces, ¿puedes confiar en él para que te salve? Tú quieres ser salvo. No te puedes salvar a ti mismo. ¿Puedes confiar en que El te salve? "Sí," dices, " Ya lo hago." Bien, querido amigo, si realmente confías en Jesús, es seguro que eres salvo, porque tienes la única evidencia de salvación que está continuamente con cada uno de nosotros. Hay otras evidencias que siguen, tales como la santidad y las gracias del Espíritu, pero la única evidencia que aparece continuamente en la vida de los mejores hombres es ésta:

Nada traigo en mis manos,
pero a tu cruz me aferró.

¿Puedes usar el verso de Jack el mercachifle?

Soy un pobre pecador, nada, nada soy;
pero Jesucristo es mi todo en todo.

Espero que avances mucho más en experiencia en algunos de estos puntos más tarde, pero no quiero que avances una pulgada más en cuanto a la base de tu evidencia y la razón de tu esperanza. Detente allí, y si ahora apartas la vista de cualquier cosa que haya en ti o fuera de ti, para poner la mirada en Jesucristo, y confiar en sus sufrimientos en el Calvario y en toda su obra expiatoria como la base de tu aceptación delante de Dios, eres salvo. No necesitas nada más. Has pasado de muerte a vida. "El que en él cree no es condenado." "El que cree tiene eterna." Si me encontrara con un ángel en el pasillo al salir de la puerta hacia el vestíbulo, y me dijera: "Carlos Spurgeon, he venido desde el cielo a decirte que has sido perdonado," yo le contestaría: "Yo sé eso que me digas nada al respecto; lo sé de parte de una autoridad superior a la tuya;" y si me preguntara que cómo lo sé, le respondería: "Para mí la palabra de Dios es mejor que la de un ángel, y El ha dicho, 'El que cree en mí no es condenado,' yo lo creo y por lo tanto, no estoy condenado, y lo sé sin necesidad que un ángel venga del cielo a decírmelo."

Tú que estás turbado, no busques ángeles, pruebas, evidencias, y señales. Si descansas en la obra consumada de Jesús tienes la mejor de las evidencias de tu salvación en el mundo. Tienes la palabra de Dios al respecto. ¿Qué más necesitas? ¿No puedes aceptar la palabra a Dios? Puedes aceptar la palabra de tu padre; puedes aceptar la palabra de tu madre; ¿por qué no puedes aceptar la palabra de Dios? ¡Oh! ¡Cuan bajo debe ser nuestro corazón para recelar de Dios mismo! Quizás digas que no harías jamás tal cosa. ¡Oh! pero dudas de Dios si no confías en Cristo, porque "el que no cree hace a Dios mentiroso." Si no confías en Cristo, en realidad estás diciendo que Dios es un mentiroso. ¿Verdad que no quieres decir tal cosa?

¡Oh! ¡Cree en la veracidad de Dios! Qué el Espíritu de Dios te constriña a creer la misericordia del Padre, en el poder de la sangre de su Hijo, en la buena disposición del Espíritu Santo para llevar a los pecadores a Dios! Venid, queridos oyentes. Uníos conmigo en la oración que puede llevaros por la gracia a ver en Jesús a todo lo que necesitáis.

La oración

es la fortaleza de la criatura, su hálito, su ser;

La oración

es la llave de oro que abre la puerta de la misericordia;

La oración

es el sonido mágico que dice a la fe, así sea;

La oración

es el nervio ligero que mueve los músculos de la omnipotencia.

Por lo cual, oh criatura, ora, porque muchas y grandes son tus necesidades; Tu mente, tu conciencia y tu ser, tus necesidades encomienda a la oración, la cura de todos los cuidados, la gran panacea para todos los pesares, destructora de las dudas, remedio de la ruina, el antídoto de todas las ansiedades."

ORDEN Y ARGUMENTO EN LA ORACIÓN

Texto: *"Quién me diera el saber dónde hallar a Dios yo iría hasta su silla. Ordenaría mi causa delante de El, y llenaría mi boca de argumentos."*

Job 23:3,4

Estando en una situación extremadamente crítica, Job clamó a Dios. El profundo deseo de un hijo de Dios que está en la aflicción es ver una vez más el rostro de su Padre. Su primera oración no es: ¡Ah! Que sea sanado de la enfermedad que ahora afecta cada parte de mi cuerpo," ni siquiera: "Que pueda ver que mis hijos son devueltos de las fauces del sepulcro y que me sean devueltos mis bienes de manos de los saqueadores," sino que el grito primero y supremo es: "¡Oh que supiera dónde encontrar a Aquel que es mi Dios! Que pueda llegar ante su trono." Cuando arrecia la tempestad, los hijos de Dios corren a casa. Es un instinto celestial de un alma en gracia el buscar refugio de todos sus males bajo las alas de Jehová. Un buen título para un creyente verdadero es, "Aquel que ha hecho de Dios su refugio." El hipócrita, cuando piensa que ha sido afligido por Dios, se resiente, y como un esclavo huye de su amo que lo ha azotado. Pero no es así con el verdadero heredero de los cielos, que besa la mano del que le golpeó, y busca refugio de la varilla en el mismo seno del Dios que le disciplinó.

Vosotros observaréis que el deseo de tener comunión con Dios se intensifica por el fracaso de todas las demás fuentes de consuelo. Cuando, a la distancia, Job vio venir a sus amigos debe de haber abrigado la esperanza de ver suavizada la agudeza de su dolor por medio de su bondadoso consuelo y tierna compasión. Pero aún no habían hablado mucho cuando exclamó amargamente: "Consoladores molestos sois vosotros." Ellos pusieron sal en sus heridas, derramaron combustible sobre la llama de su pesar, añadieron la hiel de sus recriminaciones al ajenjo de sus aflicciones. Una vez ellos habían querido alegrarse a la luz de su sonrisa, y ahora se atrevían a arrojar sombras poco generosas e inmerecidas sobre su reputación. ¡Ay del hombre cuando su copa de vino se convierte en vinagre y su almohada le punza con espinas! ¡El patriarca se apartó de sus amigos y elevó la mirada hacia el trono celestial, así como el viajero abandona la cantimplora vacía y se dirige rápidamente a la fuente de agua. Se despidió de las esperanzas terrenales y exclama: ¡Quién me diera el saber donde hallar a Dios!"

Hermanos míos, nada nos enseña tanto sobre lo precioso que es nuestro Creador, que el darnos cuenta de lo vacío de todo lo demás. Cuando una y otra vez has sido traspasado por la expresión: "Maldito el que confía en el hombre y pone carne por su brazo," comienzas a gustar la dulzura indescriptible de la afirmación divina: *"Bendito el varón que confía en Jehová, y cuya confianza es Jehová."* Apartándote con desprecio de las colmenas humanas donde no encuentras miel, pero sí muchos agujijones agudos, te regocijarás en Aquel cuya palabra fiel es más dulce que la miel o que destila del panal.

Además se puede observar que aunque un hombre bueno se acerca a Dios en su tribulación, y corre con toda rapidez debido a la falta de bondad de sus congéneres, a veces el alma en gracia es dejada sin la consoladora presencia de Dios. Este es el mayor de los pesares. El texto es uno de los profundos gemidos de Job, mucho más profundo que cualquiera que pudiera haber lanzado por la pérdida de sus hijos y de sus bienes: "¡Quién me diera el saber dónde hallar a Dios!" La peor de todas las pérdidas es perder la sonrisa de mi Dios. Ahora él probó anticipadamente la amargura del clamor de su Redentor: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" La presencia de Dios está siempre con su pueblo en un sentido, en cuanto a sostenerlo secretamente se refiere, pero su presencia manifiesta no la disfrutan constantemente. Puedes ser muy amado por Dios, pero no

tener conciencia de ese amor en tu alma. Puedes ser tan querido a Su corazón como Jesucristo mismo, pero por un breve momento puede dejarte, y con un poco de ira puede esconderse de ti.

Pero, queridos amigos, en tales momentos el deseo del alma creyente adquiere gran intensidad el hecho de haberle sido retirada la luz de Dios. El alma alcanzada por la gracia se dirige con doblado celo a la búsqueda de Dios, y envía sus gemidos, sus súplicas, sus sollozos y sus suspiros al cielo con mayor frecuencia y fervor. "Quién me diera el saber dónde hallar a mi Dios." La distancia y las dificultades son como nada. Con sólo saber dónde ir la distancia y las dificultades son como nada. Me parece que tal es el estado mental de Job cuando pronuncia las palabras que tenemos delante de nuestros ojos.

Pero no podemos detenernos en este punto porque el objetivo del discurso de esta mañana nos llama a seguir adelante. Parece que el fin de Job al desear la presencia de Dios, era poder orar. Había orado, pero quiere orar como si estuviera en la presencia de Dios. Desea suplicar como en presencia de alguien que le podrías oír y ayudar. Desea plantear su propio caso ante la silla del Juez imparcial, delante del rostro mismo del Dios todo sabio. Apelaría desde las instancias más bajas donde sus amigos daban un juicio injusto, a la Corte de Rey -la Corte Suprema Celestial- donde, dice él, "ordenaría mi causa delante de él, llenaría mi boca de argumentos."

En este último versículo, Job nos enseña la forma en que pensaba plantear su intercesión ante Dios. Es como si revelara los secretos, y el arte de la oración. Aquí somos admitidos en la liga de los suplicantes. Se nos enseña la bendita habilidad y ciencia de la oración, y si nos hacemos aprendices de Job esta mañana, durante esta hora podemos recibir una lección del maestro de Job, podemos adquirir no poca habilidad en nuestras intercesiones delante de Dios.

Aquí se presentan dos cosas como necesarias en la oración: ordenad nuestra causa, y llena de argumentos nuestra boca. Hablaremos de estas dos cosas, y entonces, si hemos aprendido correctamente la lección, vendrá un bendito resultado.

I. Primero, Es necesario que nuestra causa sea ordenada delante de Dios.

Existe vulgarmente la noción de que la oración es algo muy simple, una especie de asunto común que puede hacerse de cualquier modo, sin cuidado ni esfuerzo. Algo para lo cual sólo necesitas dar con un libro, obtener un cierto número de palabras excelentes, y ya habrás orado; y el libro vuelve a su lugar en los estantes. Otros suponen que el uso de un libro es supersticioso, y que lo único que tienes que hacer es repetir sentencias extemporáneas, palabras que vienen aceleradamente a tu mente, como un hato de cerdos o como una jauría, y que cuando has proferido esas palabras poniendo algo de atención a lo que has dicho, has orado. Ahora bien, ninguna de estos modos de orar fue adoptada por los santos de la antigüedad. Parecen haber tenido un concepto mucho más serio de la oración que el que luchas tienen en el día de hoy.

Los santos de la antigüedad tenían por costumbre ordenar su causa delante de Dios. Es decir, lo hacían como el demandante que no se presenta en la corte sin haber pensado bien el planteamiento de su causa, y no la deja a la inspiración del momento, sino que entra en la audiencia con su caso bien preparado, habiendo además aprendido cómo conducirse en la presencia de aquel importante personaje ante del cual está apelando. En tiempos de peligro y de angustia podemos volar a la presencia de Dios tal como estamos, como la paloma entra en la hendidura de la roca aunque sus plumas se encuentran en desorden; pero en tiempos normales no deberíamos presentarnos con un espíritu sin preparación, así como un hijo no se presenta ante su maestro en la mañana hasta después de lavarse y vestirse. Mirad a aquel sacerdote: tiene un sacrificio que ofrecer, pero no entra corriendo en el atrio de los sacerdotes y se pone a cortar el becerro con la primera hacha que puede tomar, sino que cuando se levanta, se lava los pies en el lavacro de bronce, se

pone sus vestiduras, y se engalana con sus atuendos sacerdotales; luego se acerca al altar con su víctima adecuadamente dividida según lo ordena la ley, y tiene cuidado de hacerlo según el mandamiento, recibe la sangre en un lebrillo y la derrama en un lugar adecuado al pie del altar, en vez de tirarla como bien se le pudiera ocurrir. El fuego no lo ha encendido con fuego común, sino con el fuego sagrado tomado del altar. Todo este ritual ha sido ya abandonado, pero la verdad que enseña sigue siendo la misma. Nuestros sacrificios espirituales debieran ser ofrecidos con santo cuidado. Dios no quiere que nuestras oraciones sea un simple salto de la cama, arrodillarse y decir lo que primero nos venga a la mente. Por el contrario, debemos esperar al Señor con santo temor y sagrada reverencia. Mirad cómo oraba David cuando Dios lo había bendecido. Entended esto. No se paraba afuera desde lejos, sino que entraba delante del Señor y se sentaba, —porque sentarse no es una mala posición para orar— y sentado silenciosa y calmadamente delante del Señor comenzaba a orar, pero no sin haber meditado antes sobre la bondad divina, y de ese modo obtener un espíritu de oración: Luego, abrió la boca con la ayuda del Espíritu Santo. ¡Ah, que nosotros usemos este estilo para buscar al Señor! Abraham puede servirnos como patrón. Se levantó temprano -en ello expresa su disposición; caminó tres días— en ello muestra su celo; dejó a sus servios al pie del monte -en ello busca privacidad; lleva la madera y el fuego consigo- va preparado; y finalmente levantan el altar y ordena la leña, y luego toma el cuchillo- aquí está la cuidadosa devoción de su adoración. David lo expresa así: "De mañana me presentaré delante de ti, y esperaré" a partir de lo cual frecuentemente os he explicado que quiere decir que ordenaba sus pensamientos como hombres de guerra, o que él apuntaba con sus oraciones como si fueran flechas. No tomaba la flecha, la ponía sobre la cuerda del arco y disparaba, disparaba y disparaba en cualquier dirección, sino que después de tomar la flecha elegida y de ajustaría en la cuerda del arco hacía puntería deliberadamente. Miraba, y miraba bien, al blanco. Mantenía su ojo fijo en él, dirigiendo su oración, y luego tensaba su arco con todas sus fuerzas y dejaba salir la flecha con la vista y ver el efecto que tenía, porque esperaba una respuesta a sus oraciones, y no era como muchos que difícilmente vuelven a acordarse de sus oraciones después de pronunciadas. David sabía que tenía delante de sí un compromiso que requería todos los poderes de su mente. Ordenaba sus facultades y se entregaba a la tarea de una manera concienzuda, como uno que cree en ello y quiere lograr el éxito. Mientras más importante el trabajo, más atención merece. Trabajar diligentemente en la tienda, y descuidadamente en la cámara de oración es poco menos que una blasfemia, porque es una insinuación de que todo le cae bien a Dios, pero que el mundo debe recibir nuestra mejor atención.

Si alguno pregunta qué orden debe observarse en la oración sepa que no le voy a dar un esquema como el que muchos han elaborado, en que se ordenan en sucesión, la adoración, la confesión, la petición, la intercesión y la invocación del nombre de Cristo. No estoy convencido que ese orden sea dado por autoridad divina No me he estado refiriendo a orden simplemente mecánico, porque nuestras oraciones serán igualmente aceptables, y es posible que igualmente adecuada, en cualquier forma. Es que aparecen oraciones modelos tanto en le Antiguo como en el Nuevo Testamento, que asumen distintas formas. El verdadero orden espiritual de la oración parece estar formado por algo que es más que un simple ordenamiento. Es más apropiado que nosotros sintamos primero que estamos haciendo algo que es real; que estamos por presentarnos delante de Dios, a quien no hemos visto ni podemos ver, pero está realmente presente. No lo podemos tocar ni oír, ni podemos captarlo por medio de nuestros sentidos, pero que no obstante, está con nosotros en forma tan cierta como si estuviéramos hablando con un amigo de carne y sangre como nosotros. Sintiendo la realidad de la presencia de Dios, nuestra mente será dirigida por la gracia divina a un estado de humildad. Nos sentiremos como Abraham, cuando dijo: "He

comenzado a hablar a mi Señor aunque soy polvo y ceniza." Por consiguiente, no nos liberamos de nuestra oración como niños que repiten sus lecciones, como cuestión de rutina. Mucho menos hablaremos como rabino que instruye a sus discípulos, o como he oído hacer a algunos, a la manera de los rudos asaltantes de caminos que detienen una persona y le exigen la bolsa. Al contrario, seremos peticionarios humildes pero osados, que solicitamos importuna-mente misericordia por la sangre del Salvador. Cuando siento que estoy en la presencia del Señor, y tomo la posición correcta en su presencia, la cosa siguiente que me falta reconocer es que no tengo derecho a nada de lo que estoy buscando, y no puedo esperar obtenerlo si no es como un don de la gracia, y debo recordar que Dios limita los canales a través de los cuales me concederá su misericordia, que me la concederá solamente a través de su amado Hijo. Entonces debo poner-me bajo el patrocinio del gran Redentor. Debo sentir ahora que ya no soy yo quien habla, sino Cristo el que habla conmigo, y que mientras hago mi súplica, apelo a sus heridas, Su vida, Su muerte, Su sangre, Su todo. Esta es una manera verdadera de establecer un orden.

Lo siguiente es considerar ¿qué debo pedir? En la oración es muy propio hacer con gran claridad las súplicas. Es bueno no andar con rodeos, sino ir directamente al punto. Me gusta esa oración de Abraham: "Ojala Ismael viva delante de ti." Se da el nombre de la persona por la que se ora, y la bendición deseada, todo ello expresado en pocas palabras: "Que Ismael viva delante de ti." Muchas personas hubieran usado rodeos más o menos según este estilo: "Ah, que nuestro amado retoño pueda ser mirado con favor, con ese favor que concede a aquellos que...etc." Di "Ismael" si quieres decir Ismael; ponlo en palabras sencillas delante del Señor.

Algunas personas no pueden siquiera orar por el ministro sin usar esas descripciones circulares de modo que uno podría pensar que se trata del bedel de la parroquia o de alguna persona a la que no vale la pena mencionar en forma demasiado particular. ¿Por qué no ser claros, y decir lo que queremos decir y significar lo que decimos? El ordenar nuestra causa nos llevaría a tener una mayor claridad de pensamientos. En la cámara de oración no es necesario, queridos hermanos, que pidáis todas las cosas buenas que podáis imaginar. No es necesario repasar el catálogo de todas las necesidades que podrías retener, que habéis tenido, podáis tener o tendréis. Pedid por vuestra necesidad presente. Pedid vuestro pan cotidiano --lo que queréis ahora-eso pedid. Pedidlo en forma sencilla, como delante de Dios, que no considera las finas expresiones, y para quien vuestra elocuencia y oratorio será menos que nada y pura vanidad. Estás delante de Dios. Sean pocas tus palabras y ferviente tu corazón.

No has completado tu pedido una vez que has pedido lo que quieres por medio de Jesucristo. Debes repasar con la mirada las bendiciones que desea, para ver si es seguro que sería bueno pedirlo, porque algunas cosas que deseamos sería mejor abandonarlas. Además, en el fondo de nuestro deseo podría haber un motivo que no es verdaderamente cristiano, un motivo egoísta, que olvida la gloria de Dios y que atiende solamente a nuestra comodidad y ocio. Ahora bien, aunque podríamos pedir cosas que son para nuestro provecho, no debemos dejar que nuestro provecho interfiera en alguna forma con la gloria de Dios. En la oración aceptable debe haber una dosis de la sal santa de la sumisión a la voluntad divina. Me gusta el dicho de Lutero: "Señor, esta vez tú harás mi voluntad." "¿Qué?" me dices, "¿Te gusta una expresión como esa?" Sí, porque la oración siguiente es: "Harás mi voluntad, porque sé que mi voluntad es tu voluntad." ¡Bien dicho, Lutero! Pero sin las últimas palabras hubiera sido impía presunción. Cuando estamos seguros que lo que pedimos es para la gloria de Dios, entonces, si tenemos poder en la oración, vamos a decir: "No te dejaré si no me bendices." Podemos tener tratos íntimos con Dios, y como Jacob, con el ángel, hasta podríamos ponernos a luchar, a tratar de forzar una caída del ángel antes que ser enviados sin la bendición. Pero debemos tener muy claro, antes de entrar en tales términos, que lo

estamos buscando en realidad es la honra de nuestro Maestro.

Pónganse estas tres cosas juntas, la profunda espiritualidad, que reconoce la oración como una verdadera conversión con el Dios invisible; mucha claridad, que es la realidad de la oración, pidiendo aquello que sabemos que necesitamos; y por sobre todo, mucho fervor, creyendo, que la cosa es necesaria, resuelto por lo tanto a obtenerlo si se puede obtener por medio de la oración, y además de todo esto, completa sumisión, dejando todo ello a la voluntad del Maestro; --mézclense todo ello, y tendrá una clara idea de lo que es ordenar tu causa delante del Señor.

No obstante, la oración en sí es un arte que solamente el Espíritu Santo nos puede enseñar. El es el dador de toda oración. Ora por la oración: ora hasta que puedas orar. Pido que te ayude a orar, y no dejes de orar con la disculpa de que no puedes orar, porque cuando piensas que no puedes orar es cuando más oras. Y a veces, cuando en tu súplica no tienes ningún tipo de alivio, es entonces que tu corazón quebrantado y abatido está luchando y prevaleciendo verdaderamente

II. La segunda parte del orar es llenar la boca de argumentos -no llenar la boca con palabras ni buenas frases o bellas expresiones, sino llenar la boca con argumentos.

Los santos de la antigüedad eran dados a argüir en oración. Cuando llegamos a los portales de la misericordia los argumentos coherentes son los golpes a la puerta que hacen que nos sean abiertas.

¿Por qué tenemos que usar argumentos? Es la primera pregunta y su repuesta es: Ciertamente no porque Dios sea tardo para dar, ni porque podamos cambiar el propósito divino, ni porque Dios necesite ser informado de alguna circunstancia respecto de nosotros o de algo en relación con la misericordia solicitada. Los argumentos que se usan son para nuestro propio beneficio, no para el suyo: Nos pide que le suplicamos y presentemos nuestras pruebas, como dice Isaías porque esto demostrará que sentimos el valor de la misericordia. Cuando un hombre busca argumentos para una cosa es porque atribuye importancia a lo que está buscando. Las mejores oraciones que he oído en nuestras reuniones de oración han sido aquellas que están llenas de argumentos. A veces mi alma se ha derretido completamente al oír a hermanos que han llegado ante el Señor sintiendo que realmente necesitan la misericordia, y que deben recibirla, porque primero han suplicado a Dios que les dé por esta razón, y luego por una segunda, y una tercera, y luego una cuarta y una quinta, hasta que han despertado el fervor de toda la asamblea.

Hermanos míos, en lo que a Dios respecta, no hay necesidad de oración, pero ¡cuánta necesidad de ella tenemos por causa de nosotros mismos! Si no fuésemos constreñidos a orar, dudo que pudiéremos siquiera vivir sin nosotros solicitarlas, no serías ni la mitad de útiles de lo que son, ahora que tienen que ser buscadas. Porque ahora recibimos una doble bendición, una al obtener lo pedido y una bendición al buscarla. El acto mismo de orar es una bendición. Oro es como bañarse es un fresco arroyo susurrante, para escapar del calor del sol de verano. Orar es subir en alas de águilas por sobre las nubes y entrar en la claridad de cielo donde Dios mora. Orar es entrar en el tesoro de Dios y enriquecerse de lo que ofrecen sus graneros inagotables. Orar es tomar el cielo en los brazos de uno, abrazar a la Divinidad con el alma, y sentir que el cuerpo de uno es templo del Espíritu Santo. Aparte de la repuesta, la oración en sí es una bendición. Orar, mis hermanos, es arrojar vuestras cargas, es echar vuestros harapos, es deshaceros de vuestras enfermedades, es ser lleno de vigor espiritual del cristiano. Que Dios nos conceda el estar mucho tiempo en el santo arte de argumentar con Dios en oración.

Nos falta la parte más interesante de nuestro tema. Es un resumen y catálogo rápido de algunos de los argumentos que han sido utilizados con gran éxito delante de Dios apelando a sus atributos. Así lo hizo Abraham cuando echó mano a la justicia divina. Estaba por pedir en favor de

Sodoma, y Abraham comienza: "Quizás haya cincuenta justos en la ciudad: ¿destruirás también y no perdonarás el lugar por amor a los cincuenta justos que estén dentro de él? Lejos de ti el hacer tal, que hagas morir al justo con el impío, y que sea el justo tratado como el impío; nunca tal hagas. El juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo?" En esto comienza su lucha. Era un argumento poderoso por medio del cual el patriarca tomó al Señor de su amo izquierda y se la detuvo cuando estaba por hacer caer su fuego. Vino la respuesta. Y se dio cuenta que eso no salvaría la ciudad y podéis notar como el buen hombre, profundamente apremiado, se retira por pulgadas, hasta que cuando ya no pudo seguir apelando a la justicia, se aferró de la mano derecha de la misericordia de Dios, y eso le dio un maravilloso asidero, cuando al pedir que si había solo diez justos en la ciudad podría ser perdonada. Así tú y yo podemos apelar en cualquier momento a la justicia, la misericordia, la fidelidad, la sabiduría, la paciencia y la ternura de Dios, y descubriremos que cada atributo del Altísimo es un gran ariete con el que podemos abrir las puertas del cielo.

Otra poderosa pieza de artillería en la batalla de la oración es la promesa de Dios. Cuando Jacob estaba del otro lado del arroyo de Jacob, y su hermano Esaú se acercaba con hombres armados, le rogó a Dios que no dejara que Esaú destruyera a la madre y a los hijos, y como razón principal suplicó: "Tú has dicho: Yo te haré bien." ¡Qué fuerza tiene esa súplica! Estaba amarrando a Dios a Su Palabra: "Tú has dicho." El atributo es un espléndido cuerno del altar del cual aferrarse. Pero la promesa, que lleva en sí el atributo y algo más, es un nudo mucho más poderoso. "Tú has dicho." Recordad como lo hizo David. Después que Natán le dio a conocer la promesa, David dijo al terminó de su oración: "Haz conforme a lo que has dicho" es un argumento legítimo para cualquier hombre honesto, y "¿Ha dicho y no hará?" "Sea Dios veraz y todo hombre mentiroso." ¿No será El veraz? ¿No guardará su Palabra? ¿Es que no todas las palabras que salen de su boca son firmes para ser cumplidas?

En la inauguración del templo, Salomón usa el mismo argumento poderoso. Le suplica a Dios que recuerde la palabra que habló a su padre David, y que bendijera ese lugar. Cuando un hombre da una promesa, su honor está comprometido. Firma con su mano y debe cumplir cuando la fecha llega, de otro modo pierde su crédito. Nunca podrá decirse que Dios no cumple sus compromisos. El crédito del Altísimo no puede ser impugnado, y nunca lo será. El es puntual. Nunca se anticipa, pero nunca se atrasa. Puedes escudriñar a través de todo este Libro, y compararlo con la experiencia del pueblo de Dios, y ambos concuerdan de principio a fin. Y muchos ancianos patriarcas han dicho lo que Josué dijo cuando estaba avanzado en edad: "No ha faltado una de todas las buenas palabras que Jehová vuestro Dios ha dicho de vosotros. Todas han acontecido." Hermano mío, si tienes una promesa divina, no necesitas pedirla con un "si" condicional. Puedes pedir con certeza. Si para la misericordia que estás pidiendo ahora tienes la palabra solamente comprometida por Dios, casi no hay lugar para tomar precauciones en cuanto a someter la petición a Su voluntad. Ya sabes que es su voluntad: Su voluntad está en la promesa. Pídele. No le des descanso hasta que El la haya cumplido. El quiere cumplirla, de otro modo nada hubiera prometido.

Un tercer argumento que se debe usar es el empleado por Moisés: el gran nombre de Dios. ¡Con cuánta fuerza argumentó con Dios en una oportunidad sobre esta base! "Las gentes que hubieren oído tu fama hablarán, diciendo:

"Por cuanto no pudo Jehová meter a este pueblo en la tierra de la cual les había jurado, los mató en el desierto." Hay ocasiones en que el nombre de Dios está íntimamente ligado con la historia de su pueblo. A veces confiado en una promesa divina, un creyente no solamente se vería engañado sino el mundo impío que lo observa diría: "Aja, dónde está tu Dios? Tomemos el caso de

nuestro respetado hermano, el Sr. Müller de Bristol. Todos estos años él ha declarado que Dios oye la oración, y firme en esa convicción, se ha entregado a construir casas y más casas para el cuidado de los huérfanos. Puedo muy bien darme cuenta que si fuera llevado al punto de faltarle los recursos para el mantenimiento de ese par de miles de niños, él bien podría usar el argumento: "¿Qué será de tu gran nombre?" Y tú, cuando estés en graves dificultades, si has recibido claramente la promesa, puedes decirle: "Señor, tú has dicho: 'En seis tribulaciones te libraré y en la séptima no te tocará el mal.' He dicho a mis amigos y vecinos que tengo mi confianza puesta en ti, y si no me salvas ahora, ¿qué será de tu nombre? Escúchame, Oh Dios, y haz esto, para que tu honra no sea arrastrada por el polvo."

También podemos apelar a los sufrimientos de Su pueblo. Esto lo hacen frecuentemente. Jeremías es el gran maestro de este arte. Dice: "Sus nobles fueron más puros que la nieve, más blancos que la leche; más rubios eran sus cuerpos que el coral, su talle más hermoso que el zafiro. Oscuro más que la negrura es su aspecto." "Los hijos de Sion, preciados y estimados más que el oro puro, ¡cómo son tenidos por vasijas de barro, obra de manos de alfarero!" Habla de todos sus pesares y de las estrecheces provocadas por el asedio enemigo. Le pide a Dios que mire a Sion que sufre, y antes que pase mucho son oídos sus gritos lastimeros. Nada resulta tan elocuente para un padre como el grito de su hijito, pero hay una cosa aun más poderosa y es el quejido, cuando el niño está tan enfermo y ya no puede gritar, y yace gimiendo con una clase de quejido que indica un sufrimiento extremo y una intensa debilidad. ¿Quién puede resistir ese gemido? ¡Ah! y cuando el Israel de Dios se encuentra tan abatido que casi no puede gritar, y solamente sus gemidos se oyen, entonces llega el tiempo de la liberación de Dios, y es seguro El mostrará que sí ama a su pueblo. Queridos hermanos, cuando quiera que seáis puestos en la misma condición podéis suplicar por medio de gemidos, y cuando veáis que la iglesia está muy abatida puedes usar sus sufrimientos como un argumento por el cual Dios debería volverse y salvar al remanente de su pueblo.

Hermanos, es bueno, antes Dios, apelar al pasado. Vosotros, que sois pueblo experimentado de Dios, sabéis como hacer esto. Este es el ejemplo de David al respecto: "Mi ayuda has sido, no me dejas, ni me desampares." Apela a la misericordia que Dios le ha mostrado desde su juventud. Habla de haberse refugiado en su Dios desde su mismo nacimiento, y luego suplica: "Aun, en la vejez y las canas, Oh Dios, no me desampares." Hablando con Dios, Moisés dice: "Tú sacaste a este pueblo de Egipto." Es como si dijera: "No dejes tu obra sin terminar; Tú has comenzado a edificar, completa tu obra. Peleaste la primera batalla, Señor, culmina la campaña. Sigue adelante hasta obtener la victoria completa." Con cuánta frecuencia hemos clamado en nuestra tribulación: "Señor tú me libraste en tal y tal problema grave, cuando parecía que ya no habría ayuda cercana. Sin embargo, nunca me has desamparado. Yo he puesto mi Ebenezer en tu nombre. Si tu intención era abandonarme, ¿por qué me mostraste tales cosas? ¿Has traído a tu siervo hasta este punto para avergonzarlo?" Hermanos, tenemos que tratar con un Dios inmutable, que en el futuro hará lo que ha hecho en el pasado, porque él nunca se aparta de su propósito, y no puede ser frustrado en sus designios. Así el pasado se convierte en un medio poderoso de obtener las bendiciones de El.

Hubo una ocasión en que el profeta Elías hizo uso de la divinidad misma de Jehová en su súplica. Había desafiado a sus adversarios, los que debían probar si sus dioses le responderían por fuego. Ya adivinaréis la emoción que había ese día en la mente del profeta. Con severo sarcasmo decía:

"Gritad en alta voz, porque Dios es; quizás está meditando, o tiene algún trabajo, o va de camino; tal vez duerme y hay que despertarle." Y mientras se cortaban con cuchillos y saltaban alrededor del altar, con qué desprecio debe de haberlos mirado el hombre de Dios en sus vanos

esfuerzos, y en sus gritos fervientes pero inútiles! Pero piénsese cómo palparía el corazón del profeta, de no haber sido por su fe, mientras reparaba el altar de Dios, y ordenaba la leña y daba muerte al becerro. Oídllo exclamar: "Derramen agua sobre el sacrificio. Que no haya sospechas de fraude. Que no piensen que hay fuego escondido. Derramen agua sobre el sacrificio." Cuando lo hicieron, les ordena: "Háganlo por segunda vez." Y lo hacen. Entonces les dice: "Háganlo por tercera vez." Cuando está todo cubierto de agua, mojada y saturado, entonces se pone de pie y clama a Dios: "Respóndeme, Jehová respóndeme, para que conozca este pueblo que tú, oh Jehová, eres el Dios." Aquí todo estaba en juego, la propia existencia de Dios fue puesta en juego ante los ojos de los hombres por este osado profeta. Pero ¡qué bien fue oído el profeta! Descendió fuego y devoró no solamente el sacrificio, sino aun la madera y las piedras y hasta el agua que estaba en las zanjas, porque Jehová Dios había respondido la oración de su siervo. A veces nosotros podemos hacer lo mismo y decirle: "Oh, por tu Deidad, por tu existencia, si en verdad ya eres Dios, muéstrate ayudando a tu pueblo.

Finalmente, el gran argumento cristiano es el de los sufrimientos, la muerte, los méritos, la intercesión de Cristo. Hermanos, me temo que no entendemos qué tenemos a nuestra disposición cuando se nos permite suplicar a Dios en el nombre de Cristo. Me encontré con este pensamiento hace unos pocos días. Para mí era nuevo, pero creo que no debió haber sido así. Cuando pedimos a Dios que nos oiga, implorando en el nombre de Cristo, normalmente queremos decir: "Oh Dios, tu amado Hijo merece esto de tu parte. Haz esto en mi favor por lo que El merece." Pero si lo supiéremos podríamos ir más lejos. Supongamos que me dices, siendo tú el custodio de un almacén en la ciudad: "Señor, pase por mi oficina, use mi nombre y dígales que le den tal y tal cosa." Yo voy, uso tu nombre, y obtengo lo que pido por derecho y por necesidad.

Esto es lo que Cristo dice virtualmente: "Si necesita algo de Dios, todo lo que el Padre tiene, me pertenece; ve y usa mi nombre." Supón que le das a una persona tu chequera firmada, con los cheques en blanco para que los llene como estime conveniente. Eso estaría muy cerca de lo que Jesús hizo al decir: "Si algo pidieréis en mi nombre, yo lo haré." Si hay una buena firma al pie del cheque puedo estar seguro que lo cobraré cuando lo presente en el banco. Así cuando haces tuyo el nombre de Cristo, con el cual la misma justicia de Dios está endeudada, y cuyos méritos tienen derechos ante el Altísimo, cuando tienes el nombre de Cristo, no tienes por qué hablar con temor y temblor y con el aliento entrecortado. No vacile y no permitas que tu fe titubee! Cuando oras en el nombre de Cristo has invocado el nombre que hace temblar las puertas del infierno, y que las huestes celestiales obedecen, y hasta Dios mismo siente el sagrado poder de ese divino argumento.

Hermanos, harías bien a veces en vuestras oraciones en pensar más en los dolores y gemidos de Cristo. Presenta delante del Señor sus heridas, dile a Jehová Sus clamores, que los quejidos de Jesús se oigan nuevamente desde Getsemaní, y su sangre hable nuevamente desde el frío Calvario. Habla y dile a Dios que con tales sufrimientos, llantos y gemidos para invocar, no puedes recibir una negativa; argumentos como éstos harán que la respuesta sea pronta.

III. Si el Espíritu Santo nos enseña a ordenar nuestra causa, y a llenar nuestra boca de argumentos, el resultado sea que llenaremos nuestra boca de alabanzas.

La persona que tiene su boca llena de argumentos en oración pronto tendrá su boca llena de bendiciones en respuesta a a oración.

Querido amigo, esta mañana tienes la boca llena, ¿verdad? ¿De qué? ¿Llena de quejas? Ora al Señor que limpie tu boca de toda esa negra basura que de poco te valdrá, y solamente va a amargar tus entrañas uno de estos días. ¡Oh, llena tu boca de oración, llénala, que se llene de argumentos para que no haya lugar para otra cosa! Entonces ven con este bendito bocado, y pronto

te irás con lo que has pedido a Dios. Solamente delante en él, y él te dará el deseo de tu corazón.

Se dice -no sé cuanto de verdad haya en ello- que la explicación del texto "Abre tu boca y yo la llenaré," podría encontrarse en una costumbre oriental muy singular. Se dice que no hace mucho tiempo -recuerdo el informe de este hecho-el rey de Persia ordenó al jefe de la nobleza había hecho alguna cosa que le había agradado mucho- que abriera la boca, y cuando la hubo abierto, comenzó a poner perlas, diamantes, rubíes, y esmeraldas en ella hasta llenarla con cuanto pudiera contener, y entonces lo dejó ir. Se dice que esto se hacía ocasionalmente en las cortes orientales para premiar a los grandes favoritos. Ahora bien, sea o no una explicación del texto, de todos modos es una ilustración de lo que dice. Dios dice: "Abre tu boca, con argumentos," y entonces la llenará con misericordias inapreciables, gemas de valor inexpresable. ¿Por qué no querría una persona abrir la boca para que sea llena de esa forma? Ciertamente el más simple entre vosotros es bastante sabio para hacer eso. Entonces, abramos bien nuestra boca cuando estemos orando a Dios. Nuestras necesidades son grandes, que nuestro pedir sea grande, y la provisión será grande también. La estrechez tuya no está en El; tu estrechez está en tus entrañas. Que el Señor te dé una boca amplia en oración, gran potencia, no en el uso del lenguaje, sino en el empleo de argumentos.

Lo que he estado diciendo al creyente, en gran medida es aplicable al inconverso. Dios te dé el que puedas ver la fuerza de ello, y que huyas en humilde oración al Señor Jesucristo, y que encuentras vida eterna en El.

COMO SUPLICAR

Texto: *"Yo estoy afligido y menesteroso; apresúrate a mí, oh Dios. Ayuda mía y mi libertador eres tú; oh Jehová, no te detengas."* Salmo 70:5

Antaño los pintores estaban deseosos de estudiar bajo grandes maestros. Estaban convencidos de que podían alcanzar más fácilmente los niveles de excelencia si entraban en la escuela de hombres eminentes. Los hombres han pagado grandes primas para que sus hijos puedan entrar como aprendices con personas que son las mejor preparadas en sus oficios o profesiones. Ahora bien, si alguno de nosotros quiere aprender el sagrado arte y misterio de la oración, es bueno que estudie las producciones de los grandes maestros de esta ciencia. No puedo señalar a alguien que entienda mejor el arte de la oración que el salmista David. Tan bien conoce la forma de alabar, que sus salmos se han convertido en el lenguaje de los hombres buenos de todas las eras. Tan bien ha entendido el cómo de la oración, que si nosotros logramos captar su espíritu, y seguir su modo de orar, habremos aprendido a suplicar a Dios de la manera que mejor prevalece. Pon delante de ti, en primer lugar al Hijo y Señor de David, el más poderoso de todos los intercesores, y junto a él encontrarás a David como uno de los más admirables modelos para ser imitado.

Entonces consideraremos nuestro texto como una de las producciones de un gran maestro en asuntos espirituales, y lo estudiaremos orando todo el tiempo que Dios nos ayude a orar de la misma manera.

En nuestro texto tenemos el alma de uno que suplica con éxito bajo cuatro aspectos: en primer lugar, vemos el alma que confiesa: "Yo estoy afligido y menesteroso." Luego, tenemos el alma que suplica, porque usa su pobre condición como argumento para pedir, y añade: "apresuradamente a mí, oh Dios." En tercer lugar podéis ver un alma urgida, porque exclama:

"Apresúrate," y varía la expresión pero conserva la misma idea: "No te detengas." Y tenéis en cuarto y último lugar, un alma que se aferra de Dios, porque el salmista lo expresa de este modo: Ayuda mía y libertador mío eres tú;" así se toma de Dios con las dos manos, como para no dejarlo ir hasta haber obtenido la bendición.

I. Entonces, para empezar, vemos en este modelo de suplicación UN ALMA QUE CONFIESA.

El luchador se desviste antes de entrar en la contienda, y la confesión hace lo mismo por el hombre que está por alargar su causa delante de Dios. El que corre en las pistas de la oración no puede esperar el triunfo a menos que, por medio de la confesión el arrepentimiento y la fe, se despoje de todo peso del pecado. Ahora bien, hay que recordar siempre que la confesión es absolutamente necesaria para el pecador cuando busca por vez primera al Salvador. Oh, tú que buscas, no es posible que logres la paz para tu atribulado corazón, mientras no hayas reconocido tu trasgresión y tu iniquidad delante del Señor. Puedes hacer todo lo que desees, sí y aun intentar creer en Jesús, pero vas a descubrir que la fe de los elegidos de Dios no está en ti, a menos que estés dispuesto a hacer una confesión completa de tus transgresiones, y desnudar tu corazón delante de Dios. Generalmente nosotros no hacemos donaciones de caridad a personas que no la necesitan. El médico no manda su medicina a quienes no están enfermos. El ciego junto al camino a mendigar. Si hubiera tenido dudas en cuanto a su ceguera, el Señor hubiera pasado de largo frente a él. El abre los ojos a los que se confiesan ciegos, pero a los demás dice: "Porque decís 'Vemos,' vuestro pecado permanece." A los que son llevados ante él, les pregunta: "¿Qué quieres que te haga" para que su necesidad sea públicamente reconocida. Tiene que ser así para todos nosotros: debemos ofrecer la confesión, o no podemos obtener la bendición.

Permitidme que hable especialmente a vosotros que deseáis encontrar la paz con Dios, y la salvación por medio de la preciosa sangre. Haréis bien hacer una confesión muy franca, muy sincera y muy explícita delante de Dios. Es seguro que no tenéis nada que esconder, porque nada hay que podáis esconder. El ya conoce vuestra culpa, pero él quiere que vosotros la conozcáis, y por eso manda que la confeséis. Entra en el detalle de tus pecados reconociéndolos secretamente delante de Dios. Desnúdate de toda excusa, no te disculpes. Di: "Contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos; para que seas reconocido justo en ti palabra y tenido por puro en tu juicio." Reconoce la maldad del pecado, pídele a Dios que te haga sentirlo. No lo trates como si fuera una pequeñez, porque no lo es. Para redimir al pecador de los efectos del pecado, Cristo mismo tuvo que morir, y a menos que seas librado eternamente de una falta venial, que no hubiera sido tomada en cuenta si no fuera Dios tan severo. Pero trabaja hasta ver el pecado como Dios lo ve, como una ofensa contra todo lo que es bueno, una rebelión contra todo lo amable. Míralo como traición, como ingratitud, como una cosa baja y egoísta.

Nunca esperes que el Rey del cielo perdone a un traidor, sí éste no confiesa y abandona su traición. Hasta el padre más tierno espera que el niño se humille cuando ha causado una ofensa, y no dejará de mostrarle el ceño fruncido mientras con lágrimas no diga: "Padre, he pecado." ¿Te atreves a esperezar que Dios se humille delante de ti, y no sería así si El no te constriñera a humillarte a El? ¿Quieres que él haga la vista gorda tus faltas y cierre los ojos ante tus transgresiones? El tendrá misericordia, pero es santo. Está dispuesto a perdonar, pero no tolera el pecado, y por lo tanto, no te puede perdonar si tú sigues acariciando tus pecados, o si te atreves a decir: "No he pecado." Así que, date prisa, Oh tú que buscas, date prisa, te ruego, y preséntate ante el trono de la gracia con esto en tus labios: "Soy pobre y menesteroso, soy pecador, estoy perdido; apiádate de mí." Con tal reconocimiento comienzas bien tu oración, y por Jesucristo prosperarás en

ello.

Amados oyentes, el mismo principio se aplica a la iglesia de Dios. Estamos orando por una demostración del poder del Espíritu Santo en esta iglesia, y, con el fin de orar exitosamente en esto, es necesario que unánimemente hagamos la confesión que se halla en nuestro texto: "Yo estoy afligido y menesteroso." Tenemos que reconocer que en esto carecemos de poder. La salvación es de Jehová y no podemos salvar una sola alma. El Espíritu de Dios está escondido en Cristo, por lo que debemos buscarlo ante el que es gran Cabeza de la Iglesia. No podemos mandar al Espíritu, sin embargo, nada podemos hacer sin él.

El sopla de donde quiere. Debemos sentir esto profundamente y reconocerlo honestamente. Antes de bendecir a su Iglesia Dios quiere que sepa que la bendición viene completamente de El. "No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová."

La carrera de Gedeón fue muy notable, y comenzó con dos señales muy instructivas. Pienso que nuestro Padre celestial quiere que todos nosotros aprendamos la misma lección que le enseñó a Gedeón, y cuando hayamos dominado la lección, él nos usará para sus propósitos. Ustedes recordarán que Gedeón puso un vellón de lana sobre la era, y en la mañana, alrededor del vellón todo estaba seco y solamente el vellón estaba mojado. Dios había saturado de agua solamente el vellón, de modo que Gedeón pudo exprimirlo, y su humedad no se debió a que fuera puesto en un lugar favorable, porque alrededor todo estaba seco. Puede haber querido que aprendamos que, si el rocío de su gracia llena a alguno de nosotros con su vaho celestial, no es porque estamos en la era de un ministerio que Dios normalmente bendice, o porque estamos en una iglesia que Dios normalmente visita con su gracia; pero se nos tiene que hacer ver que las visitaciones de su Espíritu son fruto de la soberana gracia de Dios, y dones de de su amor infinito, y no de la voluntad del hombre, ni por hombre. Pero luego el milagro fue invertido, porque, como dice Tomás Fuller: "Los milagros de Dios pueden invertirse y se verán tan gloriosos de una manera como de la otra."

A la noche siguiente el vellón estaba seco y alrededor el suelo estaba todo mojado. Porque los escépticos podrían haber dicho: "Sí, pero un vellón muy naturalmente atrae la humedad, y si hubiera alguna humedad en el aire, lo más probable es que fuera absorbida por la lana." Pero, he aquí, en esta ocasión el rocío no está donde ha dado una preparación de corazón para recibirla, nos quiere hacer entender que su gracia y su Espíritu son completamente libres en la acción y soberanos en operación; y no está obligado a trabajar según ninguna norma que nosotros hayamos inventado. Si el vellón estaba mojado, él lo bañó con el rocío, no porque fuera un vellón, sino porque El quiso hacerlo así. El tendrá toda la gloria de toda su gracia de principio a fin. Entonces, venid, hermanos míos, y hacemos discípulos de esta verdad. Considerad que toda buena dádiva y todo don perfecto deben venir del gran padre de las luces. Nosotros somos obra suya, él debe hacer todas nuestras obras en nosotros. La gracia no se merece por nuestra posición o condición: el viento de donde quiere sopla, el Señor obra y no hay hombre que pueda impedirlo; pero si El no obra, resulta vano el más poderoso y celoso de los trabajos.

Es muy significativo que antes que diera de comer a los miles de personas, Jesús hizo que los discípulos hicieran inventario de sus provisiones. Era bueno que ellos vieran cuan baja estaba la intendencia, para que cuando la multitud tuviera su comida no pudieran decir que el cesto lo había hecho, ni que el niño había provisto. Dios hará que veamos cuan escasos son nuestros panes de cebada, cuan pequeños nuestros pececillos, que eso nos lleve a preguntar: "¿Qué es esto entre tantos?" Cuando el salvador mandó a sus discípulos a que echaron la red a la mano derecha, y arrastraron una gran cantidad de peces, él no hizo el milagro hasta que ellos hubieron confesado que habían trabajado toda la noche y no habían sacado nada. Así fueron enseñados que el éxito de

su pesca dependía del Señor, no de sus redes, ni del modo de arrastrarlas, ni de su habilidad en el arte de la navegación, sino completamente, totalmente su éxito había venido de su Señor. Debemos entender esto, y mientras más pronto lo hagamos, mejor.

Observamos lo que hacían los antiguos judíos de guardar la Pascua. Había que tener panes sin levadura, y había que comer el cordero pascual. Pero no podían servirse los panes sin levadura ni comer el cordero pascual mientras no hubieran limpiado la vieja levadura. Si tenéis alguna fuerza añeja, o confianza en vosotros mismos, si hay algo que es de vosotros mismos, está, en consecuencia, leudado y debe ser quitado. La alacena debe estar vacía antes que pueda llegar la provisión celestial, con la cual se puede guardar la pascua. Doy gracias a Dios cuando nos limpia. Bendigo su nombre cuando nos lleva a sentir la pobreza de nuestra alma como iglesia, porque es seguro que entonces vendrá la bendición.

Una ilustración más mostrará esto, quizás, más claramente aun. Veamos a Elías con los sacerdotes de Baal en el Carmelo. La prueba era para decidir la elección de Israel —el Dios que respondiera por fuego, que el, sea Dios. Los sacerdotes de Baal invocaron en vano que viniera fuego del cielo. Elías está confiado en que el fuego del cielo. Elías está confiado en que el fuego descenderá sobre su sacrificio, pero también está seriamente resuelto a lograr que los falsos profetas y ese pueblo vacilante no imaginen que él mismo había producido el fuego. Decide dejar en claro que no hay artificios, astucia a maniobra humana en la materia. Debía notarse bien que la llama era del Señor y solamente del Señor. Recordad la rigurosa orden del profeta: "Llenad cuatro cántaros de agua, y derramadla sobre el holocausto y sobre la leña. Y dijo: Hacedlo otra vez; y otra vez lo hicieron. Dijo aún: Hacedlo la tercera vez; y lo hicieron la tercera vez, de manera que el agua corría alrededor del altar, y también se había llenado de agua la zanja." No podía haber fuegos latentes allí. Si hubiera habido combustibles o productos químicos calculados para producir fuego a la manera de los fraudes de la época, todo ello habría sido mojado por el agua o se habría descompuesto. Cuando nadie podía imaginar que el hombre pudiera quemar el sacrificio, entonces el profeta alzó sus ojos al cielo, y comenzó a orar, y descendió el fuego del Señor, que consumió el holocausto, la leña, las piedras del altar, el polvo y aun lamió el agua que había en la zanja. Entonces, cuando todo el pueblo lo vio, cayó sobre sus rostros, y dijeron: "¡Jehová es el Dios! ¡Jehová es el Dios!"

En esta iglesia, si quiere bendecirnos grandemente, el Señor puede enviarnos la prueba de derramar agua una, dos y tres veces. Puede desalentarnos, afligirnos, probarnos y hacernos decaer, hasta que todos veamos que no es el predicador, ni la organización, no es del hombre sino completamente de Dios, el Alfa y al Omega, el que obra todas las cosas de acuerdo con el consejo de su voluntad.

Así os he demostrado que para tener una buena sesión de oración lo mejor es comenzar con la confesión de que estamos afligidos y menesterosos.

II. En segundo lugar, cuando el alma se ha despojado del peso de los méritos y de la autosuficiencia, procede a orar y nos encontramos ante UN ALMA QUE SUPLICA.

"Yo estoy afligido y menesteroso; apresúrate a mí, oh Dios, Ayuda mía y mi libertador eres tú; oh Jehová no te detengas." El lector cuidadoso notará cuatro súplicas en este solo versículo.

Sobre este tema quiero destacar que es hábito de la fe, cuando está orando, usar súplicas. Los que son simples pronunciadores de oraciones, que de ningún modo oran, olvidan ofrecer a Dios. Pero aquellos que quieren prevalecer, ofrecen sus razones y sus poderosos argumentos y debaten la cuestión con Dios. Los que juegan a la lucha se toman como pueden, al azar, pero los que son realmente luchadores tienen una cierta manera de tomar al oponente —un modo de

lanzarlo y cosas por el estilo; trabajan según un cierto orden y reglamento. El arte de la lucha de fe es suplicar a Dios, y decir con osadía: "Que sea así y así, por tales y tales razones." Oseas nos dice de Jacob que "Allí habló con nosotros," de lo que entiendo que Jacob nos instruye por su ejemplo. Ahora bien, las dos súplicas que Jacob usó eran precepto y promesa de Dios. Primero él dijo: "Me dijiste: Vuélvete a tu tierra y a tu parentela," que es como si hubiera dicho: "Señor, estoy en dificultades, pero he venido aquí en obediencia a ti. Tú me dijiste que hiciera esto; ahora puesto que Tú me mandaste que viniera hasta aquí, ante los dientes mismos de mi hermano Esaú, que viene como un león a mi encuentro, Señor no puedes ser infiel como para ponerme en peligro y luego dejarme." Este era un razonamiento sano, y prevaleció en la presencia de Dios. Luego Jacob recordó una promesa: "Dijiste: 'Yo te haré bien.' "

Entre los hombres es un modo maestro de razonar el poder desafiar al adversario con sus propias palabras: puedes citar otras autoridades, y él podría decir: "Niego su fuerza." Pero, cuando citas a un hombre contra sí mismo, lo aniquilas. Cuando haces que un hombre recuerde su promesa, éste debe confesarse infiel y voluble, o, si mantiene que no cambia, y que es fiel a su palabra, lo tienes en tu mano, has logrado tu voluntad. Hermanos, aprendemos así a suplicar con los preceptos y promesas, y con cualquier otra cosa que pueda servirnos; pero tengamos siempre algo en que basar nuestra súplica. No hagas cuenta de haber orado si no has argumentado porque el argumentar es la médula misma de la oración. El que suplica con argumentos conoce el secreto de como prevalecer con Dios, especialmente si apela a la sangre de Cristo, porque eso abre la cerradura de los tesoros celestiales. Muchas llaves sirven para muchos candados, pero la llave maestra es la sangre y el nombre de aquel que murió y resucitó, y todavía vive en los cielos para salvarnos hasta lo sumo. Los argumentos de la fe son abundantes, y esto es bueno, porque la fe se ve ante diversas posiciones, y las necesita todas.

La fe invocará osadamente todas las relaciones de gracia de Dios. Le podrá decir: "¿No eres tú el Creador? ¿Desampararás la obra de tus manos? ¿No eres el redentor? Tú que has salvado a tu siervo, me desearás?" Normalmente la fe se deleita en echar mano de la paternidad de Dios. Este es uno de sus puntos maestros: cuando saca esto relucir, gana su punto. "Tú eres padre y ¿nos castigarás aunque nos mates? ¿Un padre y no proveerás? ¿Un padre y no te compadeces ni tienes misericordia? ¿Un padre y niegas lo que tu hijo te pide?" Cuando quiera que esté impresionado con la majestad divina, y por eso carezco de espíritu para la oración, encuentro un remedio rápido y dulce al recordar que, aunque El es el Gran Rey, y que es infinitamente glorioso, yo soy su hijo, y no importa quien sea el padre. Sí, la fe puede apelar a todas y cada una de todas las relaciones que Dios tiene con sus escogidos.

Además, la fe puede acosar el cielo con las Promesas Divinas. Supongamos que vas a uno de los bancos de la ciudad y ve a un hombre que entra y sale y cada vez pone un pedazo de papel en las mesas sólo para retirarla nuevamente y nada más. Hace esto varias veces en el día. Pienso que pronto darían órdenes al portero de no dejar entrar tal hombre, porque sólo estaría haciendo perder el tiempo al cajero, y haciendo cosas sin ningún propósito. Los hombres que van al banco con fines serios presentan sus cheques, esperan que les entreguen el dinero y luego se van, pero no sin antes haber concluido su negocio. No ponen en la mesa el papel y se ponen a hablar sobre las excelencias de la firma o sobre lo correctamente extendido del documento, sino que esperan que les den su dinero y no están contentos mientras no lo reciben. Estas son las personas que son bienvenidas en el banco y no las personas frívolas. ¡Ay! Mucha gente juega a la oración y no son mejores que aquellos que acabo de describir. Digo que están jugando a la oración porque no esperan que Dios les de una respuesta, y así son personas puramente frívolas, que se burlan del Señor. El que ora con la seriedad de los que hacen negocios, con verdadero sentido en lo que hace, honra al Señor. El

Señor no está jugando cuando hace promesas. No fue un juego el que confirmara la palabra por medio de su sangre, y no debemos convertir la oración en una broma, orando con un espíritu que nada espera.

El Espíritu Santo es serio, y nosotros también debemos ser serios. Debemos ir en busca de una bendición, y no quedarnos satisfechos hasta que la hayamos conseguido. Como el cazador, no se queda satisfecho por haber corrido tantas millas, y no está contento hasta que ha cogido una presa.

Además, la fe apela a las proezas de Dios. Mira al pasado y dice: "Señor, tú me salvaste en tales y tales ocasiones, ¿me fallarás ahora?" Además, toma la vida como un todo y suplica así:

Habiendo tantas misericordias recibido,
¿me dejarás finalmente hundido?

"¿Me has traído hasta este punto para que al final sea puesto en vergüenza?" La fe conoce las antiguas misericordias de Dios, y las convierte en argumentos para obtener favores presentes. Pero todo tu tiempo se habrá ido si tratas de mostrar siquiera la milésima parte de los argumentos de la fe.

Sin embargo, a veces los argumentos de la fe son muy singulares. Como ocurre en nuestro texto, de ningún modo se conforma a las reglas de la orgullosa naturaleza humana al suplicar: "Estoy afligido y menesteroso, apresúrate a mí, oh Dios." Es como otra oración de David: "Ten misericordia de mi iniquidad que es grande." Esta no es la manera en que los hombres suplican, porque dicen: "Señor, ten misericordia de mí, porque no soy tan pecador como otros." Pero la fe hace su lectura bajo una luz más realista, y basa sus argumentos en la verdad. "Señor, puesto que mi pecado es grande, y tú eres el gran Dios, que tu misericordia sea magnificada en mí."

Vosotros conocéis la historia de la mujer sirofenicia. Es un gran ejemplo de la ingenuidad del razonamiento de la fe. Vino a Cristo a suplicar por su hija, y él no le contestó palabra alguna. ¿Qué creéis dijo su corazón? "Bien," se dijo, "Está bien, porque no me ha rechazado. Puesto que no ha hablado no me ha rechazado." Animándose con esto, comenzó a suplicar de vuelta. Esta vez Jesús le habló en forma un tanto áspera, y entonces su valiente corazón dijo: "Por fin he logrado que hable. Lograré una obra maravillosa pronto." Eso también la alegró; y entonces, cuando El la llamó "perro," ella razonó: "pero un perrillo es parte de la familia, tiene alguna conexión con el amor de la casa. Aunque no come en la mesa, recibe las migajas debajo de la mesa, y ahora te tengo a ti, gran Amo, aunque soy perrillo. La gran misericordia que te estoy pidiendo, aunque es muy grande para mí, para ti es solo una migaja. Concédemela, te lo ruego." ¿Podía fracasar en la consecución de lo que estaba pidiendo? Imposible. Cuando la fe tiene un deseo, siempre encuentra un camino, y obtendrá la victoria cuando todas las cosas presagian una derrota.

Los argumentos de la fe son muy peculiares, pero permítaseme agregar que son siempre sanos porque, después de todo, es un argumento contundente afirmar que estamos afligidos y necesitados. ¿No es ese el principal argumento delante de la benevolencia, sea humana o divina? ¿No es nuestra necesidad la mejor razón que podemos ofrecer? Si queremos que un médico acuda prontamente a ver un enfermo, le diremos: "Doctor, no es un caso común, está a punto de morir, venga, dése prisa" Si queremos que los bomberos se apuren en llegar a un incendio no les diríamos: "Apúrense, es un pequeño incendio." Por el contrario, les decimos que es una casa antigua, llena de material combustible y hay rumores de que hay petróleo y pólvora dentro de la propiedad. Además, está cerca de un depósito de maderas, y hay muchas cabañas de madera alrededor, y en poco tiempo tendremos media ciudad en llamas." Presentamos la situación lo más malo que sea

posible. Oh, que recibamos sabiduría para ser igualmente sensatos al suplicar a Dios, para encontrar argumentos en todo, pero especialmente para hallarlos en nuestras necesidades.

Hace dos siglos el oficio de la mendicidad, se decía, era el más fácil, pero el peor pagado. No estoy muy seguro de lo segundo en nuestros tiempos, pero ciertamente el oficio de rogar delante de Dios es difícil e indudablemente es lo mejor pagado del mundo. Es notorio que los que mendigan ante los hombres normalmente tienen muchos argumentos de que echar mano. Cuando un hombre está pasándolo mal y hambriento, normalmente puede encontrar una razón para pedir ayuda de cualquier persona. Supongamos que se trata de una persona a la que ya está unida por muchas obligaciones, entonces, la pobre criatura alega: "Si le pido otra vez, estoy seguro de su ayuda, porque me conoce y siempre ha sido muy amable." Si nunca le ha pedido antes a una persona, entonces dice: "Nunca lo he molestado antes. No puede decir que ya ha hecho todo lo que podía por mí. Tomaré el atrevimiento de comenzar con él." Si es pariente, dice: "Es seguro que querrás ayudarme en mi angustia, porque eres familiar," y si se trata de un extraño dice: "Con frecuencia he encontrado extraños que han sido más amables que los que son mi misma sangre, ayúdame, se lo ruego." Si le pide al rico, les dice que nunca van a echar de menos lo que le dé. Si la pide al pobre, le presiona diciéndole que él sabe lo que significa la necesidad, y que por cierto sentirán compasión de él estando en gran angustia, Ojala fuéramos la mitad alertas de lo que estas personas son para llenar nuestra boca de argumentos cuando estamos delante del Señor. ¿Cómo es posible que nosotros no estemos la mitad despiertos, y da impresión de que no se despiertan los sentidos espirituales? Que Dios nos conceda que podamos aprender el arte de suplicar al Dios eterno, porque en ello descansa el poder prevalecer delante de El, por los méritos de Jesucristo.

III. En el punto siguiente debo ser breve. ES UN ALMA URGIDA.

"Apresúrate a mí, oh Dios. Oh Jehová, no te detengas." Podemos demandar urgencia de Dios, si todavía no somos salvos, porque nuestra necesidad es urgente. Estamos en peligro constante, y el peligro es de la peor especie. Oh, pecador, dentro de una hora, dentro de un minuto, puedes encontrarte donde la esperanza ya no te visitará más. Por lo tanto, clama: "Date prisa, Oh, Dios, líbrame; ¡apresúrate a socorrerme!" El tuyo es un caso que no admite demoras. No tienes tiempo para perder. Eres un alma urgida, porque tu necesidad es urgente. Y recuerda, si estás realmente en una necesidad, y el Espíritu está obrando en ti, tendrás la sensación de urgencias y debes actuar con urgencia. Un pecador ordinario podría contentarse con esperar, pero un pecador vivificado quiere misericordia ahora mismo. Un pecador muerto permanecerá quieto, pero un pecador vivificado no puede descansar hasta que el perdón haya sido sellado en su alma. Si tienes urgencia esta mañana, estoy contento de ello, porque confío en que tu urgencia procede de la posesión de la vida espiritual. Cuando ya no puedes vivir sin un Salvador, el Salvador vendrá a ti, y tú te regocijarás en El.

Hermanos, miembros de esta iglesia, la misma verdad tiene valor para vosotros. Dios vendrá a bendeciros, y vendrá prontamente, cuando la sensación de urgencia se haga más profundo y urgente. ¡Oh, cuan grande es la necesidad de esta iglesia! Nos enfriaremos, nos alejaremos de la santidad, nos haremos mundanos, no habrá conversiones, no creceremos en número. Habrá disminución, habrá divisiones, habrá discordias de todas las especies. Satanás se regocijará, y Cristo será deshonrado, a menos que obtengamos una mayor medida del Espíritu Santo. Nuestra necesidad, entonces recibiremos la bendición que deseamos.

Por mi parte, hermanos, y hermanas, deseo sentir un espíritu de urgencia dentro de mi alma mientras suplico a Dios que el rocío de su gracia descienda sobre esta iglesia. No tengo vergüenza en esto, porque tengo licencia para orar, la mendicidad está prohibida en las calles, pero delante de

Dios soy un mendigo con licencia. Jesús ha dicho: "los hombres deben orar siempre y no desmayar." Pisas tierra en las costas de un país extranjero con la mayor de las confianzas cuando llevas tu pasaporte y Dios ha dado pasaportes a sus hijos, con los cuales pueden entrar confiadamente hasta el trono de la gracia. El te ha invitado. El te motiva, él te ha ordenado que acudas a él, y ha prometido que todo lo que pidamos en oración, creyendo lo recibiremos. Entonces venid, venid con urgencia, venid en forma importuna, venid con este argumento: "estoy afligido y necesitado, no te detengas, Oh, Dios mío," y seguramente vendrá una bendición; no tardará. Que Dios nos conceda el poder verla, para que le demos la gloria de todo ello.

IV. Siento haber sido tan breve cuando necesitaba haberme extendido, pero debo cerrar con un cuarto punto. Esta es otra parte del arte y misterio de la oración: EL ALMA QUE SE AFERRA A DIOS.

El alma ha suplicado, ha mostrado la urgencia, pero ahora viene muy cerca. Toma al ángel del pacto de una mano, "Tú eres mi ayuda," y con la otra, "Tú eres mi libertador." ¡Oh esos benditos "mi," esos poderosos "mi." La dulzura de la Biblia radica en los pronombres posesivos, y el que aprende a utilizarlos como el salmista, será vencedor ante el Dios eterno.

Ahora, pecador, quiera Dios que puedas ser ayudado a decir esta mañana al bendito Cristo de Dios: "Tú eres mi ayuda y mi libertador." Quizás te quejes que no puedes ir tan lejos, pero, pobre alma, ¿tienes otra ayuda? Si la tienes, no puedes tener dos ayudadores en una sola mano. "Oh no," dices, "no tengo ayuda alguna. No tengo esperanzas sino solo en Cristo." Entonces, pobre alma, puesto que tienes las manos vacías, esa mano vacía fue preparada intencionadamente para aferrarse de tu Señor: ¡Aférrate de él! Dile hoy mismo: "Señor, me tomaré de ti tal como lo hiciera ese pobre cojo Jacob. No puedo ayudarte a mí mismo; me aferró a ti y no te dejaré ir si no me bendices." "Ah, eso sería demasiado atrevido," dice alguien. Pero el Señor ama la santa osadía de los pobres pecadores. A El le gustaría que fueras más osado de lo que tú piensas que eres. El que no se atreve a confiar en el Salvador crucificado hace un intento profano. El murió con el propósito de salvar a personas como tú; deja que él tenga entrada en ti y confía en él.

"Oh," dice alguien, "pero soy tan indigno." El vino a buscar y a salvar lo que se había perdido." El no es el salvador de los que se creen justos. Es el salvador de los pecadores: "amigo de los pecadores" es su nombre. Tú que te sientes indigno, aférrate de él! "Oh," dice alguien, "pero no tengo derecho." Bueno, puesto que tú no tienes derecho, tu necesidad será tu clamor: es todo lo que necesitas pedir. Me parece oír a alguien que dice: "es demasiado tarde para que yo suplique pidiendo gracia." No puede ser, es imposible. Mientras vivas y desees la gracia, no será demasiado tarde para buscarla. Recuerda la parábola del hombre que quería tres panes. Os diré lo que pasó por mi mente cuando la leí: el nombre fue donde su amigo a medianoche. No podía haber sido más tarde. Porque si hubiera sido un poco después de la medianoche, ya habría sido temprano la mañana siguiente, de modo que no hubiera sido tarde. Era media noche y no podía ser más tarde. Así, si es medianoche en tu alma, alégrate. Jesús es un salvador fuera de tiempo. Muchos de sus siervos han nacido fuera de tiempo.

Cualquier momento es el tiempo oportuno para invocar el nombre de Jesús. Así que no dejas que el diablo te tiente con el pensamiento de que es demasiado tarde. Acude a Jesús ahora, ve de inmediato, aférrate de los cuernos del altar por fe, y dile: "Sacrificio de los pecadores, tú hiciste sacrificio en mi lugar. Intercesor de los que están sin gracia, sé tú mi intercesor. Tú que das dones a los rebeldes, dame dones a mí, porque he sido rebelde. Cuando aún éramos débiles, a su tiempo Cristo murió por los impíos. Eso soy yo, Maestro; que el poder de tu muerte sea visto en mí para salvación de mi alma."

Oh, vosotros que sois salvos y, por lo tanto, amáis a Cristo, quiero que vosotros, hermanos amados, como santos de Dios, pongáis en práctica esta parte final de mi tema; y estad seguros de aferraros de Dios en oración. Tú eres mi ayuda y mi libertador." Como iglesia nos arrojamamos sobre el poder de Dios, y nada podemos hacer sin El. Pero no queremos estar sin El, nos aferramos de El firmemente. "Tú eres mi ayuda y mi libertador." Según una antigua historia, había un muchacho en Atenas que tenía por costumbre jactarse de que gobernaba toda Atenas, y cuando se le preguntó cómo, dijo: "Fácil, yo dirijo a n mi madre, ella gobierna a mi padre, y mi padre gobierna la ciudad." El que sabe ser maestro de la oración reinará en el corazón de Cristo y Cristo puede hacer y hará todas las cosas por su pueblo, porque el Padre ha encomendado todas las cosas en sus manos. Puedes ser omnipotente si sabes orar, omnipotente en todas las cosas que glorifican a Dios. ¿Qué es lo que dice la Palabra misma? "Que eche mano a mi poder." La oración mueve el brazo que mueve al mundo. Oh que recibimos gracia para recibir el amor del Todopoderoso de esta manera.

Queremos más oración que se aferra firmemente; más tiradora, más agresiva y luchadora, que dice: "No te dejaré ir." El cuadro de Jacob bastará para terminar. El ángel del pacto quiere una bendición de él: El ángel quiere quitárselo de encima, pero eso no le sirve a Jacob. Entonces el ángel trata de escapar de él y da tirones y lucha. Pero Jacob no soltará por mucho que se esfuerce el ángel. Finalmente el ángel recurre de la lucha ordinaria a herirla en el asiento mismo de su fuerza. Pero Jacob está dispuesto a perder su muslo, y toda la pierna, pero no dejará que el ángel se vaya así. La pobre fortaleza del hombre queda anulada bajo el toque que la marchita, pero en su debilidad, aún es fuerte. Echa sus brazos alrededor del misterioso hombre, y lo retiene en un abrazo mortal. Entonces si otro dice: Déjame ir, porque el día ya amanece." Noten bien que no se sacudió para quitárselo de encima; solo dijo. "Déjame ir." El ángel no hace nada para hacer que lo suelte; lo deja a su voluntad. El valiente Jacob exclama: "No, ya estoy en esto, y estoy decidido a conseguir una repuesta a mi oración. No te dejaré ir si no me bendices." Ahora bien, cuando la iglesia comienza a orar, él podría al principio hacer como que tiene que ir más lejos, y podríamos tener el temor de no recibir respuesta alguna. Seguid firmes, queridos hermanos. Estad firmes, inamovibles, a pesar de todo. Más tarde, podría ocurrir, habrá desaliento donde esperábamos un éxito rotundo; encontraremos hermanos que oponen dificultades, algunos se sumirán en el sopor, y otros caerán en pecado; abundarán los reincidentes e impenitentes. Pero no dejamos. Sigamos con mayor ansiedad.

Y si llegara a ocurrir que nosotros mismos nos descorazonamos y nos desalentamos, y sentimos que nunca habíamos estado tan débiles como ahora, no importa hermanos, sigamos adelante, porque cuando se encoge el tendón, la victoria está cerca. Aferraos con más fuerza que nunca. Sea esta nuestra resolución: "No te dejaré ir si no me bendices." Recordad que mientras más tarde en llegar la bendición, más rica será cuando nos alcance. Lo que se obtiene rápidamente por una sola oración a veces es solamente una bendición de segunda clase. Pero la que se obtiene tras un forcejo desesperado, y de una lucha terrible, esta es un bendición completa y preciosa. Siempre es lindo mirar a los hijos de la importunidad. La bendición que nos cuesta más oraciones será la más apreciada. Sólo sigamos perseverando en suplicaciones, y obtendremos una bendición amplia y de largo alcance para nosotros, para la iglesia y para el mundo. Quisiera que estuviera en mi poder el estimularos a la oración ferviente; pero eso debo dejarlo con el gran autor de toda verdadera súplica, a saber, el Espíritu Santo. Que El obre en nosotros poderosamente, por amor a Jesús. Amén.

EL TRONO DE LA GRACIA

*Texto: "Al trono de la gracia."
Hebreos 4:16*

Estas palabras se encuentran engastadas en aquel versículo lleno de gracia: "*Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro.*" Son una gema en un engaste de oro. La verdadera oración es un acercamiento del alma por el Espíritu de Dios al trono de Dios. No es emitir palabras, no es solamente el sentir deseos, sino es la presentación de los deseos a Dios, el acercamiento de nuestra naturaleza a Dios nuestro Señor. La verdadera oración no es un puro ejercicio mental, ni una ejecución vocal; es mucho más profundo que eso: es comercio espiritual con el creador del cielo y la tierra. Dios es un Espíritu invisible al ojo mortal, y solamente puede ser visto por el hombre interior; nuestro espíritu dentro de nosotros, engendrado por el Espíritu Santo en nuestra regeneración, discierne el Gran Espíritu, tiene comunión con El, le refiere sus peticiones, y recibe de él respuestas de paz. Es un negocio espiritual de principio a fin; y su propósito y objetivo no termina en el hombre, sino llega a Dios mismo.

Para ordenar dicha oración, es necesaria la obra del Espíritu Santo. Si el oración fuera de labios solamente, necesitaríamos solamente el aliento de nuestras narices para orar. Si la oración fuera deseos solamente, muchos deseos se sienten fácilmente, y esto aun en el hombre natural. Pero cuando es deseo espiritual, y comunión del espíritu humano con el Gran Espíritu, entonces el Espíritu Santo mismo debe estar presente en todo el proceso, a fin de ayudar en la debilidad, y dar vida y poder, o de otro modo nunca se dará una oración verdadera, y la cosa ofrecida a Dios tendrá el nombre y la forma, pero la vida interior de oración estará muy lejos de allí.

Además, es claro en la conexión de nuestro texto, que la intervención del Señor Jesucristo es esencial para la oración aceptable. Como oración no será verdadera oración sin el Espíritu de Dios, de modo que no será oración que prevalece sin el hijo de Dios. El es el gran Sumo Sacerdote, debe entrar tras el velo por nosotros. Más aun, por medio de su persona crucificada el velo debe ser quitado por completo. Porque hasta ese momento estamos excluidos de la presencia del Dios vivo. El hombre que a pesar de la enseñanza de las Escrituras, procura orar sin un Salvador insulta a la Deidad. Y aquel que imagina que su propio deseo natural puede llegar a la presencia de Dios sin ser rociado con la sangre preciosa, y que será un sacrificio aceptable delante de Dios, comete un error. No ha traído una ofrenda que Dios pueda aceptar, no más que si hubiera desnucado un perro, u ofrecido un sacrificio inmundo. Obrada en nosotros por el Espíritu, presentada a nuestro favor por el Cristo de Dios, la oración se convierte en poder delante del Altísimo, pero no de otra manera.

Al tratar de hablar del texto de esta mañana, lo tomaré así: Primero, *Tenemos un trono;* luego, en segundo lugar, *vemos la gracia;* en seguida juntamos las dos cosas y veremos *la gracia en el trono;* y reviniéndoles en otro orden, veremos *la soberanía manifestándose a sí misma y resplandeciente en gracia.*

I. Nuestro texto habla de UN TRONO: "El trono de la Gracia."

En la oración, Dios debe ser visto como nuestro Padre. Este es el aspecto que nos resulta más querido. Pero aún no tenemos que considerarlo como si fuera como nosotros, porque nuestro Salvador ha calificado la expresión "Padre nuestro," con las palabras "que estás en los cielos"; y muy cerca, detrás de esas palabras que presentan el nombre tan condescendiente, para

recordarnos que nuestro Padre es todavía infinitamente más grande que nosotros, nos ha ordenado decir: "Santificado sea tu nombre; venga tu reino." De modo que nuestro Padre todavía debe ser considerado como un Rey, y en la oración no solamente llegamos a los pies de nuestro Padre, sino llegamos al trono del Gran Monarca del Universo. El trono de la gracia es un trono, y eso es algo que no debemos olvidar.

Si la oración siempre debe ser considerada por nosotros como una entrada en la corte de la realeza celestial; si hemos de conducirnos como cortesanos que están en la presencia de una ilustre majestad, entonces, no es una pérdida que sepamos cual es el espíritu correcto en que debemos orar. Si en la oración llegamos ante de un trono, es claro que, en primer lugar debe ser en espíritu *de humilde reverencia*. Se espera que el súbdito, al acercarse al rey, le rinda homenaje y honra. El orgullo que no reconoce al rey, la tradición que se rebela contra la soberana voluntad debería, si es sabia, eludir cualquier acercamiento al trono. Que el orgullo muerda las barricadas a la distancia y la traición esté al acecho en los rincones, porque solamente la reverencia profunda puede llegar a la presencia del Rey mismo, cuando está sentado con sus majestuosas vestiduras. En nuestro caso, el rey ante el cual venimos es la más elevada de las majestades, el Rey de reyes, el Señor de los señores. Los emperadores son solo residuos de su poder imperial. Se llaman reyes por derecho divino, pero ¿qué derecho tienen? El sentido común se ríe de sus pretensiones. Solo el Señor tiene derecho divino, y a él solamente pertenece el reino. El es el bendito y único potentado. Ellos son reyes nominales, puestos y derribados por voluntad de los hombres, o por el decreto de la providencia, pero El solamente es Señor, el Príncipe de los reyes de la tierra.

Corazón mío, asegúrate de postrarte ante tal presencia. Si él es tan grande, besa el polvo delante de él, porque es el más poderoso de todos los reyes. Su trono domina en todos los mundos. El cielo le obedece con alegría, el infierno tiembla cuando él frunce el ceño, y la tierra es constreñida a rendirle homenaje voluntario quieranlo o no. Su poder puede crear o puede destruir; crear o aplastar; las dos cosas son igualmente fáciles para él. Alma mía, cuando te acercas al Omnipotente, que es fuego consumidor, quita el calzado de tus pies, y adórale con profunda humildad. Además, él es el más santo de todos los reyes. Su trono es un gran trono blanco, sin mancha, y clara como el cristal. "Ni aun los cielos son limpios delante de sus ojos," "y notó necedad en sus ángeles." Y tú, criatura pecadora, con cuánta humildad deberías acercarte a El. Puede haber familiaridad, pero que no sea profana. Debe haber osadía, pero que no sea impertinencia. Todavía tú estas en la tierra y él en el cielo. Todavía eres un gusano en el polvo, una criatura abrumada ante la polilla, y él es eterno. Antes que existieran las montañas, él era Dios, y si todo lo creado dejara de existir, El sigue siendo el mismo. Hermanos míos, temo que no nos inclinamos como debiéramos ante la Eterna Majestad. Pero de hoy en adelante, pidamos al Espíritu de Dios que nos dé un ánimo correcto, para que cada una de nuestras oraciones pueda ser un acercamiento reverente a la majestad infinita que está en los cielos.

En segundo lugar, hay que acercarse a un trono con *devota alegría*. Si la gracia divina me ha otorgado el que esté entre los favoritos que frecuentan su corte, ¿no debo sentirme contento? Podría haber sido expulsado de su presencia para siempre, sin embargo, se me permite acercarme a El, hasta su palacio real, hasta su cámara secreta de las audiencias de gracia, y ¿no he de estar agradecido? ¿No ha de convertirse mi gratitud en gozo, y no he de sentir que he sido honrado, que soy hecho receptor de grandes favores cuando se me permite orar? ¿Por qué está triste tu rostro, Oh tú que suplicas, cuando estás delante del trono de la gracia? Si estuvieras ante el estrado de la justicia para ser condenado por tus iniquidades, podrías bien mostrarte deprimido, pero has sido favorecido y puedes presentarte ante el Rey que está en sus vestiduras de seda del amor, por lo tanto, tu rostro debe resplandecer con sagrado placer. Si tu tristeza es grande, cuéntasela a El

porque El puede mitigarla; si tu pecado se ha multiplicado, confiésalo porque El lo puede perdonar. Oh, vosotros, cortesanos que estáis en los salones de este Monarca, alegraos sobremanera, y poned alabanzas en vuestras oraciones.

Es un trono, y por lo tanto, en tercer lugar, cuando-quiera que uno se acerca debe hacerlo *con completa sumisión*. Nosotros no oramos a Dios para darle instrucciones acerca de lo que debe hacer. Ni por un momento deberíamos presumir que dictamos la línea de procedimiento divino. Se nos permite decirle a Dios: "Así y así nos gustaría tener," pero además deberíamos agregar: "pero viendo que somos ignorantes y podemos estar equivocados -viendo que aún estamos en la carne, y por lo tanto podríamos estar actuando con motivos carnales-- no sea como yo quiero, sino conforme a tu voluntad." Quién va a darle instrucciones al trono? Ningún hijo de Dios que sea leal ni por un momento imaginará que puede ocupar el trono que es el derecho de ser Señor de todo. Y aunque el creyente expresa su deseo fervientemente, vehementemente, importunamente, y suplica y vuelve a suplicar, mantiene siempre esta reserva necesaria: "Sea hecha tu voluntad, mi Señor; y si pido algo que no estés de acuerdo con ella, mi deseo más íntimo es que seas suficientemente bueno como para negársela a tu siervo. Lo tomaré como una respuesta verdadera, si me rechazas lo pedido por mí que no parezca bueno ante tu vista." Si recordáramos constantemente esto, pienso que nos veríamos menos inclinados a insistir en ciertos casos delante del trono, porque sentiríamos: "Aquí estoy buscando mi propia comodidad, ventaja para mí, facilidades personales, y, quizás esté pidiendo algo que deshonor a Dios; así que oraré con la más profunda sumisión a los decretos divinos." Pero, hermanos, en cuarto lugar, si es un trono, debemos acercarnos con *aumentadas expectativas*. Un himno lo expresa muy bien:

"Cuando vienes ante el Rey, grandes peticiones debes traer."

No venimos en oración como si fuéramos al lugar donde Dios distribuye limosnas, donde dispensa sus favores a los pobres, ni venimos a la puerta trasera de la casa de misericordia a recibir mendrugo, aunque ello fuera más de lo que merecemos, a comer las migajas que caen de la mesa del Maestro, que es más de lo que podríamos pretender. Pero cuando oramos, estamos dentro del palacio, de pie sobre el resplandeciente piso de la sala de recepción del gran rey, y de ese modo estamos en una posición ventajosa. En las oraciones nosotros estamos de pie donde los ángeles se inclinan con sus rostros velados; allí, sí, allí, adoran los querubines y serafines, delante del trono mismo al cual ascienden nuestras oraciones. ¿Y llegaremos allí con peticiones atrofiadas, y una fe estrecha y contrahecha? No, no es de los reyes el dar centésimos y monedas sin valor; el Rey distribuye monedas de oro. No reparte, como hacen los pobres hombres, pedazos de pan y restos de comida, sino hace una fiesta de manjares sustanciosos, de manjares llenos de médula, de vinos bien refinados.

Cuando a un soldado Alejandro se le dijo que pidiera lo que quisiera, éste no pidió limitándose al mérito que tenía, sino que hizo una demanda tan grande, que el tesorero real se negó a pagar, y planteó la cuestión ante Alejandro, y Alejandro en una actitud verdaderamente real, replicó: "El sabe la grandeza de Alejandro, y ha pedido como se pide a un rey; que tenga lo que ha pedido." Cuídate de imaginar que los pensamientos de Dios son tus pensamientos, y que sus caminos como tus caminos. No traigas ante Dios peticiones menguadas y deseos estrechos diciendo: "Señor, haz conforme a estas cosas," pero recuerda, como los cielos son más altos que tus caminos, y sus pensamientos más que tus pensamientos, y pide, por lo tanto, como se le pide a Dios, pide grandes cosas, porque estás delante de un gran trono. Oh, que siempre sintamos esto cuando llegamos ante el trono de la gracia, porque entonces El puede hacer por nosotros mucho más abundantemente de lo que pedimos o pensamos.

Y, amados, en quinto lugar, podría agregar que el espíritu correcto en que nos acercamos al

trono de la gracia es de *una confianza sin vacilaciones*. ¿Quién podrá dudar del Rey? ¿Quién se atreve a impugnar la palabra imperial? Se ha dicho que si toda integridad desapareciera de los corazones de la humanidad, todavía estaría en el corazón de los reyes. Sería vergonzoso que un rey mintiera. Hasta el mendigo en las calles es deshonrado si rompe una promesa, pero, ¿qué diremos de un rey si ni se puede confiar en su palabra? ¡Que vergonzosos para nosotros, si nos paramos con incredulidad ante el trono del rey del cielo y de la tierra! Con nuestro Dios ante nosotros en toda su gloria, sentado en el trono de la gracia, ¿se atreverán nuestros corazones a decir que desconfiamos de El? ¿Podremos imaginar que El no puede o no quiere cumplir su promesa? Ciertamente allí está el lugar en que el hijo puede confiar en su Padre, donde el subdito fiel puede confiar en su monarca, y, por lo tanto, lejos esté de vacilar o de dar lugar a la desconfianza. La fe sin vacilaciones debe ser la que predomina ante el trono de la gracia.

Una observación más sobre este punto, y este es que, si la oración es presentarse ante el trono de Dios, siempre debiera hacerse con *la más profunda sinceridad*, y en el espíritu que hace que todo sea *real*. Si eres suficientemente desleal para deprecia al rey, por lo menos, por tu propio bien, no te burles de El en su rostro, y cuando El está sobre el trono. Si en alguna parte te atreves a proferir palabras santas que no salen del corazón, que no sea en el palacio de Jehová. Si se me invita a orar en público, no debo comprender que estoy hablando con Dios mismo, y que tengo asuntos que tratar con el gran Señor. Y en mi oración privada, al levantarme en la mañana, si me inclino y repito algunas palabras, o al retirarme a descansar en la noche y paso por lo mismo, más bien pecho y no hago bien, a menos que desde el alma hable al altísimo. ¿Crees tú que el rey del cielo se complace en oírte proferir palabras con lengua frívola, y con una mente que no está en ello? Tú no conoces. El es Espíritu, y los que le adoran en espíritu y en verdad es necesario que adoren.

Amados, la suma de todo lo dicho es esto: la oración no es una insignificancia. Es un acto eminente y elevado; es un privilegio elevado y maravilloso. En el antiguo Imperio Persa solamente unos pocos, pertenecientes a la nobleza podían entrar en cualquier momento ante el rey, y se consideraba esto como el privilegio más elevado de los mortales. Vosotros y yo, el pueblo de Dios, tenemos un permiso, un pasaporte para venir ante el trono de la gracia en el momento que lo deseamos, y se nos exhorta a acudir con gran confianza, pero de todos modos no debemos olvidar que no es poca cosa ser cortesano de la corte de los cielos y la tierra, para adorar a aquel que nos hizo y sustenta nuestro ser. En verdad, cuando intentamos orar podríamos oír la voz que, desde la excelsa gloria, dice: "Venid, adoremos y postrémonos, arrodillémonos delante de Jehová nuestro Hacedor. Porque El es nuestro Dios, y nosotros pueblo de su prado, y ovejas de su mano." "Adorad a Jehová en la hermosura de la santidad; Temed delante de él, toda la tierra."

II. Para que la brillantez y el resplandor de la palabra "trono" no sea demasiado para la visión humana, nuestro texto ahora nos regala una palabra suave, amable y deleitosa: Gracia.

Somos llamados al trono *de la gracia*, no al trono de ley. El rocoso Monte Sinaí era el trono de la ley, cuando Dios vino a Paran con diez millares de sus santos. ¿Quién querría acercarse a ese trono? Ni siquiera Israel. Se fijaron límites alrededor del monte, y sin aun una bestia tocaba el monte era apedreada o atravesada con una lanza. Vosotros, los que sois justos ante vuestros propios ojos y que esperáis poder obedecer la ley, y pensáis que podéis ser salvos por ella, mirad las llamas que Moisés vio y estremeceos y temblad, y desesperad. No es ese el trono al que ahora nos acercamos, porque por medio de Jesús el caso ha cambiado. Para la conciencia lavada por la sangre preciosa no hay ira sobre el trono divino, aunque, para nuestras atribuladas mentes:

Era objeto de la ira ardiente,
su parte era el fuego devorador,
nuestro Dios es fuego consumidor,
celoso es su nombre para siempre.

Y, ¡bendito sea Dios! Esta mañana no vamos a hablar del trono del juicio final. Todos concurriremos ante él, y cuantos hayamos creído encontraremos que es un trono de gracia, a la vez que trono de justicia. Porque Aquel que está sentado sobre el trono no pronunciará sentencia de condenación contra la persona que es justificada por la fe. Es un trono estable-ido con al propósito de dispensar la gracia, un trono desde el cual cada expresión es una expresión de gracia. El cetro que desde él se extiende es el cetro de plata de la gracia. Los decretos que desde él se promulgan tienen el propósito de otorgar gracia. Los dones que desde allí se distribuyen a los que están al pie de los escalones de oro son dones de gracia. El que se sienta sobre el trono, el mismo es la gracia. Cuando oramos nos acercamos al trono de la gracia. Y por un momento, pensamos en ello, a modo de estímulo consolador para quienes están comenzando a orar; es decir, a todos los que somos hombres y mujeres de oración.

Si vengo en oración ante el trono de la gracia, entonces *serán disimuladas las faltas de mi oración*. Al comenzar a orar, queridos amigos, vosotros sentís como si no estuvierais orando. Los gemidos de vuestro espíritu, cuando os levantáis de vuestras rodillas son tales que pensáis que no hay nada en ellos. ¡Qué oración tal llena de manchas, empañada y estropeada es! No importa. Vosotros no habéis ido al trono de la justicia, de otro modo cuando Dios percibió la falta en la oración la habría desdeñado. Tus palabras entrecortadas, tus jadeos y tartamudeos están ante el trono de la gracia. Cuando alguno de nosotros ha presentado sus mejores oraciones ante Dios, si la ve como Dios la ve, no hay duda que haría un gran lamento por ella. Porque en la mejor de las oraciones que se hayaorado hay suficiente pecado como para que sea desechada por Dios. Pero digo nuevamente que no es un trono de juicio, y hay esperanza para nuestras débiles y pocas convincentes oraciones. Nuestro condescendiente Rey no mantiene una etiqueta rígida en su corte como la que observan los príncipes entre los hombres, donde un pequeño error o una imperfección resultarían en la desgracia del peticionario. Oh, no. Los defectuosos clamores de sus hijos no son criticados severamente por El. El supremo Chambelán del palacio de las alturas, nuestro Señor Jesucristo, pone cuidado y altera y enmienda cada oración que se le presenta y hace que la oración sea perfecta con su perfección, y que prevalezca por Sus méritos. Dios considera la oración presentada por medio de Cristo, y perdona todas sus faltas inherentes. ¡Cómo debiera esto estimularnos a los que nos damos cuenta que somos débiles, erráticos y poco hábiles en la oración! Si no puedes suplicar a Dios, como la hacías en años que ya se han ido, si puedes sentir que de uno u otro modo has perdido la práctica en la tarea de la suplicación, no te des por vencido, regresa aún, y preséntate, sí, con más frecuencia, porque no es un trono de críticas severas, es un trono de gracia al cual te ha acercado. Entonces, puesto que es un trono de gracia, *las faltas del peticionario mismo no impedirán el éxito de su oración*. Oh, ¡qué faltas hay en nosotros! ¡Cuan inadecuados somos para ir ante un trono! ¡Estamos tan contaminados por el pecado por dentro y por fuera! No podría decirnos "Orad," ni siquiera a vosotros los santos, si no hubiera un trono de gracia, mucho menos podría hablar de oración a vosotros los pecadores. Pero ahora diré esto a cada pecador que haya existido: clama al Señor y búscalo mientras pueda ser hallado. Un trono de gracia es un lugar adecuado para ti: arrodíllate. Con fe sencilla acude a tu Salvador, porque El, El es el trono de la gracia. Es en El que Dios puede dispensar gracia al más culpable de la humanidad. Bendito sea Dios, ni las faltas de la oración ni las del que suplica cerrarán las puertas a nuestras peticiones del

Dios que se deleita en los corazones contritos y humillados.

Si es un trono de la gracia, entonces *los deseos del que suplica serán bien interpretados*. Si no puedo encontrar las palabras para expresar mis deseos sin palabras, Dios en su gracia leerá mis deseos sin palabras. El capta el sentido de sus santos, el significado de sus gemidos. Un trono que no fuera de la gracia no se tomaría la molestia de descifrar nuestras peticiones; pero Dios, el infinitamente misericordioso, buceará en el alma de nuestros deseos, y leerá allí lo que no podemos hablar con la lengua. Habéis visto a un padre, cuando su hijito está tratando de decirle algo, sabe muy bien lo que el pequeño está procurando hablar, le ayuda a formar las palabras y las sílabas, y si el chiquito ha medio olvidado lo que iba a decir, el padre sugiere la palabra. Así ocurre con el siempre bendito Espíritu: desde el trono de la gracia nos ayudará, nos enseñará las palabras, sí, y escribirá en nuestros corazones nuestros deseos mismos. En las Escrituras tenemos casos en que Dios pone palabras en boca de los pecadores. "Lleva contigo palabras," le dice, "Y dile: Recíbenos con misericordia y ámanos libremente." El pondrá los deseos, y dará además la expresión de aquellos deseos en tu Espíritu por su gracia. El dirigirá tus deseos a las cosas que deberías buscar. El te enseñará tu necesidad como si tú no la conocieras. El sugeriría las promesas a las que puedes recurrir para orar. En realidad, El será el Alfa y la Omega de tu oración, así como lo es en salvación. Porque así como la salvación es por gracia, de principio a fin, el acercamiento del pecador al trono de la gracia es pura gracia de principio a fin. ¡Qué consolador es esto! Queridos amigos, ¿no nos acercaremos con la mayor de las confianzas a este trono mientras sorbemos el dulce significado de esta preciosa frase "el trono de la gracia?"

Si es un trono de gracia, entonces *todas las necesidades de los que se acercan serán suplidas*. El rey de ese trono no dirá "Debes traerme presentes, debes ofrecerme sacrificios." No es un trono para recibir tributos; es un trono que dispensa dones. Entonces, venid vosotros que sois pobres como la pobreza misma, venid vosotros que estáis reducidos a la bancarrota por la caída de Adán y por vuestras propias transgresiones. Este no es el trono de la majestad que se mantiene por los impuestos que recoge de entre sus súbditos, sino un trono que se glorifica cuando derrama, como una fuente, corrientes de cosas buenas. Venid ahora, y recibid el vino y la leche que se dan libremente; sí, venid, comprad vino y leche, sin dinero y sin precio. Todas las necesidades del peticionario serán suplidas, porque es un trono de gracia.

El trono de la gracia. La frase crece a medida que retorna a mi mente, y para mí es una reflexión altamente placentera que si acudo al trono de la gracia en oración, puedo sentir que tengo mil defectos, pero, no obstante, hay esperanzas. Usualmente me siento menos satisfecho con mis oraciones que con cualquier otra cosa que hago. No creo que es cosa fácil orar en público, como lo es dirigir en forma correcta la adoración en una gran congregación. A veces oímos que se elogia a personas porque predicán bien, pero si alguno es capacitado para orar bien, habrá un don igual y una gracia superior en ello. Pero, hermanos, supongamos que en nuestras oraciones haya defectos de conocimientos; es un trono de gracia, y nuestro Padre sabe que tenemos necesidad de estas cosas. Supongamos que haya defectos de fe; El ve nuestra poca fe y todavía *no nos rechaza*, a pesar de ser poca. En cada caso no mide su dádiva por el grado de nuestra fe, sino por la sinceridad y veracidad de la fe. Y si hay defectos graves en nuestro espíritu y fracasos en el fervor o en la humildad de la oración, aún, pese a que estas cosas no debieran ocurrir y son muy deplorables, la gracia las pasa por alto, las perdona, y sigue su mano misericordiosa extendida para enriquecernos conforme a nuestras necesidades. Ciertamente esto debiera inducir a muchos a orar y que todavía no han orado, y debiera hacer que lo que han estado por largo tiempo acostumbrados al uso del consagrado arte de la oración se acerquen con mayor confianza que nunca ante al trono de la gracia.

III. Pero, ahora, respecto de nuestro texto como en todo, nos da la idea de la GRACIA ENTRONIZADA.

Tenemos un trono, y ¿quién se siente en él? Es la gracia personificada la que está instalada en dignidad. Y en verdad, actualmente la gracia está en un trono. En el evangelio de Jesucristo la gracia es el atributo predominante de Dios. ¿Cómo llega a ser tan excelsa? Respondemos: la gracia tiene su trono *por conquista*. La gracia vino a la tierra en la forma de un Bienamado, y se enfrentó con el pecado, lo cargó sobre su hombro, y aunque casi fue aplastada bajo la carga, llevo el pecado a la cruz, lo clavo allí, le dio muerte, lo dejó muerto para siempre, y triunfó gloriosa. Por esta causa, en esta hora la gracia está sentada en un trono, porque ha vencido el pecado humano, ha llevado el castigo de la culpa humana y ha derrotado a todos sus enemigos.

Además la gracia está sentada en un trono, porque se ha establecido allí *por derecho*. No hay injusticia en la gracia de Dios. Dios es tan justo, cuando perdona al pecador como cuando echa a un pecador al infierno. Creo con toda mi alma que hay una justicia tan pura en la aceptación de un alma que cree un Cristo como la habrá en el rechazo de Aquellas almas impenitentes que son desterradas de la presencia de Jehová. El sacrificio de Cristo ha permitido que Dios sea justo, y, sin embargo, pueda justificar al que cree. El que conoce la palabra *Sustitución* y puede saber en forma correcta su significado, verá que nada punitivo se debe a la justicia por parte de ningún creyente, y que ahora Dios podría ser injusto si no salvara a aquellos por los cuales Cristo sufrió vicariamente, aquellos para quienes se proveyó su justicia, y a los cuales ha sido imputada. La gracia está en el trono por conquista, y se sienta allí por derecho.

La gracia está entronizada hoy en día, hermanos, porque Cristo ha finalizado su obra y ha entrado en los cielos. Está entronizado *en poder*. Cuando hablamos de su trono, queremos decir que tiene un poder ilimitado. La gracia no se sienta en el estrado de Dios; la gracia no está de pie en la corte de Dios, sino que está sentada en el trono. Es el atributo que reina; es el rey de hoy en día. Esta es la dispensación de la gracia, el año de la gracia. La gracia reina por medio de la justicia para vida eterna Vivimos en la dinastía de la gracia, porque considerando que Jesús vive para siempre él intercede por los hijos de los hombres, también es poderoso para salvar hasta lo sumo a los que por él se acercan a Dios. Pecador, si fueras a encontrar la gracia a la orilla de un camino, como un pasajero en su viaje, te exhortaría que hagas amistad con ella y pidas su influencia; si fueras a encontrar la gracia como a un comerciante en una transacción con tesoros en las manos, te recomendaría que conquistas su amistad, te enriquecería en la hora de tu pobreza; si vieras la gracia como uno de los pares del cielo, exaltada hasta lo sumo, te exhortaría a que te hiciera oír por ella; pero, cuando la gracia está más alto, no puede ser mayor, porque está escrito "Dios es amor," que es un *alias* de la gracia. Oh, ven, e inclínate delante de ella; ven y adora la infinita gracia y misericordia de Dios. No dudes, no te detengas, no vaciles. La gracia reina; la gracia es Dios; Dios es amor. Hay un arco iris alrededor del trono semejante a una esmeralda, la esmeralda de su compasión y de su amor. Oh, almas felices que pueden creer esto, y creyéndolo pueden venir de inmediato y glorificar la gracia convirtiéndose en ejemplos de su poder.

IV. Finalmente, nuestro texto, bien leído, tiene LA SOBERANÍA RESPLANDECIENTE DE GLORIA, LA GLORIA DE LA GRACIA.

El trono de la gracia es un trono. Aunque la gracia esté en él sigue siendo un trono. La gracia no desplaza a la soberanía. Ahora bien, el atributo de soberanía es muy elevado y terrible. Su luz es como una piedra de jaspe, más preciosa, y como piedra de zafiro, o como Ezequiel la Llama, "el terrible cristal." Así dice el Rey, el Señor de los Ejércitos, "Tendré misericordia del que

tendré misericordia, y seré clemente para con el que seré clemente." "¿Quién eres tú, oh hombre, para que alterques con Dios? ¿Dirá el vaso de barro al que lo formó: ¿Por qué me has hecho así?" "No tiene potestad el alfarero sobre el barro, para hacer de la misma masa un vaso para honra y otro para deshonra?" Pero, para que ninguno de vosotros sea abatido por el pensamiento de su soberanía, os invito al texto. Es un trono. Hay soberanía, pero para cada alma que sabe orar, para cada alma que por fe viene a Jesús, el verdadero trono de la gracia, la soberanía divina no presenta un aspecto oscuro y terrible, sino que está llena de amor. Es un trono de gracia; de lo que deduzco que la soberanía de Dios para el creyente, para uno que suplica, para uno que viene a Dios en Cristo, siempre se ejerce de pura gracia. Para vosotros, los que acudís a Dios en oración, la soberanía siempre dice así: "Tendré misericordia de ese pecador. Aunque no lo merece, aunque, no hay méritos en él, puesto que yo puedo hacer lo que bien me parezca, le bendeciré, lo haré mi hijo, yo le aceptaré, será mío el día que haga mis joyas."

Hay dos o tres cosas para pensar, y luego termino. En el trono de la gracia, la soberanía se ha puesto bajo lazos de amor. Dios hará lo que El quiere; pero sobre el trono de la gracia, él está sometido a lazos, lazos que él mismo ha preparado, porque ha establecido un pacto con Cristo, y de ese modo, entró en relación de pacto con sus escogidos. Aunque Dios es y debe ser un soberano, nunca quebrantará su pacto, ni alternará la palabra que ha salido de su boca. No puede usar de falsedad con el pacto que el mismo estableció. Cuando acudo a Dios en Cristo, a Dios sobre el trono de la gracia, no debo imaginar que por algún acto de soberanía Dios va a dejar de lado su pacto. Eso no puede ser. Es un imposible.

Además, sobre el trono de la gracia, Dios está nuevamente obligado hacia nosotros por sus promesas. El pacto contiene muchísimas promesas de gracia, sobremanera grandes y preciosas. "Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá." Cuando Dios no había aun pronunciado tales palabras, u otra expresión en ese sentido, era libre de oír o no la oración; pero ahora no es así, porque ahora, si se trata de una verdadera oración ofrecida por medio de Jesucristo, su atributo de fidelidad le obliga a oírla. Un hombre puede ser perfectamente libre, pero desde el momento que hace una promesa, ya no es libre de quebrantarla. El Dios eterno no quiere quebrantar su promesa. Se complace en cumplirla. El ha declarado que todas sus promesas son sí y amén en Cristo Jesús. Pero, para nuestra consolación, cuando examinamos a Dios bajo el elevado y terrible aspecto de un soberano, tenemos esto para reflexionar, que está bajo la obligación de la promesa del pacto de ser fiel a las almas que le buscan. Su trono debe ser un trono de gracia para su pueblo.

Y una vez más, el más dulce de todos los pensamientos, toda la promesa del pacto ha sido confirmada y sellada con sangre, y lejos está del Dios eterno hacer que el vituperio caiga sobre la sangre de su querido hijo. Cuando el rey otorga una carta de derechos a la ciudad, aunque pudo ser absolutista antes de otorgar la carta, la ciudadanía puede invocar sus derechos ante el rey. De la misma manera, Dios ha dado a su pueblo una carta de indecibles bendiciones, otorgándoles las ciertísimas misericordias de David. En gran medida, la validez de una carta depende de la firma y del sello y, hermanos míos, ¡cuan seguro es el pacto de gracia! La firma es de la mano de Dios mismo y el sello es la sangre de Cristo, el Hijo unigénito de Dios. El pacto es ratificado con sangre, la sangre de su propio Hijo amado. No es posible que podamos suplicar a Dios en vano cuando se invoca el pacto sellado con la sangre, ordenado y seguro en todas las cosas. El cielo y la tierra pasarán, pero el poder de la sangre de Jesús no puede fracasar ante Dios. Habla cuando estamos en silencio, y prevalece cuando somos derrotados. Cuando pide, pide mejores cosas que Abel, y su clamor es oído. Acerquémonos confiadamente, porque llevamos la promesa en nuestros corazones. Cuando nos sintamos alarmados por la soberanía de Dios, cantemos alegremente:

El evangelio mi espíritu levanta:
El Dios fiel e inmutable
pone el fundamento de mi esperanza
con juramento, promesas y con sangre.

Que Dios el Espíritu Santo nos ayude a usar en forma correcta de hoy en adelante "el trono de la gracia." Amén.

CERTIFICADO DE ÉXITO DE LA ORACIÓN

Texto: "Y yo os digo: Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá." Lucas 11: 9-10

Buscar ayuda de un ser sobrenatural en tiempo de angustia es un instinto de la naturaleza humana. No decimos que la naturaleza humana no renovada ofrezca una oración verdaderamente espiritual, o pueda ejercer la fe salvadora en el Dios vivo. Pero, no obstante, como niño que llora en la oscuridad con angustioso anhelo de recibir ayuda de uno u otro lugar, difícilmente puede saber de dónde, el alma un profundo pesar casi invariablemente clama a algún ser sobrenatural en demanda de socorro. No hay personas más dispuestas a orar en tiempo de angustia que aquellas que han ridiculizado la oración en tiempos de prosperidad; y probablemente no hay oraciones más reales y en conformidad con los sentimientos de la hora que las que el ateo ha ofrecido bajo la presión del temor de la muerte.

En uno de sus papales en el *Tattler*, Addison describe a un hombre que, a bordo de un barco, se jactaba ruidosamente de su ateísmo. Al sobrevenir un repentino vendaval, cayó de rodillas y confesó al capellán que había sido ateo. Los rudos marineros que nunca antes habían oído esa palabra pensaban que se trataba de algún extraño pez, y se sorprendieron en extremo cuando vieron que era un hombre, y supieron de su propio boca "que nunca, hasta ese día había creído que hubiera un Dios." Uno de los viejos marineros le dijo al contramaestre que sería una buena obra echarlo por la borda, pero consideró que era una sugerencia cruel, porque la pobre criatura ya estaba en un estado tan miserable que su ateísmo se había evaporado, y en medio de un terror mortal clamaba a Dios pidiendo que tuviera misericordia de él.

Han ocurrido incidentes similares no una ni dos veces. En realidad, el escepticismo jactancioso se bate en retirada tan frecuentemente que siempre esperamos vuelva a ocurrir lo mismo. Quítese toda restricción artificial de la mente, y puede decirse de todos los hombres que, al igual que los compañeros de viaje de Jonás, cada uno clama a su Dios estando en tribulación. Como las aves en sus nidos, y los ciervos a sus matorrales, los hombres en su angustia vuelan en busca de socorro a un ser superior en la hora de la necesidad.

Por instinto, el hombre se volvió a su Dios en el Paraíso; y ahora, aunque en un grado lamentable es un monarca destronado, permanecen en su memoria vestigios de lo que era, y memoria en cuanto a donde encontrar su fuerza. Por lo tanto, no importa dónde encontráis a un hombre, si está en angustia, pedirá ayuda sobrenatural. Creo en la veracidad de este instinto, y que el hombre ora porque hay algo en la oración. Como cuando Dios da a sus criaturas el don de la sed, es porque existe el agua para saciarla. Y cuando crea el hambre es porque existe el alimento correspondiente al apetito. Así cuando él inclina a los hombres a orar es porque la oración tiene

una bendición correspondiente unida a ella.

Encontramos una poderosa razón para esperar que la oración sea efectiva en el hecho de que es una institución de Dios. En la palabra de Dios repetidas veces se nos da el mandamiento de orar. Las instituciones de Dios no son necedad. ¿Puedo yo creer que el Dios infinitamente sabio me ha ordenado un ejercicio que es ineficaz y que no es más que un juego de niños? ¿Me ordena orar, y sin embargo, la oración no tiene más resultado que si silbo al viento, o le canto, a un matorral? Si no hay respuesta a la oración, la oración es un monstruoso absurdo y Dios es el autor de ella. Y esto es una blasfemia si alguien se atreve a afirmarlo. Ningún hombre que no sea un tonto seguirá orando una vez que se le ha probado que la oración no hace ningún efecto delante de Dios, y que nunca recibe una respuesta. La oración es una tarea de idiotas y locos, y no para personas sanas, si fuera verdad que sus efectos terminan en el mismo hombre que ora.

Esta mañana no entraré a argumentar sobre la materia, más bien, voy a considerar mi texto, el cual para mí, por lo menos, y para vosotros que sois seguidores de Cristo, es el fin de toda controversia. Nuestro Salvador sabía muy bien que surgirían muchas dificultades en relación con la oración, y podrían hacer vacilar a sus discípulos, así que contrarrestó toda oposición mediante una afirmación incontrovertible. Leed las palabras: "*Yo os digo*: Yo, vuestro Dios: Yo os digo, pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá."

En el texto nuestro Señor hace frente a todas las dificultades, en primer lugar, *dándonos el peso de Su autoridad*, "*Yo os digo*;" en segundo término, *obsequiándonos una promesa*, "*Pedid y se os dará*," etcétera; y luego *recordándonos un hecho indiscutible*, "*todo el que pide, recibe*." Tenemos aquí tres heridas mortales para las dudas que el cristiano pueda tener en cuanto a la oración.

I. En primer lugar, NUESTRO SALVADOR NOS DA EL PESO DE SU PROPIA AUTORIDAD: "*Yo os digo*."

La primera marca de un seguidor de Cristo es que cree a su Señor. De ningún modo podemos seguir al Señor si levantamos dudas acerca de puntos que El ha establecido positivamente. Aunque una doctrina esté rodeada de diez mil dificultades, el *ipse dixit* del Señor Jesús las suprime todas, en lo que concierne a los cristianos verdaderos. La declaración de nuestro Maestro es todo el argumento que necesitamos: "*Yo os digo*" es nuestra lógica. ¡Razón! te vemos majestuosa en Jesús, porque El nos ha sido hecho por Dios sabiduría. El no puede errar, no puede mentir y si El dice: "*Yo os digo*," todo debate llega a su fin.

Pero, hermanos, hay algunas razones que nos deben llevar a descansar más confiadamente en la palabra de nuestro Señor Jesús, pero en la explicación que tenemos en consideración hay una fuerza especial. Se ha objetado que no es posible que la oración pueda ser contestada, porque las leyes de la naturaleza son inalterables, y todo debe seguir su curso y así será sea que los hombres oren o no. No nos parece necesario demostrar que las leyes de la naturaleza sufren perturbaciones. Dios puede obrar milagros, y puede obrarlos todavía como lo hiciera antaño, pero no es parte de la fe cristiana que Dios tenga que obrar milagros para responder las oraciones de sus siervos. Cuando un hombre, para cumplir una promesa tiene que desorganizar todos sus asuntos, y por decirlo así, tiene que detener toda su maquinaria, ello demuestra que es sólo un hombre, y que su sabiduría y poder son limitados; pero El es verdadero Dios, y sin dar marcha atrás a su maquinaria, o sin quitar un solo diente a la rueda, cumple los deseos de su pueblo cuando los presenta delante de El. El Señor es tan omnipotente que puede lograr resultados equivalentes a milagros sin necesidad de suspender en él más mínimo grado alguno de sus leyes. En el pasado, por decirlo así, detuvo la maquinaria del universo en respuesta a la oración, pero ahora, con una gloria igualmente divina, El

ordena los sucesos de modo que pueda responder las oraciones de los creyentes, y sin suspender no obstante una sola ley natural.

Pero esto está lejos de ser nuestro único y principal consuelo; ello radica en el hecho de que oímos la voz de uno que es competente para hablarnos de la materia, y El dice: "Yo os digo, pedid y recibiréis." Sea que las leyes de la naturaleza sean irreversibles o no, "Pedid y se os dará; buscad y hallaréis." Ahora bien, ¿quién es el que lo dice? Es el que ha hecho todas las cosas, sin el cual nada de lo que ha sido hecho fue hecho. ¿No puede hablar hasta este punto? ¡Oh, tú Verbo eterno, que en el principio estabas con Dios, pesando las nubes y amarrando los cimientos de la tierra, tú sabes cuáles son las leyes de la naturaleza y su inalterable constitución, y si tú dices "Pedid y se os dará," entonces, ciertamente será así, sean lo que fueren las leyes de la naturaleza. Además, nuestro Señor es adorado por nosotros como el sustentador de todas las cosas, y viendo que todas las leyes de la naturaleza son operativas solamente por su poder, y que son sostenidas en su acción por su poder, el debe ser conocedor del mecanismo de todas las fuerzas del universo, y si dice: "Pedid y se os dará," El no habla por ignorancia, más conoce lo que afirma. Podríamos estar seguros que no hay fuerzas que puedan impedir el cumplimiento de la palabra del Señor. De parte del Creador y Sustentador de todas las cosas, la expresión "yo os digo," pone fin a toda controversia para siempre.

Pero se ha presentado otra objeción que es muy antigua y tiene apariencia de gran fuerza. No es presentada por los escépticos, sino por los que sustentan parte de la verdad, y es este: que la oración no puede producir resultados ciertos, porque los decretos de Dios han establecido todas las cosas y esos decretos son inmutables. Ahora no tenemos deseos de negar la afirmación de que los decretos de Dios han establecido todos los sucesos. Creemos plenamente que Dios en su presencia ha predestinado todo lo que sucede en el cielo o abajo en la tierra, y que el conocimiento anticipado de la posición de un junco a la orilla del río es tan fija como la posición del rey en el trono y "el tamo del amo del aventador es dirigido como las estrellas en sus órbitas." La predestinación abarca lo grande y lo pequeño, y alcanza a todas las cosas. La pregunta es, "entonces, ¿por qué orar?" Con la misma lógica, ¿no se nos podría pedir que respiremos, comamos, nos movamos o hagamos algo? Tenemos una respuesta que nos satisface: nuestras oraciones están en la predestinación, y que Dios ha ordenado las oraciones de su pueblo al igual que todas las demás cosas, y cuando oramos, estamos produciendo eslabones en la cadena de los hechos ordenados. El destino decreta que ore; yo oro; el destino decreta que me sea respondida, y recibo la respuesta.

Pero tenemos una respuesta mejor que todo esto. El Señor Jesús se adelanta, y nos dice esta mañana: "Querido hijo mío, no debes preocuparte del decreto de Dios, nada hay en ellos que sea incongruente con el hecho de que tus oraciones sean contestadas. 'Yo os digo, pedid y os será dado.'" Ahora, quién es el que dice esto? ¡Vamos! es el que ha estado con el Padre desde el principio --"Este era en el principio con Dios"-- y él conoce cuales son los propósitos de Dios y cómo es el corazón de Dios, porque ha dicho en otro lugar, "el Padre mismo os ama." Ahora, puesto que El conoce el decreto del Padre, y el corazón del Padre, nos puede decir con la absoluta certeza de un testigo ocular que no hay nada en el consejo eterno que entre en conflicto con esta verdad y que el que pide recibe, y el que busca halla. El ha leído los decretos de principio a fin. ¿No ha tomado el libro y ha desatado los siete sellos, declarando las ordenanzas del cielo? El os dice que nada hay que esté en contra de tu rodilla doblada y tus ojos mojados con lágrimas, y con el hecho de que el padre abra las ventanas de los cielos para hacer llover sobre ti las bendiciones que estás buscando. Más aun, El mismo es Dios: los propósitos de los cielos son sus propósitos, y aquel que ordenó el propósito aquí da la seguridad de que nada hay en él que impida la eficacia de la oración. "Yo os digo." ¡Oh, vosotros que creéis en El, vuestras dudas son esparcidas a los vientos,

porque sabéis que El oye la oración.

Pero a veces surge en nuestra mente una tercera dificultad, que está asociada con nuestro propio juicio acerca de nosotros mismos y nuestra evaluación de Dios. Sentimos que Dios es muy grande, y temblamos en la presencia de su majestad; sentimos que somos muy pequeños, y que, además, somos viles; y parece una cosa increíble que una insignificancia culpable tenga poder para mover el brazo que mueve el universo. Me pregunto si no es ese temor culpable el que nos impide frecuentemente que oremos. Pero Jesús contesta dulcemente. Dice: "Yo os digo: pedid y se os dará." Y pregunto nuevamente, ¿quién es el que dice "Yo os digo?" Es aquel que conoce tanto la grandeza de Dios como la debilidad del hombre. El es Dios y desde su excelsa majestad, imagino oírle decir: "Yo os digo: 'Pedid, y se os dará.'" "Pero El también es hombre como nosotros, y dice: "No tengas miedo de tu insignificancia, porque yo, hueso de tu hueso, y carne de tu carne te aseguro que Dios oye la oración del hombre."

Y, sin embargo, si el terror del pecado nos espanta, y nuestro pesar nos deprime, yo os recordaría que cuando dice, "Yo os digo," Jesús nos da la autoridad, no solo de su persona, sino de su experiencia. Jesús era dado a orar. Nunca nadie ha orado como él lo hizo. El pasaba las noches en oración, y días enteras en ferviente intercesión. El es quien nos dice: "Yo os digo, 'Pedid y se os dará.'" Los veo descender fresco de entre los brezos del monte, entre los cuales arrodillado había pasado la noche en oración, y dice: "Discípulos míos, pedid y se os dará, porque yo he orado y me ha sido dado. "Fue oído en aquello que temía, y por lo tanto, nos dice: "Yo os digo, llamad y se os abrirá." E imagino oírle hablar así desde la cruz, con su rostro resplandeciente por el primer rayo de luz después que hubo sufrido nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, y hubo sufrido nuestros dolores hasta el último tormento. El había clamado: "Dios mío, Dios mío, ¿Por qué me has desamparado?" y ahora, habiendo recibido una respuesta, clama triunfante: "Consumado es," y hecho esto, nos manda: "Pedid y se os dará." Jesús ha probado el poder de la oración.

Además, recordad que si Jesús nuestro Señor, podía hablar positivamente aquí, hay razones mayores aun para creer en El ahora, porque ha traspasado el velo, se ha sentado a la diestra de Dios el padre, y la voz que ahora nos viene no nos llega del hombre pobre que usa una túnica sin costura, sino del sacerdote entronizado que lleva sobre sus lomos un cinto de oro sobre sus lomos, porque es él quien ahora dice, desde la diestra de Dios : "Yo os digo, pedid y se os dará," ¿No crees en su nombre? Sí crees. Entonces, ¿cómo podría caer en tierra una oración que se ofrece sinceramente en ese nombre? Cuando presentas tu petición en el nombre de Jesús, una parte de su autoridad refuerza tus oraciones. Si tu oración es rechazada, Cristo es deshonrado. No puedes creer que ello pueda ocurrir. Puesto que has confiado en él, cree que la oración ofrecida por medio de él debe tener éxito y lo tendrá.

No podemos quedar por más tiempo en este punto, pero confiamos en que el Espíritu Santo impresionará con él los corazones de todos nosotros.

II. Ahora recordaremos que NUESTRO SEÑOR NOS OBSEQUIA UNA PROMESA.

Nótese que la promesa se da para diversas variedades de oración: "Yo os digo: Pedid y se os dará; buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá." El texto claramente afirma que todas las formas de oración verdadera serán escuchadas, con la condición de ser presentadas por intermedio de Jesucristo, y son para bendiciones prometidas. Algunas son oraciones vocalizadas los hombres *piden*; no debemos jamás dejar de ofrecer la oración expresada por la lengua, porque la promesa es que el que pide será oído. Pero, hay otros que sin descuidar la oración activa, porque por el uso humilde y diligente de los medios ellos *buscan* las bendiciones que necesitan. Sus corazones

hablan a Dios por medio de sus anhelos, sus esfuerzos, sus emociones y sus trabajos. Que no cesan de buscar, porque ciertamente hallarán. Hay otros que, en su ardor combinan las formas más apasionadas, actuando y hablando, porque *llaman* es una forma intensa de pedir y una forma vehemente de buscar. Así la oración crece desde el pedir —que es su vocalización, su declaración—, hacia el buscar, -que es suplicar-; y llamar -que es importunar. Para cada una de estas etapas de la oración hay una promesa clara. El que pide, tendrá aquello que más pidió. Pero en el que busca yendo más allá, encontrará, disfrutará, estrechará entre sus manos, sabrá que ha obtenido. Y el que llama, irá más lejos aún, porque entenderá, y se le abrirán las cosas preciosas. No solamente tendrá la bendición y la disfrutará, sino que la comprenderá, "entenderá con todos los santos cuáles sean las alturas y las profundidades."

Sin embargo, quiero que notéis lo siguiente, que lo abarca todo: sea cual fuere la forma de oración tendrá éxito. Si solamente pedís recibiréis; si buscáis, hallaréis, si llamáis, os será abierto, pero en cada caso os será hecho conforme a vuestra fe. Las cláusulas de la promesa que tenemos ante nuestros ojos no se nos presentan colectivamente, como decimos en derecho: el que pide y busca y llama, recibirá, el que busca hallará y al que llama le será abierto. No es cuando combinamos las tres cosas que recibimos la bendición, aunque indudablemente si las combinamos recibiremos una respuesta combinada; pero si ejercemos solamente una de estas tres formas de oración, de todos modos tendremos lo que nuestra alma necesita.

Estos tres métodos de oración ejercitan una variedad de nuestra gracia. Los padres comentan en cuanto a este pasaje que la fe pide, la esperanza busca y el amor llama, y vale la pena repetir ese comentario. La fe pide porque cree que Dios dará; habiendo pedido, la esperanza espera, y en consecuencia busca la bendición; el amor lleva más cerca aún, y no recibirá una negativa de Dios, antes bien desea entrar en su casa, cenar con El, y por eso llama a su puerta hasta que le abre. Pero, regresamos a nuestro punto original. No importa cuál es la gracia que se ejerce, una bendición corresponde a cada una. Si la fe pide, recibirá; si la esperanza busca, hallará; y si el amor llama, le será abierto.

Estos tres modos de orar nos convienen en diferentes estados de angustia. Allí estoy, pobre mendigo, a la puerta de la misericordia; pido y recibiré. Pero me extravió, de modo que no puedo hallar a Aquel a quien una vez pedí tan exitosamente; entonces puedo buscarlo con la certeza de que la hallaré. Y si estoy en la última de las etapas, no solamente pobre y confundido, sino también inmundo como para sentirme separado de Dios, como leproso que es echado fuera del campamento, entonces puedo llamar y la puerta se me abrirá.

Cada una de estas diferentes descripciones de las oraciones es sobremanera sencilla. Si alguien dijese: "No puedo pedir," nuestra respuesta sería: "no entiendes la palabra." Con toda seguridad toda persona puede pedir. Un niño pequeño puede pedir. Mucho antes que el bebé sepa hablar, ya puede pedir. No necesita palabras para pedir lo que necesita, y no hay uno solo entre nosotros que estén incapacitados para pedir. No es necesario que las oraciones sean hermosas. Creo que Dios aborrece las oraciones hermosas. Cuando oramos, mientras más sencilla nuestra oración mejor; el lenguaje más sencillo, el más humilde que expresa lo que queremos significar, es el mejor de todos.

La segunda palabra es *buscad*, y ciertamente no hay dificultades con buscar. Podría haber dificultades para encontrar, pero no las hay en el buscar. Cuando la mujer de la parábola perdió el dinero, ella encendió una luz y lo buscó. No creo que haya estado alguna vez en la universidad, o que fuera calificada como doctora en medicina, o que hubiera estado ante la Junta Escolar como mujer de sentido superior, pero ella podía buscar. Todo el que desea hacerlo, puede buscar, sea hombre, mujer o niño; y para estimularles, no se da la promesa en alguna forma filosófica en

particular en cuanto al buscar, sino establece simplemente "el que busca encuentra." Luego tenemos el *llamar*: bueno, eso es algo que no reviste mayor dificultad. Nosotros lo hacíamos cuando éramos niños, lo que a veces era demasiado para la comodidad de los vecinos. Y en casa, si el aldabón estaba demasiado elevado para nuestra estatura, siempre encontrábamos métodos y medios para llamar. Una piedra nos daba el mismo servicio, o el tacón de la bota. Cualquier cosa servía para golpear la puerta. De ningún modo estaba más allá de nuestra capacidad. Por tanto, Jesús lo pone de esta manera como para decirnos: "No necesitas tener escolaridad, preparación, talento ni ingenio para orar. Pide, busca, llama, eso es todo, y hay una promesa para cada una de estas formas de orar."

¿Creeréis la promesa? Es Cristo quien la da. Jamás ha salido de sus labios una mentira. Oh, no dudéis de El. Si has orado, sigue orando, y si nunca has orado, Dios te ayude para que comiences hoy.

III. Nuestro tercer punto es que JESÚS DA TESTIMONIO DEL HECHO DE QUE LA ORACIÓN ES OÍDA.

Habiendo dado una promesa, luego añade, en efecto: "Podéis estar completamente seguros de que esta promesa será cumplida, no solamente porque yo lo digo, sino porque es y ha sido siempre así." Cuando un hombre dice que mañana por la mañana saldrá el sol, le creemos, porque siempre ha sido así. Nuestro Señor nos dice, como hecho indiscutible, que a través de todas las edades el verdadero pedir ha sido seguido por el recibir. Recordad que quien afirma este hecho lo conoce. Si yo afirmara un hecho, podrías responderme: "Sí, en lo que respecta a lo que tú has observado, es verdad," pero la observación de Cristo no tiene límites. Jamás ha habido una oración verdadera que no la haya conocido él. Las oraciones aceptables al altísimo le llegan por la vía de las heridas de Cristo. De aquí que el Señor Jesús puede hablar por conocimiento personal, y su declaración es que la oración ha tenido éxito: "Todo el que pide recibe, y el que busca encuentra."

En este punto debemos suponer, desde luego, las limitaciones que iniciaría el sentido común ordinario, y que son establecidas por las Escrituras. No es que todo el que pida con frivolidad o maldad a Dios vaya a lograr lo que pidió. Dios no contestará cada petición necia, ociosa y desconsiderada del corazón no regenerado. De ningún modo. El sentido común pone el límite. Además las Escrituras pone su límite. "No tenéis porque no pedís, o pedís mal." Hay un pedir mal que nunca obtendrá lo que pide. Pero teniendo en cuenta estas cosas, la declaración de nuestro Señor no tiene otra limitación: "Todo el que pide recibe."

Cabe recordar que frecuentemente, aun cuando los impíos y los malvados han pedido a Dios, han recibido. Con mucha frecuencia en el día de angustia han clamado a Dios, y él les ha respondido. "¿Cómo te atreves a decir eso?," dice alguno. No lo digo yo, lo dice la Escritura: La oración de Acab fue contestada y el Señor dijo: "¿No has visto cómo Acab se ha humillado delante de mí? Pues por cuanto se ha humillado delante de mí, no traeré el mal en sus días; en los días de su hijo traeré el mal sobre su casa." Así también, el Señor oyó la oración de Joacaz, el hijo de Jehú, que hizo lo malo delante de Jehová (2 Reyes 13: 1-4). Los israelitas también, cuando por sus pecados fueron entregados a sus enemigos, clamaron a Dios pidiendo liberación, y recibieron su respuesta, sin embargo, el Señor mismo testifica respecto de ellos que sólo lisonjean con sus bocas.

¿Esto te hace vacilar? ¿No escucha él a los jóvenes cuervos cuando claman?" Piensas que no oírás al hombre que está hecho a Su imagen? ¿Lo dudas? Recuerda a Nínive. Las oraciones ofrecidas en Nínive, ¿eran oraciones espirituales? ¿Has oído hablar alguna vez de una iglesia de Dios en Nínive? Yo no, y creo que los ninivitas no fueron visitados por la gracia de la conversión; más bien fueron convencidos por la predicación de Jonás de que estaban en peligro delante del

gran Jehová, y proclamaron ayuno y se humillaron, y Dios oyó su oración, y por un tiempo Nínive fue preservada. Muchas veces, en el tiempo de la enfermedad y en el tiempo de dolor, Dios ha atendido a las oraciones de los ingratos y los malos. ¿Piensas que nada da sino a los buenos? ¿Te has quedado al pie del Sinaí y has aprendido a juzgar según la ley de los méritos? ¿Qué eras cuando comenzaste a orar? ¿Eras bueno y justo? ¿No te ha mandado Dios que hagas bien a los malos? ¿Crees que El te mandaría hacer algo que él mismo no haría? ¿No ha dicho que envía la lluvia sobre justos e injustos, y es así? ¿No está dando cotidianas bendiciones a quienes le maldicen? y hace bien a aquellos que despectivamente le utilizan? Esta es una de las glorias de la gracia de Dios. Y cuando ya no queda nada de bueno en el hombre, si de su corazón se eleva un clamor, el Señor se digna con mucha frecuencia a enviarle alivio en su tribulación. Ahora bien, si Dios ha oído las oraciones aun de Hombres que no le han buscado de la manera más elevada, y les ha dado liberación temporal en respuesta a sus clamores, ¿no te oír con mayor razón cuando te humillas en su presencia, y desea ser reconciliado con El? Por cierto que éste es un argumento.

Pero para entrar de lleno en el punto respecto de las oraciones verdaderas y espirituales, todo el que pide, recibe sin ninguna limitación. No ha habido un solo caso de un hombre que estuviera realmente buscando bendiciones espirituales de Dios, que no las haya recibido. El publicano estaba de pie alejado, y tan quebrantado de corazón que no se atrevía a levantar los ojos al cielo. Sin embargo, Dios lo miró desde arriba. Manases yacía en la oscura mazmorra. Había sido un cruel perseguidor de los santos; nada había en él que pudiera servirle de recomendación ante los ojos de Dios. Pero Dios lo oyó desde sus prisiones y concedió libertad a su alma. Por su propio pecado Jonás llegó al vientre del gran pez. En el mejor de los casos era un siervo de Dios petulante. Sin embargo, desde el seno del infierno clamó y Dios le oyó. Todo el que pide recibe, y el que busca halla y al que llama se abrirá." *Todo el que*. Si necesitara evidencias podría encontrarlas en este tabernáculo. Lo podría preguntar a cualquiera que haya encontrado a Cristo, para dar testimonio de que Dios oyó sus oraciones. Yo no creo que entre los condenados al infierno haya alguien que se atreva a decir, "Yo busqué al Señor y él me rechazó."

No se hallará en el día final de la rendición de cuentas una sola alma que pueda decir: "Llamé a la puerta de la misericordia, pero Dios se negó a abrirla." No habrá una sola alma que se pueda poner de pie ante el gran trono blanco y pueda reclamar: "Oh Cristo, yo habría sido salvado por tí, pero tú no me quisiste salvar. Me puse en tus manos, pero me rechazaste. Arrepentido pedí que tuvieras misericordia de mí, pero no la obtuve." Todo el que pide recibe. Ha sido así hasta el día de hoy, y será así hasta que Cristo venga. Si tienes dudas, haz la prueba, y si ya has probado, prueba nuevamente. ¿Estás vestido de harapos? No importa, *todo aquel* que pide recibe. ¿Está inmundo por el pecado? No tiene importancia, *Todo el que* busca, encuentra." ¿Te sientes como si estuvieras del todo destituido de Dios? Tampoco importa," llamad y se os abrirá, porque *todo el que pide* recibe." "¿No hay alternativa allí?" Sin duda la hay, pero ello no altera esta verdad que no tiene límite alguno; "*todo el que*." ¡Qué rico es este texto!" "*Todo el que* puede, recibe.

Cuando nuestro Señor dijo estas palabras, él podría haber recurrido a su propia vida como evidencia. En todo caso, nosotros podemos referirnos a ella ahora y demostrar que nadie pidió de Cristo sin recibir. La mujer sirofenicia al principio fue rechazada cuando el Señor la llamó perrillo, pero cuando ella tuvo el valor de decir: "Sin embargo, los perrillos comen las migajas que caen de la mesa," ella descubrió que todo aquel que pide recibe. Aquella mujer que desde atrás vino al Señor, apretado por la multitud, y tocó el borde de su túnica, no estaba pidiendo, estaba buscando, y encontró.

En respuesta a todo esto me parece oír la queja lamentable de alguien que dice: "He estado clamando a Dios por mucho tiempo pidiéndole salvación; le he pedido, le he buscado y he llamado,

pero *no* me ha venido todavía." Bien, querido amigo, si se me pregunta, quien tiene la verdad, Dios o tú, yo sé qué partido tomar, y te aconsejaría que creas en el Señor antes de creer en ti mismo. Dios oír la oración, pero, ¿sabes que hay algo antes de la oración? ¿Qué es? El evangelio no es todo el que ora será salvo. No, ese no es el evangelio. Creo que será salvo, pero ese no es el evangelio que se me ha ordenado predicaros. "Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura; el que"-- ¿quién? ¿Qué cosa?- "el que creyere y fuere bautizado será salvo." Ahora, tú le has estado pidiendo a Dios que te salve, ¿esperas que él te salve sin que creas y seas bautizado? Seguramente no has tenido la insolencia de pedir a Dios que anule su propia palabra. ¿No podría decirte: "Haz lo que te he ordenado, cree en mi Hijo: el que cree en él, dice alguien- "confío en él plenamente." ¿Alma, no pidas más salvación! ¡Y la tienes! ¡Eres salvo! Si confías en Jesús de todo corazón, tus pecados te son perdonados y eres salvo. Y la próxima vez que te acerques al Señor, ve a él con alabanza unida a tu oración, y canta bendiciendo su nombre.

"Pero, ¿cómo puedo saber que soy salvo? dice alguien. Dios dice: "El que creyere y fuere bautizado será salvo." ¿Has creído? ¿Has sido bautizado? ¿Sí? Entonces eres salvo. ¿Cómo lo sé? Lo sé en base a la mejor de las evidencias de todo el mundo. Dios dice que lo eres. ¿Necesitas otra evidencia aparte de esta? "Quiero sentirlo." ¡Sentirlo! ¿Son los sentimientos tuyos mejores que el testimonio de Dios? ¿Tratarás a Dios de mentiroso pidiéndole más señales y evidencias aparte de su segurísima palabra de testimonio? No tengo otra evidencia aparte de su segurísima palabra de testimonio. No tengo otra evidencia en este día en que me atreva a confiar respecto de mi salvación sino esta: que descanso en Cristo solamente con todo mi corazón, alma y fortaleza. "Otro refugio no tengo," y si tienes esa evidencia, es toda la evidencia que necesitas buscar este día. Después vendrán a ti otros testimonios de la gracia en tu corazón, y en ti formarán racimos y adornarán la doctrina que profesas, pero ahora, tu primera preocupación debe ser creer en Jesús.

"He pedido fe," dice uno. Bueno, ¿qué quieres decir con ello? Creer en Jesucristo es en don de Dios, pero además debe ser un acto tuyo. ¿Piensas que Dios creará por ti, o que el Espíritu Santo cree en lugar de nosotros? ¿Qué tiene que creer el Espíritu Santo? Tú debes creer por ti mismo o te pierdes. El no puede mentir. ¿No creerás en El? El merece que se le crea, confía en él y serás salvo, y tu oración será contestada.

Me parece oír a otra que dice: Confío en que ya he sido salvado; pero estoy esperando la salvación de otros en respuesta a mis oraciones"; Querido amigo, lo tendrás. "El que pide recibe; y el que busca encuentra, y el que llama, se abrirá." "Pero yo he buscado la conversión de tal persona durante años con mucha oración." La tendrás, o sabrás algún día por qué no ha podido ser, y quedarás contento con ello.

Sigue orando con esperanza. Hay muchos que han tenido la respuesta a sus oraciones por otros después de muertos. Creo que les ha hecho recordar otra ocasión del padre que durante muchos años oró por sus hijos e hijas, y sin embargo, no solo no se convirtieron sino que se hicieron sobremanera mundanos. Llegó el tiempo de morir. Reunió sus hijos alrededor de su lecho, esperando dar un testimonio tal de Cristo en el último momento que pudiera ser bendecido por la conversión de ellos. Pero infelizmente para él, tuvo gran angustia en su alma, porque tenía dudas de su propio interés en Cristo. El era uno de los hijos de Dios que llegan al lecho de muerte en tinieblas. Pero el peor de todos sus temores era que sus queridos hijos se dieran cuenta de su angustia y quedaran con prejuicios en contra de la religión. El buen hombre fue sepultado y sus hijos estuvieron en el funeral, y Dios contestó la oración del hombre ese mismo día, porque cuando se retiraban del sepulcro, se decían unos a otros: "Hermano, nuestro padre tuvo una muerte muy infeliz." "Sí, hermano; yo estaba muy asombrado por ello, porque nunca vi un mejor hombre que nuestro padre." "Ah," dijo el primer hermano, "si un hombre santo como nuestro padre encontró que

era difícil morir, para nosotros será una cosa terrible cuando llegue el momento, porque no tenemos fe." El mismo pensamiento los había golpeado a todos, y los condujo hasta la cruz, de modo que la oración del buen hombre fue oída de un modo misterioso. El cielo y la tierra pasarán, pero mientras Dios viva, la oración debe ser oída. Mientras Dios sea fiel a su palabra, las súplicas no son vanas. El Señor os dé gracia para ejercitaros en ellas continuamente. Amén.

LA ORACIÓN ESPONTANEA

Texto: "Entonces oré al Dios de los cielos."

Nehemías 2:4

Como ya vimos en la lectura de las Escrituras, Nehemías había preguntado en cuanto al estado de la ciudad de Jerusalén, y las noticias que oyó le causaron amargo dolor. *"¿Cómo no estará triste mi rostro, cuando la ciudad, la casa de los sepulcros de mis padres, está desierta, y sus puertas consumidas por el fuego?"* No podía soportar que fuera un puro montón de ruinas -aquella ciudad que había sido hermosa en cuanto a situación y el gozo de toda la tierra. Guardando el asunto en su corazón, no comenzó a hablar con otras personas de lo que podían hacer, ni diseñó un programa maravilloso sobre lo que se podría hacer si varios miles de personas se unieran en la empresa, pero se le ocurrió que podría hacer algo él mismo. Esta es la forma en que el hombre práctico inicia un asunto: El que no es práctico hará planes, arreglos y especulaciones acerca de lo que podría hacerse, pero el genuino y dedicado amante de Sion se plantea esta pregunta: "¿Qué puedes hacer? Nehemías, ¿qué puedes hacer? Vamos, hay que hacerlo, y tú eres el hombre que ha de hacerlo- por lo menos debes hacer tu parte. ¿Qué puedes hacer?"

Llegado a este punto, resolvió apartar tiempo para orar. Nunca tuvo el asunto fuera de su mente durante casi cuatro meses. Día y noche parecía tener escrito Jerusalén en su corazón, como si el nombre estuviera pintado en el globo de su ojo. Veía solo a Jerusalén. Cuando dormía soñaba con Jerusalén. Al despertar su primer pensamiento era Jerusalén: "¡Pobre Jerusalén!" y antes de dormirse su oración nocturna era por los muros derribados de Jerusalén. El hombre de una idea fija, vosotros sabéis, es un hombre terrible. Y cuando una sola pasión ha absorbido el todo de su humanidad, algo tendrá que venir como resultado. Tenedlo por seguro. El deseo de su corazón se convertirá en alguna demostración abierta, especialmente si plantea el asunto delante de Dios en oración. Algo surgió de esto. Antes que transcurriera mucho tiempo, Nehemías tuvo su oportunidad. Hombres de Dios, si queréis servir a Dios y no encontráis la ocasión propicia, esperad un tiempo en oración y vuestra ocasión irrumpirá sobre vuestro sendero como un rayo de sol. Nunca hubo un corazón verdadero y valiente que no lograra hallar una esfera adecuada en un lugar u otro para realizar su servicio. Todo obrero diligente hace falta en algún lugar de la viña. Puede ser que tengas que tardar, puede parecer que estás ocioso en el mercado, porque el maestro no te ha contratado, pero espera allí en oración, y con tu corazón ardiente con su propósito cálido, y aparecerá tu oportunidad. La hora necesitará su hombre, y si estás pronto, tú como hombre, no te quedarás sin tu hora. Dios dio a Nehemías una oportunidad. La oportunidad vino, es cierto, de un modo que era inesperado. Vino a través de su tristeza de corazón. Este asunto le ocupó la mente hasta que comenzó a verse sobremano infeliz. No puedo decir si los demás lo notaran, pero cuando entró en el salón real con la copa, el rey al cual servía notó la angustia en el rostro del copero y le dijo: "por qué está triste tu rostro? Pues no estás enfermo. No es esto sino quebranto de corazón." Poco se daba cuenta Nehemías que su oración estaba brindándole la ocasión. La oración

estaba registrada en su rostro. El ayuno estaba dejando huellas en su semblante, y aunque no lo sabía, de ese modo estaba preparándole la oportunidad para cuando estuviera en presencia del rey. Pero podéis ver que cuando se le presentó la oportunidad tuvo problemas, porque él dice: "Temí en gran manera." Entonces el rey le pregunta qué es lo que pide. Por el modo de preguntarlo parece llevar implícita la seguridad de que quiere ayudarlo. Y aquí nos sorprende un tanto el notar que en vez de apresurarse a dar una respuesta al rey -la repuesta no es dada de inmediato-- ocurre un incidente, se narra un hecho. Aunque era uno que últimamente se había dado por entero a la oración y al ayuno, ocurre este pequeño paréntesis: "Entonces oré al Dios de los cielos." Mi preámbulo conduce a este paréntesis. Quiero predicar sobre esta oración. Según mi opinión aparecen tres pensamientos aquí, y sobre cada uno de ellos quiero extenderme un poco: *el hecho de que Nehemías orara en ese momento preciso; el modo de la oración; y el excelente tipo de oración que utiliza.*

I. EL HECHO DE QUE NEHEMÍAS HAYA ORADO LLAMA LA ATENCIÓN.

Su soberano le había hecho una pregunta. Se supone que lo correcto es responder. Pero no hace eso. Antes de responder oró al Dios del cielo. No creo que el rey haya notado la pausa. Probablemente el intervalo no haya sido lo suficientemente largo como para ser notado, pero tuvo la extensión necesaria para que Dios lo notara -suficientemente largo para que Nehemías buscara y obtuviera la dirección de Dios en cuanto a la repuesta que debía dar al rey. ¿No os sorprende encontrar un hombre de Dios que tiene tiempo para orar entre una pregunta y una repuesta? Nehemías encontró ese tiempo. Más nos sorprende su oración porque estaba tan perturbado que, en conformidad con el versículo dos, temió en gran manera. Cuando estás nervioso y desconcertado podrías olvidarte de orar. ¿No consideraréis algunos de vosotros esto como una excusa válida para omitir vuestras devociones regulares? Sin embargo, Nehemías piensa que si está alarmado, ello es una razón para orar y no para dejar de orar. Tan habitualmente estaba en comunión con Dios, que tan pronto se encontraba en un dilema volaba a la presencia de Dios, al igual que la paloma volaría a refugiarse en las hendiduras de una roca.

Su oración fue más extraordinaria en esta ocasión, dado que se *sentía apasionado por su objetivo*. El rey le pregunta qué es lo que necesita, y pone todo su corazón en la reconstrucción de Jerusalén. ¿No te sorprende que no haya dicho de inmediato: Oh rey, vive por siempre. Anhele construir los muros de Jerusalén. Concédeme toda la ayuda que puedas?" Pero no, aunque estaba ansioso por lanzarse sobre el objetivo deseado, retiene la mano hasta después que se dice: "Entonces oré al Dios de los cielos." Confieso que lo admiro. Deseo imitarlo. Quisiera que cada corazón creyente pueda tener la santa precaución que no le permitió apresurarse insensatamente. "La oración y las provisiones ni impiden el viaje de hombre alguno." Ciertamente cuando el deseo de nuestro corazón está muy cerca, frente a nosotros estaremos más seguros de que tomaremos el pájaro que estamos espionando entro los matorrales si nos detenemos silenciosamente, elevamos nuestros corazones y oramos al Dios del cielo.

Y es aun más sorprendente que haya orado deliberadamente en ese preciso momento, porque *él ya había estado orando por los últimos tres o cuatro meses* respecto de la misma materia.

Algunos de nosotros podría haber dicho: "Esto es aquello por lo que he estado orando; todo lo que tengo que hacer ahora es tomarlo y usarlo. ¿Qué necesidad de volver a orar? Después de todas mis lágrimas nocturnas y mis llantos de día, después de apartarme para ayunar y clamar al Dios del cielo, después de tan angustiada conferencia, ciertamente ha llegado la respuesta. ¿Qué otra cosa puedo hacer sino tomar el bien que Dios me ha provisto y regocijarme en ello?" Pero no.

Vosotros siempre podréis encontrar que el hombre que ha orado mucho es el hombre que seguiría orando. "Al que tiene le será dado y tendrá más." Con sólo conocer el dulce arte de la oración, tú eres el hombre que estará frecuentemente entregado a orar. Si estás familiarizado con el trono de la gracia, lo visitarás continuamente.

"Porque aquel que conoce de la oración el poder, sólo desea entregarse a ese placer." Aunque Nehemías ha estado orando todo el tiempo, no obstante, debe ofrecer otra petición. "Entonces oré al Dios del cielo."

Vale la pena recordar una cosa más, a saber, que *El estaba en un palacio real*, y en el palacio de un rey pagano, además; y estaba en el acto mismo de poner ante el rey la copa de vino. Estaba cumpliendo su tarea en la fiesta del estado, en medio del resplandor de las lámparas y el brillo del oro y la plata, en medio de los príncipes y pares del reino. O aun si fuera fiesta privada del rey y la reina solamente, los hombres se impresionan de tal manera en tales ocasiones con las responsabilidades de sus elevados cargos que fácilmente se olvidan de orar. Pero este israelita devoto, en ese lugar y en esa ocasión, cuando está a los pies del rey para sostenerle la copa de oro, se refrena de dar una respuesta al rey antes de haber orado al Dios del cielo.

II. He aquí el hecho, y creo que merece una mayor reflexión. Así que pasamos a observar- EL MODO DE ESTA ORACIÓN.

Bien, muy brevemente, fue lo que podríamos llamar *una oración espontánea* que es como si arrojara el dardo, y ya está. No era la oración que se para junto a la puerta de la misericordia a llamar, llamar y llamar. Es la concentración de muchos llamados en uno solo. Comenzó y terminó en un solo golpe. Quiero recomendaros esta oración como una de las mejores formas de oración.

Nótese que debió de ser *muy breve*. Fue introducida, deslizada -hecha un "sándwich"-- entre la pregunta del rey y la respuesta de Nehemías; y, como ya he dicho, no creo que la haya tomando un tiempo apreciable, escasamente un segundo. Es muy probable que el rey no haya observado ningún tipo de pausa o vacilación, porque Nehemías estaba en el tal estado de alarma ante la pregunta que estoy convencido que no permitió que su demora ni su vacilación se hicieran evidentes, antes bien la oración debió de ser ofrecida como un rayo eléctrico, en forma verdaderamente rápida. En cierto estado de extrema excitación es maravillosa todo lo que puede pasar por la mente en un tiempo muy breve. Como los hombres rescatados de ahogarse, al recobrarse han contado que mientras se hundían vieron todo el panorama de sus vidas pasar ante sus ojos en breves segundos, así la mente es capaz de lograr mucho en un espacio de tiempo muy breve. Así la oración fue presentada como un abrir de ojos; fue hecha intuitivamente; sin embargo, fue hecha y demostró ser una oración que prevaleció con Dios.

Fue una oración de un *tipo notable*. Sé que fue así, porque Nehemías nunca olvidó que había orado. He orado centenares de veces, y miles de veces, pero no recuerdo ningún detalle en particular después en cuanto a la ocasión que me dispuso a la oración o a las emociones que me excitaron. Pero hay un par de oraciones que nunca podré olvidar. No las he anotado en mi diario, pero recuerdo cuando oré, porque ese tiempo era tan especial, la oración tan intensa y la respuesta a ella fue tan notable. Ahora, la oración de Nehemías nunca, nunca fue borrado de su memoria, y cuando estas palabras quedaron escritas para la historia lo hizo de la siguiente forma: "Entonces oré al Dios del cielo."

III. Ahora hermanos amados, en tercer lugar, paso a recomendarles ESTE EXCELENTE ESTILO DE ORACIÓN.

Hablaré principalmente a los hijos de Dios, a vosotros que tenéis fe en Dios. Os ruego que

con frecuencia, no, os pido que siempre uséis este método de la oración espontánea ruego a Dios, también, que algunos de los que están aquí y nunca han orado, quieran ofrecer una oración espontánea al Dios del cielo antes que salgan de este edificio, que pueda subir de vuestros labios una petición breve y ferviente, algo semejante a la del publicano en el templo: "Dios, sé propicio a mí, pecador."

Entonces para tratar en forma práctica este asunto, *es deber y privilegio de todo cristiano tener horas estables para orar*. No puedo entender que un hombre pueda conservar la vitalidad de la piedad a menos que se retire regularmente para orar, por lo menos mañana y tarde. Daniel oraba tres veces al día y David dice: "Siete veces al día te alabo." Es bueno para vuestros corazones, bueno para vuestra memoria, bueno para vuestra solidez para que dediquéis ciertas porciones de tiempo y digáis "Pertencen a Dios. Tendré tratos con Dios a tal y tal hora, y procuraré ser tan puntual en mi horario con él como si hubiera hecho un compromiso para reunirme con un amigo." Cuando Sir Thomas Abney era alcalde de Londres le molestaba tener que participar en banquetes, porque Sir Thomas siempre había tenido oración con su familia a una hora señalada. El problema era cómo salir del banquete para poder conservar el devocional familiar. Lo consideraba tan importante, que dejaba la silla, avisándole a su vecino de asiento que tenía un compromiso con un amigo querido al que no podía faltar. Y se iba, cumplía su compromiso con Dios, y regresaba a su lugar, ninguno más sabio, y siendo él el mejor por observar su acostumbrado hábito de adorar. La Sra. Rowe decía que llegado el momento de orar, no renunciaba a la oración ni aunque estuviera predicando el apóstol Pablo. No, decía, si estuvieran allí los doce apóstoles, y no pudiera haber otra ocasión de oírlos, ella no se ausentaría de su cámara de oración a la hora señalada.

Pero ahora, habiendo enfatizado la importancia del hábito piadoso de la oración privada, quiero que quedéis impresionados por el valor de otro tipo de oración, a saber *las oraciones imprevistas, breves, rápidas, muy cortas y frecuentes*, de las cuales Nehemías nos da una muestra. Y la recomiendo, porque no obstaculiza los compromisos y *no* ocupa tiempo. Podrías estar midiendo tus percalas, o pesando comestibles, o podrías estar sumando una cuenta, y entre un ítem y otro podréis decir: "Señor, ayúdame." Podrías orar al cielo y decir "Señor, ayúdame." No te quitará tiempo. Este modo de orar es una gran ventaja para personas que están presionadas por los negocios porque ni en el menor grado les incapacitará para atender los asuntos que tengan entre manos. No requiere que vayas a algún lugar especial. Donde estás puedes detenerte, si vas en coche, o caminas por la calle, seas el más bajo aserrador en su aserradero, o él más alto funcionario, puedes parar y hacer oraciones como ésta. Sin altar, sin iglesia, sin los así llamados lugares sagrados, sino dondequiera estéis este estilo de oración, pequeña oración, llegará al oído de Dios y recibirá una bendición.

Una oración de ese tipo se puede ofrecer en cualquier lugar, bajo cualquier circunstancia. En la tierra, en el mar, enfermo o en salud, en medio de pérdidas o en ganancias, en los grandes reveses o en los momentos de éxito, el creyente puede desahogar su alma dirigiéndose a Dios en sentencias breves y rápidas. La ventaja de esta forma de oración es que puede orar con frecuencia y puedes orar siempre. El hábito de la oración es bendecido, pero el espíritu de oración es mejor. Y el espíritu de oración es la madre de estas oraciones instantáneas, y a mí me gustan porque es una madre prolífica. Muchas veces en el día podemos hablar con Dios nuestro Señor.

Esta oración es sugerida por todo tipo de circunstancias. Recuerdo a un pobre hombre que una vez me hizo un cumplido, que valoré mucho en ese tiempo. Estaba hospitalizado, y cuando lo visité dijo: "Fui a oírle durante algunos años, y ahora, cualquier cosa que veo parece recordarme una u otra cosa que usted dijo, y acude a mi mente tan fresca como en el momento en que la oí." Ahora bien, el que sabe orar instantáneamente encontrará que todo lo que lo rodea le ayuda en el

sagrado hábito. ¿Está ante un paisaje hermoso? Di: Bendito sea Dios que ha trazado para recrear la vista y alegrar el corazón." ¿Estás en lúgubres tinieblas en un día brumoso? Di: "Ilumina mis tinieblas, oh Señor." ¿Estás acompañado? Te acordarás de orar: "Señor, pon guarda a la puerta de mis labios." ¿Estás muy solo? Entonces dices: "no me dejes solo, sé tú conmigo, padre." El ponerte la ropa, el sentarte a la mesa del desayuno, al subir al vehículo que te transporta, el caminar por las calles, al abrir tus libros de contabilidad, al cerrar el negocio, en fin, todo puede sugerirte que ores en la forma que he estado tratando de descubrir, si tan sólo tienes una actitud mental adecuada para ofrecerla.

Estas oraciones son recomendables *porque son verdaderamente espirituales*. Las oraciones con muchas palabras pueden ser también oraciones ampulosas. El orar por libro tiene muchos aspectos que nada tienen de recomendables. Cuando hayas descubierto el provecho que de un manual de conversación en francés haya tenido alguien que viaja por Francia sin conocer el idioma, entonces prueba cuánto bien puede hacerle un manual de oraciones a una pobre alma que no sabe pedir a nuestro Padre celestial una bendición o beneficio que necesita. *¡Un manual! ¡Manuales! ¡Bah! ¡Ora con el corazón, no con las manos!* Si quieres levantar las manos en oración ¡que sean tus propias manos, no las de otro hombre! Las oraciones que salen saltando del corazón -la explosión de una emoción fuerte, de un deseo ferviente, de una fe viva— son verdaderamente espirituales; y ningún otro tipo de oraciones, sino las espirituales son las que acepta Dios.

Este tipo de oración está libre de cualquier sospecha de haber sido motivada en forma corrupta para agradar a los hombres. No pueden decir que estas oraciones disparadas secretamente por nuestra alma hayan sido presentadas para alcanzar elogios para nosotros mismos, puesto que nadie se da cuenta que estamos orando. Por lo tanto, os recomiendo esta oración y espero que abundéis en ellas. Hay hipócritas que han orado durante horas. Sin duda hay hipócritas que son tan regulares en sus devocionales como los mismos ángeles que están delante del trono de Dios, y no obstante no hay vida, espíritu ni aceptación instantánea —cuyo corazón habla con Dios- no es hipócrita. En ella hay realidad, fuerza y vida. Si veo que de una chimenea salen chipas sé que en el interior hay un fuego encendido, y estas oraciones instantáneas son como las chispas que salen desde un alma que está llena de ardientes brasas del amor a Jesucristo.

Estas breves oraciones disparadas nos son de gran utilidad, queridos amigos. Con frecuencia nos controlan. Persona de mal carácter, si oraras siempre un poquito antes de dejar que de tus labios salgan las expresiones de tu enojo, muchísimas veces dejarías de decir esas feas palabras. A una buena mujer le aconsejaron que tomase un vaso de agua y se dejara una cantidad de agua en la boca por cinco minutos antes de comenzar a reprender a su marido. Me atrevo a decir que no es una mala receta, pero si en vez de practicar esa pequeña excentricidad, hubiera hecho una corta oración, ciertamente hubiera tenido un mejor efecto y hubiera sido más espiritual. Puedo recomendar esta oración de urgencia como una receta valiosa para el irreflexivo y para el irritable; porque todos los que se ofenden fácilmente y son lentos para perdonar insultan y hieren. Cuando en los negocios estás por cerrar con una oferta que te ofrece ciertas dudas, o sientes un escrúpulo positivo, una oración como "Guíame, buen Señor," con frecuencia te impedirá hacer algo de lo cual más tarde te arrepentirás.

El hábito de ofrecer estas breves oraciones también impedirá que deposites confianza en ti mismo. Mostraría tu dependencia de Dios. Evitaría que te volvieras mundano. Sería como un delicioso perfume quemado en la cámara de tu alma para mantener alejada de tu corazón la fiebre de este mundo. Puedo recomendar enfáticamente estas oraciones breves, dulces y benditas. Quiera el Espíritu Santo dárte las.

Además, *nos brindan bendiciones celestiales*. Las oraciones hechas instantáneamente,

como en el caso de Eliezer, el siervo de Abraham, como en el caso de Jacob, cuando dijo ya cerca de la muerte, "tu salvación esperé, oh Jehová"; oraciones como la que Moisés ofreció cuando no leemos que él haya orado, y sin embargo, Dios le dice: "¿Por qué clamas a mí?"

Oraciones como las que frecuentemente presentaba David son las que tienen éxito delante del Altísimo. Por lo tanto, abundan en ellas, porque Dios quiere estimular su uso y le agrada responderlas.

Y así podría seguir recomendando la oración imprevista, instantánea, pero diré una sola cosa más en su favor. Creo que es muy apropiada para algunas personas de un temperamento peculiar que no podrían orar por largo tiempo para salvar la vida. Sus mentes son rápidas y ágiles. Queridos amigos, el tiempo no es un elemento en el negocio. Dios no nos oye debido a la extensión de nuestras oraciones, sino por la sinceridad de ellas. La oración no se mide por metros ni se pesa por kilos. Es su poder y fuerza, la verdad y realidad de ella, la intensidad y energía de ella lo que vale. Si eres de una mente tan pequeña tan ligera que no puedes usar muchas palabras, o no puedes pensar tan largo rato una cosa, debiera ser para tu consuelo el saber que la oración espontánea es aceptable. Y podría ser, querido amigo, que estás en una condición física en que no puedes orar de otro modo. Un dolor de cabeza como el que afecta frecuentemente la mayor parte de su vida a algunas personas -estado del cuerpo que el médico puede explicarte- podría impedir que la mente se concentre por largo rato sobre un tema. Entonces resulta refrescante poder dirigirse a Dios una y otra vez, cincuenta o cien veces en el día, en oraciones breves, rápidas, estando el alma en todo su fervor. Este es un estilo bendito de oración.

Ahora concluiré mencionando solo algunas de las oraciones cuando creo que deberíamos recurrir a la práctica de la oración espontánea. El Sr. Rowland Hill era un hombre notable por su piedad, pero cuando en Woton-under-Edge pregunté por su estudio, aunque presioné por tener una respuesta, no obtuve una respuesta satisfactoria. Finalmente el buen ministro dijo: "El hecho es que nunca tuvo uno. El Sr. Hill tenía por costumbre estudiar en el jardín, en la sala, en la cama, en las calles, en los bosques, en cualquier lugar." "Pero, ¿Dónde se retiraba a orar?" Dijeron que suponían que era en su cuarto, pero que siempre estaba orando —que no importaba dónde estuviera, el buen hombre siempre estaba orando. Parecía como si toda su vida, aunque la pasó en medio de sus semejantes haciendo el bien, la pasó en oración perpetua. Se sabía que había estado en la calle Blackfriar, con sus manos atrás, mirando una vidriera, y si se ponía atención pronto se podía percibir que estaba derramando su alma delante de Dios. Había llegado a estar en un estado constante de oración. Creo que es la mejor condición en que un hombre puede estar cuando está orando siempre, orando sin cesar, siempre acercándose a Dios con sus oraciones espontáneas.

Pero si he de daros una selección de momentos adecuados, debo mencionar momentos como estos. Cuando quiera que tengas una gran alegría, grita: "Señor, convierte esto en una verdadera bendición para mí." No exclamas como los demás: "Soy un tipo con suerte," sino, "Señor, dame más gracia y más gratitud, ahora que has multiplicado tus favores." Cuando tienes entre manos una empresa ardorosa o un asunto pesado, no lo toques hasta que de tu alma haya una dificultad, y te sientes muy perplejo, cuando los negocios llegan a una encrucijada, o a una confusión que no puedes desentrañar u ordenar, ora. No es necesario que ocupes un minuto, pero es maravilloso darse cuenta cuantos nudos se puedan soltar después de una palabra de oración.

¿Los niños te resultan particularmente molestos, buena mujer? ¿Te parece que tu paciencia casi se ha agotado debido a las preocupaciones y las hostilidades? Es el momento de una oración instantánea. Los manejarás en forma más adecuada y soportarás sus malos comportamientos en forma más tranquila. En todo caso, tu propia mente estará menos perturbada. ¿Piensas que hay una tentación frente a ti? ¿Comienzas a sospechar que alguien está poniéndote asechanzas? Hay que

orar: "Llévame por un camino llano a causa de mis enemigos." ¿Estás trabajando en el banco, en un taller, en un almacén, donde tus oídos son asaltados por conversaciones obscenas, blasfemias y vergonzosas? Es tiempo de una breve oración. ¿Has notado que un pecado te asedia? Que te mueva a la oración. Estas cosas debieras recordarte que debes orar. Creo que el diablo no dejaría que la gente jurase tanto si el pueblo cristiano orara cada vez que oyeran un juramento. Entonces se daría cuenta que no le conviene. Las blasfemias de ellos se verían un tanto acalladas si provocaran súplicas por parte de los creyentes.

¿Sientes que tu corazón se está saliendo de los límites? ¿Empieza a fascinarte el pecado? Es tiempo de orar, de un clamor ardiente, sincero y apasionado: "Señor, ayúdame." ¿Viste algo con tu ojo, y ese ojo está infectando tu corazón? ¿Te sientes como si tu pie fuera a resbalar, y tus pasos estuvieron próximos a deslizarse?" Es tiempo de orar: "Señor, sostenme con tu diestra." ¿Ha ocurrido algo completamente inesperado? ¿Te ha tratado mal un amigo? Entonces, como David, di: "Señor, entorpece ahora el consejo de Ahitofel." Ora en el momento. ¿Estás ansioso por hacer algún bien? Asegúrate de orar al respecto. ¿Quieres hablar a aquel joven esta noche, cuando salgas del Tabernáculo, acerca de su alma? Primero ora, hermano. ¿Quieres dirigirte a los miembros de tu clase y escribirles una carta sobre su bienestar espiritual esta semana? Ora sobre cada línea, hermano. Siempre es bueno que la oración siga fluyendo mientras estás hablando de Cristo. Siempre encuentro que puedo predicar mejor si oro mientras estoy predicando.

Y la mente es muy notable en sus actividades. Puede estar orando mientras se está estudiando. Puede estar mirando a Dios mientras conversamos con otro hombre. Puede estar con una mano levantada hacia Dios para recibir las provisiones de Dios, mientras la otra está entregando las mismas provisiones que a El le ha agradado dar. Ora mientras vives. Ora cuando tengas gran dolor. Mientras más grande la herida, más urgente e importante debiera ser tu clamor delante de Dios. Y cuando las sombras de la muerte te rodean, y extraños sentimientos te sofocan o te llene de escalofríos, y claramente te dicen que está cercano el final de tu jornada, entonces ore. ¡Oh, ese es tiempo de orar breve y fervientemente! Oraciones breves y vigorosas como éstas: "No escondas tu rostro de mí, oh Señor;" o ésta, "No te alejas de mí, oh Dios," serán adecuadas para ti. "Señor Jesús recibe mi espíritu," fueron las emotivas palabras de Esteban cuando estuvo a la puerta de su fin; y "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu," fueron las palabras de tu Maestro mismo, pronunciadas el momento antes de inclinar su cabeza y entregar su espíritu. Tú bien puedes tomar el mismo tono e imitarle.

Estos pensamientos están tan exclusivamente dirigidos a los hermanos santos y fieles en Cristo que os sentiréis inclinados a preguntar: "¿No hay algo que se pueda decir al inconverso?" Bien, todo lo que ellos han oído decir lo pueden usar en su propio beneficio. Pero, permitidme que me dirija a vosotros, mis queridos amigos, tan deliberadamente como me sea posible. Aunque no seáis salvos, no debéis decir: "Yo no puedo orar." Pero, si la oración es tan fácil, ¿qué excusa podéis tener para descuidarla? No requiere un espacio de tiempo medible. Oraciones como estas serán oídas por Dios y todos vosotros tenéis la capacidad y la oportunidad de pensarlas y expresarlas, si solamente tenéis esa fe elemental en Dios que cree que "le hay y que es galardador de los que le buscan." Creo que Cornelio se encontraba así tan lejos cuando el ángel le amonestó a que mandase a buscar a Pedro, el cual le predicó la paz por medio de Cristo para la conversión de su alma. ¿Hay en el Tabernáculo esta noche un hombre o mujer, un ser tan extraño que nunca ora? ¿Cómo os amonestaré? Podría tomar un pasaje de un poeta actual, vivo, que aunque no ha contribuido con nada a nuestros himnarios, ha canturreado una nota tan a propósito con mi objetivo, y tan agradable a mi oído, que deseo citarlo:

La oración obra más cosas que las que el mundo pueda soñar. Así que eleva tu voz como

una fuente que fluye día y noche sin cesar.

Porque, ¿en qué a ovejas y cabras superar,
puede el hombre que en su cerebro
una vida ciega alimenta si sus manos,
conociendo a Dios, en oración no eleva?
Porque con cadenas de oro,
todo camino de este mundo
a los pies de Dios está unido.

No sospecho que haya aquí alguna criatura que nunca ora, porque la gente ora generalmente a uno u otro ser. El hombre que nunca ora a Dios las oraciones que debiera, ora a Dios las oraciones que no debiera hacer. Es terrible que un hombre le pida a Dios que lo condene; sin embargo, hay personas que lo hacen. Supón que te oye: El es un Dios que oye la oración. Me dirijo a un profano blasfemo, y me gustaría que esto quedara muy claro para él. Si Dios te hiciera caso, si tus ojos fueran cegados y tu lengua quedara inmóvil y tú mudo mientras pronuncias una salvaje imprecación, podrías soportar el juicio repentino sobre tu impío hablar? Si algunas de tus oraciones te fueran respondidas en ti mismo, y algo de lo que has ofrecido, en tu pasión, para tu esposa y para tu hijo se cumplieran dañándolos y distrayéndote, ¡qué terrible sería! Bueno, Dios responde la oración, y uno de estos días él podría responder tus oraciones para tu vergüenza y confusión perpetua. Ahora, antes que dejes tu asiento, ¿no sería bueno que oraras? Dile: "Señor, ten misericordia de mí; Señor sálvame; Señor, cambia mi corazón; Señor, dame que pueda creer en Cristo; Señor, dame interés ahora en la preciosa sangre de Jesús; Señor, sálvame ahora." ¿No queréis, cada uno de vosotros, hacer una oración como esa? Que el Espíritu Santo te guíe a hacerlo, y si una vez comienzas a orar en forma correcta, no tengo miedo que vayas a abandonar alguna vez, porque hay algo que sostiene firme, al alma en la verdadera oración. Las oraciones fingidas, ¿qué tienen de bueno? Pero las súplicas verdaderas del corazón, el alma que conversa con Dios, una vez que comienza nunca termina. Tendrás que orar hasta que cambies la oración por la alabanza, y pases del trono de la gracia abajo, al trono de Dios arriba.

Quiera Dios bendeciros a todos, a todos vosotros; todos los que sois mis amados en Cristo, y cuya salvación anhelo. Que Dios bendiga a todos y cada uno, por amor de nuestro querido Redentor. Amén.

PEDIR Y TENER

Texto: "Codiciáis, y no tenéis; matáis y ardéis de envidia, y no podéis alcanzar; combatís y lucháis, pero no tenéis lo que deseáis, porque no pedís. Pedís y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites." Santiago 4:2,3.

Que estas notables palabras nos sean provechosas por la enseñanza del Espíritu Santo. El hombre es una criatura abundante en necesidades, y siempre intranquilo, y por eso su corazón está lleno de deseos. No puedo casi imaginar a un hombre existente que no tenga muchos deseos de una u otra especie. El hombre es comparable con la anémona marina con su multitud de tentáculos que

siempre está cazando su alimento del agua; o como ciertas plantas que envían zarcillos, buscando los medios para trepar. El poeta dice: "El hombre nunca es, pero siempre está por ser, bendito." Lleva el timón hacia donde piensa que su puerto, sin embargo, es sacudido por las olas. Uno de estos días espera encontrar la delicia de su corazón, y así continúa deseando con más o menos expectativas.

Este hecho ocurre con los peores de los hombres y con los mejores. En los malos hombres los deseos se corrompen y llegan a convertirse en lujuria: anhelan lo que es egoísta, sensual y consecuentemente, malo. La corriente de sus deseos está puesta firmemente en una dirección equivocada. En muchos casos la lujuria se hace extremadamente intensa: hacen del hombre su esclavo. Dominan su juicio; lo estimulan a la violencia: pelea y hace la guerra, quizás literalmente mate. A la vista de Dios, que cuenta la ira como homicidio, mata frecuentemente. Tal es la fuerza de sus deseos que comúnmente son llamados pasiones, y cuando estas pasiones se excitan plenamente, entonces el hombre mismo lucha vehementemente, de manera que el reino del diablo sufre violencia y los violentos lo arrebatan por la fuerza.

Mientras tanto hay deseos también en los hombres de la gracia. Quitar a los santos sus deseos sería dañarlos grandemente, porque debido a ellos elevan su bajo ser. Los deseos de los hombres de la gracia son por cosas mejores: cosas puras y pacíficas, loables y con elevadas miras. Desean la gloria de Dios, y por eso sus deseos brotan de motivos más elevados que los que inflaman la mente no renovada. Tales deseos en los cristianos frecuentemente son muy fervientes y contundentes; siempre debieran ser así. Y los deseos engendrados por el Espíritu de Dios agitan la nueva naturaleza, excitándola, y haciendo que el hombre anhele y entre en angustia y afanes hasta que puede lograr aquello que Dios le ha enseñado que puede anhelar. El codiciar del malo y el santo desear de los justos, tienen sus propios medios de buscar satisfacción. El codiciar de los malvados se convierte en contienda; mata y desea tener; pelea y hace guerra; mientras por otra parte el deseo de los justos, correctamente guiados, toman un curso mucho mejor para lograr sus propósitos, porque se expresa en oración ferviente e importuna. El hombre piadoso, cuando está lleno de deseos pide a Dios y recibe de la mano de Dios.

En esta oportunidad, con la ayuda de Dios, trataré de exponer a partir de nuestro texto, primero, la pobreza de codiciar, -"Codiciáis y no tenéis." En segundo lugar, con tristeza mostraré la pobreza de muchos cristianos profesantes en las cosas espirituales, especialmente en su calidad de iglesia; también desean y no tienen. En tercer lugar, y para terminar, hablaremos de la riqueza con que serán recompensados los santos deseos si tan sólo usamos los medios correctos. Si pedimos, recibiremos.

I. Primero, consideramos LA POBREZA DE CODICIAR, —"Codiciáis y no tenéis."

Las codicias carnales, sin importar lo fuertes que puedan ser, en muchísimos casos no obtienen lo que persiguen: como dice el texto, "Codiciáis y no tenéis." El hombre anhela ser feliz, pero no lo es; suspira por ser grande, pero se hace menor cada día. Aspira a lograr esto y aquello, que piensa lo dejarán contento, pero sigue insatisfecho. Es como el mar tormentoso que no tiene reposo. De una u otra forma su vida es una desilusión. Se agita como si estuviera en el fuego mismo, pero el resultado es vanidad y aflicción de espíritu. ¿Cómo podría ser de otro modo? Si sembramos vientos, ¿no debemos cosechar torbellinos, y nada más? O, si por ventura los fuertes deseos de un hombre activo, talentoso y perseverante le dan lo que busca, pronto lo pierde. Tiene de tal modo que es como no tener. La búsqueda es trabajosa, pero la posesión es un sueño. Se sienta a comer, y he aquí la fiesta desaparece y la copa se desvanece cuando toca sus labios. Gana para perder; edifica y su fundamento arenoso se desliza por debajo de su torre, que cae en ruinas.

El que ha conquistado reinos muere descontento en una solitaria roca en medio del océano; y el que ha revivido un imperio cae para no volver a levantarse. Así como la calabacera de Jonás se marchitó en una noche, hay imperios que han caído repentinamente, y sus señores han muerto en el exilio. Así que lo que los hombres obtienen por medio de guerras y peleas es una propiedad con un contrato por breve tiempo. El lograr es tan temporal que sigue siendo cierto que "codician y no tienen."

O si hay hombres con dones y poder suficientes para retener lo que han obtenido, sin embargo, en otro sentido, no tiene, porque el placer que esperaban encontrar en ello no está allí. Sacan la manzana del árbol, y se les convierte en una de esas manzanas del Mar Muerto que en la mano se hacen cenizas. El hombre es rico, pero Dios aleja de él el poder de disfrutar su riqueza. Por sus codicias y batallas el hombre licencioso obtiene el objeto de sus anhelos, y después de un momento de deleite, siente aversión por lo que tan apasionadamente había codiciado. Anhela el placer tentador, lo agarra, y lo hace trizas debido a las ansias con que lo toma. Mirad al muchacho que caza una mariposa, que revolotea de flor en flor, mientras él la persigue arduamente. Finalmente queda a su alcance y con su gorro la hace caer de un golpe. Cuando recoge sus pobres restos, descubre que el insecto de pintadas alas yace destrozado por el acto mismo que lo cazó. Lo mismo se puede decir de multitudes de los hijos de los hombres: "Codiciáis y no tenéis."

Su pobreza se presenta de tres maneras. "Matáis y ardéis de envidia, y no podéis alcanzar." "No tenéis lo que deseáis porque no pedís." "Pedís y no recibís, porque pedís mal."

Si los que codician fracasan, no es porque no se pongan a trabajar para lograr sus objetivos. Porque de acuerdo con su naturaleza, utilizaron los medios más prácticos a su alcance, y los usaron ávidamente, además. Según la mente carnal el único modo de obtener una cosa es pelear por ella, y Santiago deja escrito esto como la razón de todas las luchas. ¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros?" Este es la forma de esfuerzo del que leemos: "combatís y lucháis, pero no tenéis," A este modo de obrar se aferran los hombres de época en época. Si alguien va a progresar en este mundo dicen que debe luchar con su prójimo, y sacarlos del lugar ventajoso en que se encuentran. No debe darle importancia al como los demás van a prosperar, sino que debe tener presente, debe preocuparlo la oportunidad que a él se le presenta, y cuidarse de surgir, no importa a cuántos deba pisar en el proceso. No puede esperar progreso si ama al prójimo como a sí mismo. ¿Les parece que soy satírico? Podría ser, pero he oído este modo de hablar de personas que lo decían en serio. Así que ellos emprenden la lucha, y esa lucha es siempre victoriosa, porque según el texto

"Matáis," es decir, combaten de tal manera que derrotan a su adversario, y lo acaban.

Multitudes de hombres están viviendo para sí mismos, combatiendo aquí y luchando allá, haciendo la guerra con sus propias manos con la máxima perseverancia. No tiene elección en cuanto a la forma de hacerlo. No permiten que la conciencia interfiera sus transacciones, pero suena en sus oídos el antiguo consejo: "Gana dinero; gánalo honestamente, si puedes, pero por todos los medios, gana dinero." No importa que se arruinen cuerpo y alma, y que otros sean ahogados por la miseria, combate, porque en esta guerra no hay tregua. Bien dice Santiago: "Matáis y ardéis de envidia, y no podéis alcanzar; combatís y lucháis, pero no tenéis."

Cuando los hombres se entregan a sus propósitos egoístas y no logran el éxito, podrían posiblemente oír que la razón de su falta de éxito es "porque no pedís." Entonces, hay que alcanzar el éxito pidiendo? Eso es lo que parece insinuar el texto, y eso es lo que entiende el justo. ¿Por qué este hombre de deseos intensos no pide? La razón es, en primer lugar, que es contra la naturaleza del hombre natural que ore. Es como esperar que vuele. Siente desprecio por la idea de suplicar. "¿Orar?" pregunta. "No, yo quiero trabajar. No puedo desperdiciar mi tiempo en devociones; la

oración no es práctica; quiero luchar a mi manera. Mientras tú oras, yo derrotaré a mi adversario. Yo me voy a mi oficina de contabilidad, y te dejo con tus Biblias y oraciones." No tiene intenciones de pedirle a Dios. Es tan orgulloso que se considera a sí mismo como su propia providencia. Su propia diestra y su brazo fuerte le llevarán a la victoria. Cuando hace gala de mucha liberalidad en sus opiniones reconoce que aunque no ora podría haber algo de bueno en la oración, porque tranquiliza la mente de la gente, y les hace sentirse bien, pero desecha la idea de que alguna respuesta pueda venir de la oración, y habla filosófica y teológicamente de lo absurdo que es pensar que Dios altere el curso de su conducta o respuesta a las oraciones de hombres y mujeres. "Ridículo," dice, "completamente ridículo"; y entonces, en su gran sabiduría, vuelve a la lucha y a su guerra, porque por tales medios espera lograr sus objetivos. Pero no alcanza. Toda la historia de la humanidad muestra el fracaso de la codicia por obtener su objetivo.

Por un momento el hombre carnal sigue siendo el mismo, pero si no puede lograrlo de un modo, lo intentará de otro modo. Si tiene que pedir, pedirá; se hará religioso, y ese será el método por el cual alcanzará su objetivo. Descubre que algunos religiosos prosperan en el mundo, y que aun los cristianos sinceros están lejos de ser necios en los negocios, y por lo tanto probará el plan de ellos. Y entonces cae bajo la tercera censura de nuestro texto: "Pedís y no recibís." ¿Cuál es la razón por la que el hombre que es esclavo de su codicia no obtiene lo que desea, a pesar de que empieza a pedir? La razón es que su pedir es un puro formalismo; su corazón no está en su adoración. Compra un libro que contiene lo que se denominan formularios de oración, y las repite, porque repetir es más fácil que orar, y no requiere que se piense.

No tengo objeciones contra el uso de un formulario de oración si con él tú oras; pero sé que la gran mayoría no ora con ellos, sino sólo repiten la fórmula. Imaginaos lo que llegaría a ser nuestra familia si en vez de hablarnos francamente, nuestros niños ante cualquier necesidad considera como un requisito entrar en la biblioteca, buscar un libro de oraciones y leernos una de las fórmulas. Ciertamente tocaría a su fin todo sentido hogareño y el amor. La vida se vería llena de trabas. Nuestra casa se convertiría en una especie de internado o de cuartel, y todo sería revista y formalidad, en vez de ojos felices que miran con cariñosa confianza hacia ojos amados que se deleitan en responder. Muchos hombres espirituales usan un formulario, pero los hombres carnales es seguro que la hacen porque siempre caen en el formalismo.

Si tus deseos son anhelos de la naturaleza caída, si tus deseos comienzan y terminan en tu propio yo, y si el fin principal por el que vives no es el de glorificar a Dios, sino glorificarte a ti mismo, entonces podrás luchar, pero no tendrás; podrías levantarte temprano y acostarte tarde pero de ello no obtendrás ninguna que valga la pena. Recuerda lo que el Señor dice en el salmo treinta y siete: "Deja la ira, y desecha el enojo; no te excites en manera alguna a hacer lo malo." "Porque de aquí a poco no existirá el malo; observarás su lugar, y no estará allí. Pero los mansos heredarán la tierra, y se recrearán con abundancia de paz."

Y basta en cuanto a la pobreza del codiciar.

II. En segundo lugar, tengo ante mí una grave tarea y es la de mostrar COMO LAS IGLESIAS CRISTIANAS PUEDEN SUFRIR DE POBREZA ESPIRITUAL, de modo que ellas también "codician y no pueden alcanzar."

Por supuesto, el cristiano busca cosas más elevadas que las cosas mundanas, de otro modo no sería digno de ser llamado así. Al menos, profesadamente, su objetivo es alcanzar las verdaderas riquezas, y glorificar a Dios en espíritu y en verdad. Sí, pero mirad, hermanos queridos, no todas las iglesias logran lo que desean. Tenemos que quejarnos no en uno que otro lugar, sino en muchos lugares, de iglesias que están casi dormidas, y declinan gradualmente. Por cierto, tienen

sus excusas. La población está menguando, u otro lugar de adoración está atrayendo a la gente. Siempre hay una cuando el hombre necesita una. Pero sigue en pie el hecho: el culto público está casi desierto en algunas partes, el pastor no tiene poder de reunir gente, y los que entran por apariencia, están descontentos o indiferentes. En tales iglesias no hay conversiones. ¿Cuál es la razón de ello?

En primer lugar, aun entre los que profesan ser cristianos, puede haber la búsqueda de cosas deseables por métodos erróneos. "Combatís y lucháis, pero no tenéis." ¿No hay iglesias que han pensado prosperar compitiendo con otras? En tal y tal lugar de adoración tienen un hombre muy astuto. Tenemos que conseguir uno nosotros también. De hecho debería ser más astuto que que el héroe de nuestros vecinos. Esa es la cosa: ¡un hombre astuto! ¡Ay de mí! ¡Qué tengamos que vivir en una era en que hablamos de tener un hombre astuto que predique el evangelio de Jesucristo! ¡Ay, que pueda pensarse que este santo servicio dependa de la astucia humana!

Las iglesias han competido entre sí en arquitectura, en música, en equipamiento y en estado social. En algunos casos hay una medida de amargura en la rivalidad. A las mentes estrechas no les resulta agradable ver que otras iglesias prosperan más que la propia. Pueden ser más fervientes que nosotros, y pueden estar haciendo mejor que nosotros la obra de Dios, pero somos dados a mirarlos con envidia, y más bien quisiéramos que no les fuera tan bien. "¿Pensáis que la Escritura dice en vano: El Espíritu que él ha hecho morar en nosotros nos anhela celosamente?" Si pudiéramos ver un escándalo en ellos, de modo que sufrieran un quebrantamiento y quedaran eclesiásticamente muertos, no nos regocijaríamos. Por cierto que no; pero no nos daría una tristeza mortal. En algunas iglesias hay permanentemente un espíritu malo. No tengo una acusación denigrante que presentar, y por lo tanto no diré más que esto: Dios nunca bendecirá tales medios ni tal espíritu; los que se dejan llevar por esto desearán tener, pero nunca alcanzarán.

Mientras tanto, ¿cuál es la razón por la que no tiene una bendición? El texto dice: "Porque no pedís," temo que hay iglesias que no piden. Se descuida la oración en todas sus formas. Se permite que decaiga la oración privada. Dejo a la conciencia de cada persona el punto hasta el cual se está preocupando de la oración secreta, y cuánta comunión con Dios haya en secreto entre los miembros de la iglesia. Ciertamente su existencia saludable es vital para la prosperidad de la iglesia. La oración familiar es más fácil de juzgar, porque podemos verla. Temo que en estos días muchos han abandonado la oración familiar. Os ruego que no les imitéis.

Quisiera que todos fuéremos del mismo pensamiento que el trabajador escocés que obtuvo un puesto en la casa de un rico agricultor famoso porque pagaba bien. Todos sus amigos lo enviaban porque había entrado en su servicio. Poco tiempo después, regresó a su aldea natal y cuando le preguntaron por qué había dejado su trabajo, contestó que "no podía vivir en una casa que no tenía techo." Una casa sin oración es una casa que no tiene techo. No podemos esperar bendiciones en nuestras iglesias si no la tenemos en nuestras familias.

En cuanto a la oración congregacional, ¿no está decayendo el reunirse en lo que llamamos cultos de oración? En muchos casos la reunión de oración es despreciada, y mirada como una suerte de reunión de segunda categoría. Hay miembros de la iglesia que nunca están presentes, y no les remuerde la conciencia por el hecho de mantenerse alejados. Algunas congregaciones mezclan la oración con una reunión de estudio, de modo que tienen un solo servicio durante la semana. Hace unos días leí una excusa para esto: se dice que las personas están mejor en casa atendiendo las preocupaciones familiares. Son palabras infundadas, porque ¿quién entre nosotros desea que la gente descuide sus deberes domésticos? Se descubrirá que los que mejor atienden sus preocupaciones hogareñas, que son diligentes en ponerlas en orden, son los que hacen para poder participar de las reuniones de adoración. El descuido de la casa de Dios con frecuencia es un

indicador de la negligencia de sus propias casas. No traen sus hijos a Cristo, de ello estoy convencido, de otro modo los traerían a los servicios. De todos modos, las oraciones de la iglesia miden su prosperidad. Si retenemos la oración retenemos la bendición. Nuestro verdadero éxito como iglesia sólo se puede obtener pidiéndolo de Dios. ¿No estamos dispuestos para hacer una reforma y enmendar en cuanto a esto? ¡Oh, que llegue la hora de la angustia de Sion, cuando una agonía en oración mueva a todo el cuerpo de los fieles!

Pero algunos responden: ¡Hay reuniones de oración, y pedimos bendiciones, sin embargo no llegan." ¿No se encuentra la explicación en otra parte del texto: "No recibís porque pedís mal?" Cuando las reuniones de oración se convierten en una pura formalidad, cuando los hermanos se levantan y agotan el tiempo con sus largas oraciones, en vez de hablar a Dios con palabras sinceras y ardientes, cuando no hay expectación de una bendición, cuando la oración es fría y congelante, entonces nada sale de ella. El que ora sin fervor, en realidad no ha orado. No podemos tener comunión con Dios, que es fuego consumidor, si no hay fuego en nuestras oraciones. Muchas oraciones no llegan a su destino porque no hay fe en ellas. Las oraciones que están llenas de dudas, son peticiones de rechazo. Imagina que le escribes a un amigo y le dices: "Querido amigo: Estoy en graves problemas, y por lo tanto te escribo para pedirte ayuda porque me parece bueno hacerlo. Pero aunque te estoy escribiendo, no creo que vayas a ayudarme en algo. Por cierto, me sorprendería mucho recibir tu ayuda, y hablaría de ello como una gran maravilla."

¿Piensas que recibirías ayuda? Yo diría que tu amigo tendría suficiente sensibilidad para observar la poca confianza que le tienes. Entonces respondería que, como no esperas nada, no te provocaré una sorpresa. Tu opinión de su generosidad es tan baja que no se siente llamado a salirse de su curso por tu causa. Cuando las oraciones son de ese estilo, no cabe sorprenderse si "no recibís, porque pedís mal." Además, si nuestras oraciones, por fervientes y confiadas que sean son un puro pedir la prosperidad de nuestra iglesia porque queremos gloríanos en ello, si queremos ver que nuestra denominación crezca en gran número y mejore en respetabilidad, para poder participar de los honores, entonces nuestros deseos no pasan de ser sólo codicias. ¿Puede ser posible que los hijos de Dios manifiesten las mismas emulaciones, celos y ambiciones de los hombres del mundo? ¿Puede ser la obra religiosa una cuestión de rivalidad y de competición? Ah, entonces las oraciones que buscan éxito no tendrán aceptación ante el trono de la gracia. Dios no nos oirá, sino que nos despedirá, por que no se cuida de responder las peticiones, de las cuales el yo es el objeto. "No tenéis, porque pedís mal."

III. En tercer lugar, tengo una tarea mucho más grata que hacer y es dar indicios en cuanto a LA RIQUEZA QUE ESPERA AL USO DE LOS MEDIOS ADECUADOS, a saber, de pedir en forma correcta a Dios.

Os invito a poner una atención solamente a este asunto porque es de vital importancia. Mi primera observación es esta: después de todo, cuan pequeña es esta demanda que Dios nos hace. ¡Pedid! Es lo menor que puede esperar de nosotros, posiblemente, y no es más de lo que nosotros ordinariamente exigimos de quien necesita nuestra ayuda. Esperamos que un pobre pida, y si lo hace no le echamos la culpa de su carencia. Si Dios da al que pide, y nosotros seguimos en la pobreza, ¿de quién es la culpa? ¿No es la culpa más grave? ¿No da la impresión que estuviéramos fuera de orden con Dios, de modo que ni siquiera condescendemos a pedirle un favor? Ciertamente debe de haber en nuestros corazones una secreta enemistad con El, o de otro modo en vez de ser una necesidad indeseable sería considerado un gran placer.

Sin embargo, hermanos, nos guste o no, recordad: pedir es la regla del reino. "Pedid y recibiréis." Es una regla que nunca será alterada en el caso de nadie. Nuestro Señor Jesucristo es el

hermano mayor de la familia, pero Dios no ha aflojado la regla para El. Recordad este texto: "Jehová dice a su Hijo: "Pídeme y te daré por heredad las gentes y por posesión tuya los términos de la tierra." Si el Hijo de Dios, real y divino no puede ser exceptuado de la regla de pedir, se relaja en favor nuestro. Dios bendecirá a Elías y enviará lluvia a Israel, pero Elías debe orar por ello. Si la nación elegida ha de prosperar, Samuel debe suplicar al respecto. Si los judíos han de ser liberados, Daniel debe interceder. Dios bendecirá a Pablo, las naciones serán convertidas por su intermedio, pero Pablo debe orar. Oró sin cesar. Sus epístolas muestran que nada esperaba sino era pidiéndolo.

Además, es claro, aun al pensador más superficial, que hay algunas cosas necesarias para la iglesia de Dios que no podemos obtener de otro modo que no sea por la oración. Podéis tener al hombre astuto del que os hablé; y la nueva iglesia, el nuevo órgano, y el coro podéis obtenerlos sin oración. Pero no podréis obtener la unción celestial: el don de Dios no se puede comprar con dinero. Algunos miembros de una iglesia en una primitiva aldea de América pensaban que podrían levantar una congregación colgando una muy hermosa araña de luces en la casa de reuniones. La gente hablaba de la araña, y algunos iban a verla, pero la luz pronto comenzó a disminuir. Tú puedes comprar toda clase de pintura, bronce, muselina, azul, escarlata y lino fino, junto con flautas, arpas, gaitas, salterios y todo tipo de música-- todo ello sin oración; en realidad, sería una impertinencia orar por tales cosas; pero no puedes tener el Espíritu Santo sin oración. "El sopla de dónde quiere." No se acercará por ningún proceso o método controlado por nosotros, sino por el pedir. No hay medios mecánicos que puedan sustituir su ausencia. La oración es la gran puerta de las bendiciones espirituales, y si la cerráis dejáis afuera el favor.

Hermanos amados, ¿no pensáis que este pedir que Dios requiere es un privilegio muy grande? Supongamos que se ha publicado un edicto según el cual no puedes orar. Por cierto sería una dificultad. Si la oración interrumpiera el flujo de la bendición en lugar de aumentarlo, sería una triste calamidad. ¿Has visto a un mudo bajo una fuerte excitación, o sufriendo un gran dolor, y debido a ello deseoso de hablar? Es un espectáculo terrible. Se le desfigura el rostro, el cuerpo lo agita en forma atroz. El mudo se retuerce y sufre en espantosa angustia. Cada miembro lo contorsiona con el deseo de ayudar a la lengua, pero no puede romper sus ligaduras. Cavernosos sonidos salen de su pecho, y tartamudeos ineficaces como habla tratan de atraer la atención. Todo ello no alcanza el nivel que nosotros podríamos llamar de expresión. El sufrimiento de la pobre criatura es indescriptible. Supongamos que nuestra naturaleza espiritual estuviera llena de deseos intensos, y sin embargo, estuviera muda en cuanto a la expresión en oración. Pienso que ello sería una de las aflicciones más espantosas que pudiera sobrevenirnos. Estaríamos terriblemente lisiados y desmembrados y nuestra agonía sería abrumadora. ¡Bendito sea su nombre! El señor establece una forma de expresión y pide a nuestro corazón que le hable.

Amados, debemos orar. Me parece que debiera ser la primerísima cosa por hacer cuando estamos en necesidad. Si los hombres estuvieron en buena relación con Dios y le amaran de verdad, orarían en forma tan natural como respiran. Es mi esperanza que algunos de nosotros estemos en una buena relación con Dios y no tengamos que ser arrastrados a la oración, porque en nosotros ello ha llegado a ser un instinto natural. Ayer un amigo me contó la historia de un niño alemán, historia que a su pastor le gusta narrar. El niño amado, creía en su Dios, y se deleitaba en la oración. Su maestro estaba exigiendo a los estudiantes que llegaran a la escuela a tiempo, y este pequeño estaba tratando de cumplir con ella. Pero el papá y la mamá eran personas lentas, y una mañana, solamente por falta de ellos, el niño salió de casa en el momento en que el reloj marcó la hora del inicio de las clases. Un amigo que estaba cerca del niño lo oyó clamar: "Querido Dios, concédeme que pueda llegar a tiempo a la escuela." La persona que lo oyó pensó que por esta vez la oración no podría ser contestada, porque ya había llegado la hora, y aún le quedaba camino por

recorrer. Tenía curiosidad por saber el resultado. Ahora bien, esa mañana ocurrió que el maestro, al tratar de abrir la puerta de la escuela, dio una vuelta al revés a la llave, y no pudo mover el pestillo, viéndose en la necesidad de llamar a un cerrajero para abrir la puerta. Hubo una dilación, y cuando la puerta fue abierta, nuestro pequeño amigo entró con el resto, a tiempo. Dios tiene muchas formas de conceder nuestros deseos. Fue muy natural que un niño que realmente ama a Dios le hablase a El; de su problema en vez de ponerse a llorar y a gimotear. ¿No debiera ser natural que tú y yo espontáneamente y de inmediato le contáramos al Señor nuestro primer recurso?

¡Ay! Según la Escritura y por la observación, me duele añadir, según la experiencia, la oración con frecuencia es la última cosa. Mirad al hombre enfermo del Salmo ciento siete.

Los amigos le traen diversos alimentos, pero su alma aborrece todo tipo de comida. Los médicos hacen lo que pueden por sanarle, pero se agrava más y más, y llega cerca de las puertas de la muerte: "Clamaron a Jehová en su angustia." Lo que debió ser primero lo hicieron al final. "Llaman al doctor. Prepárenle alimentos. Envuélvanlo en frazadas." Todo está muy bien, pero, ¿habéis orado a Dios? Dios será invocado cuando la situación se hace desesperada. Mirad a los marineros descritos en el mismo salmo. El barco está a punto de naufragar. "Suben hasta el cielo, descienden a los abismos; sus almas se derriten con el mal." Todavía hacen todo lo que pueden para escapar de la tormenta; pero cuando "tiemblan y titubean como ebrios, y toda ciencia es inútil. Entonces claman a Jehová en su angustia, y los libra de sus aflicciones." ¡Oh, sí! Buscan a Dios cuando se ven arrinconados y próximos a perecer. Y ¡qué misericordia es que El escuche oraciones tan tardías, y libere a los suplicantes de sus angustias! Pero, ¿debiera ser así contigo, conmigo y con las iglesias en decadencia decir: "Oremos día y noche hasta que el Señor venga a nosotros. Reunámonos unánimes en un lugar, y no nos separemos hasta que descienda sobre nosotros la bendición"?

Sabéis hermanos, ¿qué grandes cosas podríais tener con solo pedir? Todos los cielos están al alcance del hombre que pide. Todas las promesas de Dios son ricas e inagotables, y su cumplimiento puede lograrse por la oración. Jesús dice: "Todas las cosas me fueron entregadas por mi padre," y Pablo dice: "Todo es vuestro," y vosotros de Cristo." ¿Quien no podría orar cuando todas las cosas nos son entregadas de esa manera? Sí y promesas que al principio fueron hechas a individuos especiales, son todas hechas para nosotros si sabemos cómo pedir las en oración. Israel cruzó el Mar Rojo hace muchos años; sin embargo, leemos en el Salmo sesenta y seis: "Allí en El nos alegramos." Sólo Jacob estaba presente en Peniel, sin embargo, Oseas dice: "Allí habló con nosotros."

Pablo quiere darnos una gran promesa para los tiempos de necesidad, y cita del Antiguo Testamento: "Porque él dijo: No te desampararé, ni te dejaré." ¿De dónde sacó eso Pablo? Es la seguridad que Jehová da a Josué: "No te dejaré, ni te desampararé." Es seguro que la promesa era para Josué solamente. No; es para nosotros. "Ninguna escritura es de interpretación privada." Toda la Escritura es nuestra. Mirad como Dios aparece a Salomón de noche y le dice: "Pide lo que quieras que yo te dé." Salomón pide sabiduría. "Oh, ese es Salomón," dices tú. Oíd: "Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídale a Dios." Dios dio a Salomón riqueza y fama dentro del trato. ¿No es peculiar a Salomón? No, porque de la verdadera sabiduría se dice: "Largura de días está en su mano derecha; en su izquierda, riquezas y honra"; y esto no difiere mucho de las palabras de nuestro Salvador: "Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas." Así podéis ver que las promesas del Señor tienen muchos cumplimientos y siguen esperando para derramar sus tesoros en el regazo de la oración. ¿No eleva esto la oración a un elevado nivel, cuando Dios está dispuesto a repetir en nosotros las biografías de sus santos, cuando espera mostrar su gracia y cargarnos con sus beneficios?

Mencionar otra verdad que debiera hacernos orar, y es ésta, que si nosotros pedimos, Dios nos dará mucho más de lo que pedimos. Abraham pidió a Dios que Ismael pudiera vivir. Pensaba "Seguramente él es la simiente prometida: no puedo esperar que Sara pueda engendrar un hijo en su vejez. Dios me ha prometido una simiente, y seguramente es este hijo de Agar. Ojala Ismael pueda vivir delante de ti." Dios le concedió esto, pero también le dio a Isaac, y todas las bendiciones del pacto. Allá está Jacob, se arrodilla a orar, y pide al Señor que le dé "pan para comer y vestido para vestir." Pero, ¿qué le dio Dios? Cuando volvió a Betel, tenía dos campamentos, miles de ovejas y camellos, y mucha riqueza. Dios le había oído y habían hecho mucho más abundantemente por sobre lo que había pedido. De David se dice: el Rey "vida te demandó y se la diste largura de días," sí, no solamente le dio largura de días para él mismo sino un trono para sus hijos para todas las generaciones, hasta que David se sentó delante de Jehová, abrumado por la bondad de Dios.

"Bueno," dices, "pero, ¿vale eso para las oraciones del Nuevo Testamento?" Sí, así ocurre con las que oran en el Nuevo Testamento, sean santos o pecadores. Traen un hombre paralítico a Cristo y le piden que lo sane, y él dice: "Hijo, tus pecados te son perdonados." El no había pedido eso, ¿verdad? No, pero Dios da cosas más grandes que las que pedimos. Escuchad la humilde oración de aquel pobre ladrón moribundo, "Señor, acuérdate de mí cuando vengas en tu reino." Jesús le responde: "Hoy estarás conmigo en el paraíso." No soñaba con tal honor. Aun la historia del pródigo nos enseña esto. El había resuelto decir: "No soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros." ¿Cuál fue la respuesta? "Este mi hijo muerto era, y ha revivido; sacad el mejor vestido y vestidle; y poned un anillo en su mano, y calzado en sus pies." Una vez que has entrado en la posición de uno que pide, tendrás lo que no has pedido y nunca pensaste recibir. El texto con frecuencia se cita mal: Dios es poderoso para hacer "todas las cosas mucho más abundantemente de lo que podemos pedir o entender." Nosotros podríamos pedir, con sólo ser un poco más sensibles y con tener más fe, cosas de las más grandes, pero Dios está dispuesto a darnos infinitamente más de lo que pedimos.

En este momento creo que la iglesia de Dios podría tener bendiciones inconcebibles si sólo estuviera dispuesta a orar ahora. ¿Has notado alguna vez el maravilloso cuadro del capítulo ocho de Apocalipsis? Es digno de ser considerado con mucho cuidado. No intentaré explicarlo en sus conexiones, sino que voy a señalarle simplemente el cuadro tal como se presenta. Leemos: "Cuando abrió el séptimo sello, se hizo silencio en el cielo como por media hora." Silencio en el cielo: ¡no había himnos! ¡No había aleluya, ni ángel que moviera un ala! ¡Silencio en el cielo! ¿Podéis imaginaros ¡Y mirad! Veis siete ángeles de pie delante de Dios, a los que son entregadas siete trompetas. Allí esperan trompeta en mano, pero no hay sonidos. Ninguna nota de alegría o de advertencia durante un intervalo que fue suficientemente largo para provocar vivas emociones, pero suficientemente breve como para evitar la impaciencia. Un silencio ininterrumpido, profundo y terrible reinaba en el cielo. La acción se suspende en el cielo, el centro de toda actividad. "Y otro ángel vino y se paró junto al altar, con un incensario de oro." Allí se para, pero no presenta ofrenda alguna; todo está quieto y en silencio. ¿Qué será lo que lo pueda poner en movimiento? Y se le dio mucho incienso para añadirlo a las oraciones de los santos, sobre el altar de oro que estaba delante del trono. La oración es presentada junto con el mérito del Señor Jesús.

Ahora, ved lo que aconteció. "Y de la mano del ángel; subió a la presencia de Dios el humo del incienso con las oraciones de los santos." Ese es la clave de todo el asunto. Ahora veréis: el ángel comienza su tarea. Toma el incensario, lo llena con el fuego del altar, y lo arroja en tierra, "y hubo truenos, voces y relámpagos, y un terremoto." "Y los siete ángeles que tenían las siete trompetas se dispusieron a tocarlas." Ahora todo se empieza a mover. Tan pronto como las oracio-

nes de los santos fueron mezcladas con el incienso del mérito eterno de Cristo, y el humo comenzó a subir desde el altar, entonces las oraciones se hicieron eficaces. Cayeron las brasas vivas entre los hijos de los hombres, mientras los ángeles de la divina providencia, que aún estaban quietos, hicieron sonar sus truenos y se hace la voluntad del Señor. Tal es la escena en el cielo, en cierta medida, aun hasta el día de hoy. Trae hasta acá el incensó. Trae hasta acá las oraciones de los santos. Les enciende el fuego con los muertos de Cristo, y sobre el altar de oro deja que humeen delante del Altísimo. Entonces veremos al Señor en acción y su voluntad será hecha en la tierra como en el cielo. Dios envíe su bendición con estas palabras, por amor de Cristo. Amén.

EL TEXTO DE ROBINSON CRUSOE

Texto: *"E invócame en el día de la angustia; te libraré, y tú me honrarás."*

Salmo 1:15

Hay un libro que nos encantó en los días de la juventud. ¿Hay algún niño vivo que no lo haya leído? "Robinson Crusoe" era una riqueza de maravillas para mí. Podría haberlo leído docenas de veces, y no me habría cansado. No me avergüenza decir que aún en el día de hoy puedo leerlo con nuevo deleite. Robinson y su hombre Viernes, aunque son sólo invenciones de la ficción, son maravillosamente reales para la mayoría de nosotros. Pero, ¿Por que estoy comenzando de esta manera este día del Señor? ¿No está esta charla completamente fuera de orden? Espero que no. Al leer mi texto viene a mi recuerdo un pasaje en forma muy vivida, y en ello encuentro algo más que una excusa. Robinson Crusoe había naufragado. Queda completamente solo en una isla solitaria. Su situación es muy lamentable. Yace en cama atacado por una fiebre. Esta fiebre dura largo tiempo y no tiene quien le asista. Ni siquiera para traerle un vaso de agua fresca. Está a punto de morir. Estaba acostumbrado al pecado y a todos los vicios de un marinero. Pero su difícil situación le hizo pensar. Toma una Biblia que encontró en un cofre y la abre en este pasaje: "E invócame en el día de la angustia; te libraré, y tú me honrarás." Aquella noche oró por primera vez en la vida, y de allí en adelante hubo en él esperanza en Dios lo que marcó el nacimiento de su vida celestial.

De Foe, el autor de la novela, como vosotros sabéis era un ministro Presbiteriano; y aunque no era exagerado en espiritualidad, sabía de religión lo suficiente como para describir muy vividamente la experiencia de un hombre que está desesperado, y que encuentra paz arrojándose sobre su Dios. Como novelista, tenía un ojo vivo para lo probable, y ni pudo pensar en un pasaje que pudiera impresionar con más probabilidad a un pobre espíritu quebrantado. Instintivamente percibió la mina de consuelo que hay en estas palabras.

Ahora ya he captado la atención de todos, y esta es una razón por la que he comenzado así mi discurso. Pero tengo además otro propósito. Porque aunque Robinson Crusoe no está aquí, ni está viernes, sin embargo, podría haber alguien semejante a él, que ha sufrido un naufragio en la vida, y que ahora se ha convertido en una criatura solitaria y a la deriva. Recuerda días mejores pero debido a sus pecados se ha convertido en un paria, a quien nadie se acerca. Está aquí esta noche, completamente acabado sobre la playa, sin un amigo, sufriendo en el cuerpo, quebrado en cuanto a fortuna, y aplastado en espíritu. En medio de una ciudad llena de gente, no tiene un solo amigo, ni nadie que quiera reconocer que alguna vez le haya conocido. Ahora ha llegado a lo último de su existencia. Nada tiene por delante sino pobreza, miseria y muerte.

Así te dice Jehová, amigo mío, esta noche: "Invócame en el día de la angustia; te libraré, y tú me honrarás." Tengo el sentimiento que en esta oportunidad, con la ayuda de Dios, hablaré al corazón de algunos pobres espíritus cargados. ¿De qué sirve el consuelo a quienes no están en angustia? La palabra de esta noche no será de provecho, y tendrá solo poco interés en sí para quienes no están angustiados de corazón. Pero, no importa lo mal que pueda hablar, danzarán de alegría aquellos corazones que necesitan la consoladora seguridad de un Dios de gracia, y están capacitados para recibirla según resplandece en este texto de oro: Invócame en el día de la angustia; te libraré y tú me honrarás." En un texto que yo podría haber escrito con estrellas a través del cielo. O haber hecho sonar con la trompeta al medio día desde la cúspide de cada torre, o haberlo impreso en cada hoja de papel que pasa por el correo... debería ser conocido y leído por toda la humanidad.

Esto me sugiere cuatro cosas. Que Dios el Espíritu Santo bendiga lo que pueda decir sobre ello.

I. La primera observación se encuentra no tanto en mi texto como en el texto y el contexto. EL REALISMO ES PREFERIDO AL RITUALISMO.

Si leéis cuidadosamente el resto de los salmos veréis que el Señor está hablando de los ritos y ceremonias de Israel, y está mostrando que tiene en poco las formalidades del culto cuando el corazón está ausente de ellas. Pienso que debemos leer todo el pasaje: "No te reprenderé por tus sacrificios o tus holocaustos, que están continuamente delante de mí. No tomaré de tu casa becerros, ni machos cabríos de tus apriscos. Porque mía es toda bestia del bosque y los millares de animales de los collados. Conozco todas las aves del monte, y todo lo que se mueve en los campos me pertenece. Si yo tuviese hambre, no te lo diría a ti; porque el mundo es mío y su plenitud. ¿He de comer yo carne de toros, o de beber sangre de machos cabríos? Sacrifica a Dios alabanza, y paga tus votos al Altísimo; e invócame en el día de la angustia; te libraré y tú me honrarás." Así la alabanza y la oración son aceptadas prefiriéndolas a cualquier forma de ofrenda que los judíos pudieran presentar ante el Señor. ¿Por qué es esto?

En primer lugar, yo respondería, la verdadera oración es muchísimo mejor que el puro ritual, porque tiene en sí sentido, mientras que el ritual no tiene sentido cuando la gracia está ausente. Es tan sin sentido como el juego de un idiota.

¿Habéis estado alguna vez en una catedral romana observando el servicio cotidiano, especialmente un día de fiesta? Con los muchachos de blanco, y los hombres de violeta, rosado, rojo o negro, había tantos ejecutantes del rito como para poblar una aldea de tamaño decente. Con todos los que llevan velas, los que rociaban agua bendita, los que hacían reverencias con sus cabezas, y los que hacían genuflexiones, todo el aparato era maravilloso espectáculo, muy asombroso, entretenido y muy pueril. Cuando ve eso uno se pregunta qué sentido tiene todo ello, y qué tipo de personas son las que participan y con ello puedan ser mejores. Y uno se asombra en cuanto a la idea que los romanistas deben de tener de Dios si se imaginan que a él le agradan todas esas funciones. ¿No te asombra que el buen Señor lo soporte? ¿Qué pensará de todo ello su mente gloriosa?

Al glorioso Dios no le interesan para nada la pompa y el espectáculo. Pero cuando le invocas en el día de la angustia, y le pides que te libre, entonces hay sentido en tu clamor angustioso. No hay un formalismo vano. El corazón está en ello, ¿verdad? Hay sentido en la súplica de la aflicción, y por lo tanto, Dios prefiere la oración de un corazón quebrantado antes que el más hermoso de los servicios que haya sido ejecutado por sacerdotes y coros.

¿Por qué Dios prefiere el realismo al ritualismo? Es también por esta razón: hay algo de espiritual en el clamor del corazón atribulado. "Dios es espíritu, y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoran." Supongamos que repitiera esta noche el mejor de los credos en

cuanto a exactitud que haya sido compuesto por hombres sabios y ortodoxos; pero, si no tengo fe en él, y si vosotros no la tenéis, ¿para qué sirve la repetición de palabras? Nada de espiritual tiene una pura declaración ortodoxa si no tenemos una fe real en ella. Podríamos, del mismo modo, repetir el alfabeto, y llamarlo devoción. Y si esta noche brotara de nuestros labios el más grandioso aleluya que jamás haya sido expresado por labios humanos y no lo sentimos, nada de espiritual habría en ello, y para Dios nada significaría. Pero cuando una pobre alma se encierra en su cámara, dobla sus rodillas y clama: Dios, sé propicio a mí, pecador," Dios, sálvame! ¡Dios, ayúdame en este día de angustia!" en ese clamor hay vida espiritual, y por lo tanto, Dios lo aprueba y lo responde. Lo que El quiere es culto espiritual, y recibirá eso o no recibirá otra cosa. "Los que le adoran en espíritu y en verdad es necesario que adoran." Y abolió la ley ceremonial, destruyó el único altar de Jerusalén, quemó el templo, abolió el sacerdocio aarónico, y puso fin de una vez para siempre a toda ceremonia ritualista. Porque él busca solamente verdaderos adoradores, que le adoren en espíritu y en verdad.

Además, al Señor le agrada el clamor del corazón quebrantado, porque le reconoce claramente como el dios vivo, en el acto mismo de buscarle en oración. En gran medida está ausente la devoción externa a Dios. Pero, ¿cómo ridiculizamos a Dios cuando no le discernimos como presente, y no nos acercamos a su persona directamente! Cuando el corazón, la mente y el alma irrumpen para alcanzar a su Dios, es entonces que Dios es glorificado, pero no por algún ejercicio corporal en que El queda olvidado. ¡Oh, cuan real es Dios para un hombre que perece, y siente que solamente Dios le puede salvar! Cree que Dios existe o de otro modo no haría una oración tan patética dirigida a El. Antes oraba, y poco le importaba si Dios oía o no; pero ahora ora y su principal ansiedad es que Dios le oiga.

Además, queridos amigos, Dios se complace en que clamamos a El en el día de la angustia porque en ello hay sinceridad. Temo que en la hora de nuestra alegría y en los días de prosperidad muchas de nuestras oraciones y de nuestras acciones de gracias sean hipocresía. Muchos de nosotros somos como los trompos de los niños que cesan de bailar si no se les azota. Ciertamente oramos con mayor intensidad cuando estamos en graves problemas. Un hombre está en la extrema pobreza; no tiene trabajo. No sabe de dónde vendrá la próxima comida de sus hijos. Si ora en ese momento es probable que su oración sea sincera, muy sincera, porque su fervor es real debido a una verdadera situación angustiada. A veces he deseado que algunos cristianos muy caballerosos, que parecen tratar la religión como si todo fuera guantes de cabritilla, tengan un poco de tiempo "difícil," y realmente se vean en angustias. Una vida fácil engendra manadas de falsedades y apariencias, las que pronto se desvanecerían en la presencia de pruebas reales.

Muchos hombres se han convertido a Dios en el monte de Australia debido al hambre, al cansancio, a la soledad, personas que cuando eran ricos, rodeados de alegres adulones nunca pensaron en Dios. Muchos hombres, a bordo de un barco allá en el Atlántico han aprendido a orar en el frío congelante del tímpano, o en los horrores del seno de la ola de la cual el barco no podía salir. Cuando el mástil ha sido echado por la borda y todas las maderas han sido aseguradas, y el barco parece estar perdido, entonces los corazones comienzan a orar con sinceridad; y Dios ama la sinceridad. Cuando lo hacemos con verdadero sentido, cuando el alma se derrama en oración, cuando es un "debo recibirlo, o estoy perdido," cuando no es farsa, ni vana ceremonia sino un clamor verdadero de un corazón quebrantado, en agonía, Dios lo acepta. Por eso dice: "Invócame en el día de la angustia." Tal clamor es el tipo de culto que El toma en cuenta, porque hay sinceridad en él, y es aceptable ante el Dios de verdad.

Además, en el clamor del angustiado hay humildad. Podemos celebrar una ceremonia muy brillante de acuerdo con el ritual de alguna iglesia llamativa, o podemos ejecutar nuestros propios

ritos que son lo más sencillo que pueda existir, y podríamos estar diciéndonos todo el tiempo: "Esto está saliendo muy lindo." El predicador podría estar pensando: "¿No estoy predicando bien?" El hermano en la reunión de oración podría sentir dentro de sí: "¿Con cuánta fluidez estoy orando!" Cuando quiera que haya ese espíritu en nosotros, Dios no puede aceptar la oración. El culto no puede ser aceptable cuando está carente de humildad. Ahora, cuando en los días de tribulación el hombre acude a Dios y, le dice: "¡Señor, ayúdame! Yo no puedo ayudarte a mí mismo, pero ¡tú puedes intervenir en mi favor!", entonces hay humildad en esa confesión y clamor, y por eso el Señor se complace en ello.

Además el Señor se agrada de tales súplicas porque en ellas hay una medida de fe. Cuando el hombre en angustias clama " ¡Señor, líbrame!" está mirando fuera de sí mismo, está fuera de sí por causa del hombre que hay en la tierra.

No puede encontrar esperanza ni ayuda en la tierra y por lo tanto mira hacia el cielo. A Dios le agrada descubrir siquiera una sombra de fe en su criatura incrédula. Por decirlo así, cuando la cruza el campo que abarca la cámara, de modo que en la foto aparece el vestigio de haber estado allí, Dios la ve, y entonces puede aceptar nuestras oraciones y las aceptará por causa de esa poca fe. Oh querido corazón, ¿dónde te encuentras? ¿Estás quebrantado por la angustia? ¿Estás gravemente angustiado? ¿Estás solitario? ¿Te sientes desechado? Entonces clama a Dios. Nadie más te puede ayudar; ahora estás encerrado y solo ante él. ¡Bendito encierro! Clama a él, porque él te puede ayudar; y te digo que en tu clamor habrá un culto puro y verdadero, como el que Dios desea, mucho más que el sacrificio de diez mil becerros, o el derramamiento de ríos de aceite. Es verdad, ciertamente, porque la Escritura lo dice, que el gemir de un espíritu cargado está entre los sonidos más dulces que puede oír el Altísimo. El clamor quejumbroso es un himno para El, para quien el puro arreglo de sonidos es como juego de niños.

Entonces, ved, pobres que lloráis en medio de la confusión, que no es el ritualismo, no es la celebración de ceremonias pomposas, no es la genuflexión ni la reverencia, ni el uso de palabras sagradas, sino el clamar a Dios en la hora de la angustia lo que es el sacrificio más aceptable que tu espíritu puede presentar ante el trono de Dios.

II. Entramos ahora a nuestra segunda observación.

¡Quiera Dios dejarla impresa en todos nosotros! En nuestro texto tenemos LA ADVERSIDAD CONVERTIDA EN VENTAJA. "Invócame en el día de la angustia; te libraré."

Lo decimos con toda reverencia, pero Dios mismo no puede liberar a un hombre que no esté en angustia, y por lo tanto hay una cierta ventaja al estar en angustia, porque entonces Dios te puede librar. Hasta Jesucristo, el Sanador de los hombres, no puede sanar a uno que no esté enfermo, de modo que se convierte en una ventaja estar enfermo, para que Jesucristo nos pueda sanar. Así querido oyente tu adversidad puede convertirse en tu ventaja que te brinda la ocasión y la oportunidad para exhibir la gracia divina. Es una gran sabiduría aprender el arte de hacer miel de la hiel, y el texto nos enseña eso: muestra como se puede convertir la angustia en ganancia. Cuando estés en la adversidad, invoca a Dios y experimentarás una liberación que será más rica y dulce que la que hubiera ocurrido a tu alma si no hubieras conocido la angustia. Este es el arte y la ciencia de convertir las pérdidas en ganancias y las adversidades en ventajas.

Ahora permítaseme suponer que aquí hay algunas personas en angustia. Quizás se encuentre entre nosotros otro Robinson Crusoe solitario. No estoy suponiendo ociosamente que aquí está un individuo atribulado Es así. Bueno, ahora, cuando ores —y deseo que ores ahora mismo— ¿no ves los argumentos que tienes? En primer lugar, tienes un argumento de tiempo; "Invócame en el día de la angustia." Luego declara cual es tu tribulación —tu esposa enferma, el

niño moribundo, el negocio que se hunde, la salud que está en decadencia, ese trabajo que has perdido- aquella pobreza que te mira a la cara. Dile al Señor misericordioso: "Señor mío, si alguna vez un hombre estuvo en el día de la angustia, ese soy yo, y por eso me tomo el atrevimiento de orar a ti hoy, porque Tú has dicho "Invócame en el día de la angustia." Esta es la hora que señalaste para apelar a ti: este oscuro y tormentoso día. Si alguna vez hubo un hombre al que tu palabra dio el derecho de orar, yo soy ese hombre, porque estoy en angustia, y por lo tanto usaré la oportunidad para hacer mi súplica. Te ruego que escuches el clamor de tu siervo a esta hora de la medianoche." Además vuelve tu adversidad en ventaja apelando al mandamiento. Puedes acudir al Señor ahora, en este preciso momento y decirle: "Señor, óyeme porque tú me has mandado que ore. Aunque soy malo, ni le diría a un hombre que me pidiera una cosa, si tuviera la intención de negársela; no le exhortaría a que me pidiera ayuda, si se la fuera a negar." ¿Sabéis hermanos, que con frecuencia atribuimos al buen Dios conductas de las cuales nosotros mismos nos avergonzaríamos? No puede ser. Si decís a un pobre hombre: "Estás en circunstancias muy tristes; escríbeme mañana, y me ocuparé de sus asuntos;" y si él te escribiera, no tratarías su carta con desdén. Te sentirías obligado a considerar su caso. Cuando le dijiste que te escribiera, quisiste decir que le ayudarías si podías. Y cuando Dios te dice que le invoques, él no se está mofando de ti: él te está diciendo que te tratará con bondad. No sé quién eres tú. Podrías invocar al Señor, porque El te ordena hacerlo. Y si le invocas, puedes poner este argumento en tu oración:

Señor, que busque tu rostro, me has dicho
y ¿te buscaré en vano?
y a mi queja, ¿sordo estará el oído
de la gracia, oh Soberano?

Así que apela al tiempo, a la angustia y al mandamiento, y luego suplica a Dios apelando a su propio carácter. Háblele reverentemente, pero con fe, de esta manera: "Señor, es a ti a quien estoy apelando. Tú has dicho: 'Invócame.' Si me la hubiera dicho mi prójimo, tendría temor de que no me oyera, y se arrepintiera de su promesa; pero tú eres demasiado grande y bueno como para cambiar. Señor, por tu verdad y por tu fidelidad, por tu inmutabilidad y por tu amor, yo, un pobre pecador, quebrantado de corazón y aplastado, te invoco en el día de la angustia. Ayúdame y ayúdame pronto o moriré." Seguramente tú que estás en angustias tienes muchos poderosos argumentos. Estás sobre terreno firme con el ángel del pacto y puedes aferrarte valientemente de la bendición. Yo no me siento esta noche como si el texto me invita a mí ni siquiera la mitad de lo que puede estar exhortando a algunos de vosotros porque yo no estoy en angustias por ahora y tú lo estás. Doy gracias a Dios que estoy lleno de gozo y paz; pero estoy medio inclinado a ver si no puedo tener un poco de tribulación para mí. Ciertamente si estuviera en angustia y estuviera sentado en esos asientos abriría la boca, me llenaría de este texto, y oraría como David, Elías o Daniel, apoyado en el poder de esta promesa: "Invócame en el día de la angustia; te libraré y tú me honrarás."

¡Oh, vosotros, angustiados, saltad al sonido de esta palabra! Creedla. Dejad que llegue hasta vuestras almas. "Jehová liberta a los cautivos." El ha venido a darte libertad. Puedo ver a mi maestro engalanado con sus suaves vestiduras, su aspecto es feliz como los cielos, su rostro resplandeciente como una mañana sin nubes, y en su mano lleva una llave de plata. "¿Hacia dónde vas, Maestro mío, con esa llave?" "Voy," dice, "a abrir la puerta a los cautivos, y a dar libertad a los que están presos." ¡Bendito Maestro cumple tu misión, y no pases por alto estos prisioneros de esperanza! ¡No te detendremos un momento, pero no te olvides de estos que lloran! Sube, a esas

galerías, ve por los pasillos, y liberta a los prisioneros del Gigante Desesperación, y haz que sus corazones canten de gozo, porque te han invocado en el día de la angustia y Tú le has libertado y ellos te honrarán!

III. Mi tercer punto está claramente expresado en el texto. Aquí tenemos A LA GRACIA SOBERANA PUESTA BAJO OBLIGACIÓN.

Nada en el cielo ni en la tierra puede ser más libre que la gracia soberana, pero aquí la gracia se pone bajo las ataduras de la promesa y el pacto. Escuchad atentamente: "Invócame en el día de la angustia: "Te libraré." Si una persona te ha dicho "Yo haré," la tienes en tu mano; se ha puesto a las órdenes de lo que tú digas. Si es un hombre fiel a su palabra y que te ha dicho "Yo haré," lo tienes en la mano. Después de darte la promesa ya no es libre como antes. Se ha puesto en cierto camino y debe conservarlo. ¿No es así? Digo esto con la más profunda reverencia hacia mi Señor y Maestro: El se ha atado a Sí mismo en el texto con cuerdas que él no puede romper. Ahora debe oír y ayudar a los que le invocan en el día de la angustia. Ha prometido solemnemente y cumplirá plenamente.

Notemos que este texto es incondicional en lo que respecta a personas. Contiene la esencia de aquella otra promesa: "Todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo." Las personas a las que se dirige especialmente este texto se habían burlado de Dios; habían presentado sus sacrificios sin un verdadero corazón; sin embargo el Señor dice a cada uno de ellos, "Invócame en el día de la angustia; te libraré." Por eso encuentro que El no excluye a nadie de la promesa. Tú, ateo, tú blasfemo, tú, impúdico e impuro, si invocas al Señor ahora, en este día de angustia, él te libraré. ¡Ven y Pruébalo! "Si hubiera Dios," ¿dices tú? Pero te digo, hay un Dios. Ven, ponlo a prueba y ve. El dice: "Invócame en el día de la angustia; te libraré" ¿No le probarás ahora? Venid, vosotros que estáis bajo esclavitud, y ved si nos os libra. ¡Venid a Cristo los que estáis trabajados y cargados, que El os hará descansar. En las cosas temporales y en las espirituales, pero especialmente en las espirituales, invócale en el día de la angustia, y él te libraré.

Además, notemos este "Yo" incluye todo el poder que pudiera necesitarse para la liberación. "Invócame en el día de la angustia; te libraré." "Pero, ¿cómo puede ser esto?" exclama alguien. ¡Ah! no puedo decírtelo, y no me siento obligado a decírtelo; corresponde al Señor encontrar los medios y las formas de hacerlo. Dios dice "Yo haré," confía en que él cumplirá su palabra. Si fuera necesario mover los cielos y la tierra, él lo hará, porque no le faltará poder y ciertamente no carece de honestidad, y como un hombre honesto mantiene su palabra cueste lo que cueste. Así es con el fiel Dios nuestro. Escúchale cuando dice: "Te libraré," y no me preguntas más. No creo que Daniel supiera como Dios lo iba a librar de la cueva de los leones. No creo que José supiera cómo iba a ser librado de la prisión cuando su dueña calumnió vergonzosamente su carácter. No creo que estos creyentes de antaño soñaran la forma en que Dios haría su liberación; simplemente se entregaron en las manos de Dios. Descansaron en Dios y El los libró de la mejor de las maneras. Hará igual contigo; solamente invócale y luego espera y contempla la salvación de Dios.

Notemos, el texto no dice exactamente cuándo. "Te libraré" es suficiente; pero sea que ocurra mañana o la próxima semana, o el año próximo, no es tan claro. Tú tienes prisa, pero no el Señor. Tu prueba podría no haber hecho todo el bien que tenía como objetivo, y por lo tanto, debe durar más. Cuando el oro es puesto en el crisol, podría gritarle al orfebre " ¡Déjame salir!" Pero él le responde: " No, todavía no has perdido toda la escoria." Debes permanecer más tiempo en el fuego hasta que te hayas purificado." Así que Dios podría sujetarnos a muchas pruebas, y cuando dice: "Te libraré" confía en que él guardará lo dicho. La promesa del Señor es como un buen

pagaré de una firma solvente. Esa promesa de pago podría estar fechada para dentro de tres meses, pero cualquiera la descontará si lleva un nombre de confianza. Cuando tienes un "haré" de Dios, siempre puedes cobrarlo por fe, y no necesitas descontarlo, porque es efectivo aun cuando es solamente un "Yo haré." La promesa de Dios para el futuro es una buena cosa bona fide para el presente, con sólo tener fe para utilizarla: "Invócame en el día de la angustia, y te libraré" es equivalente a una liberación ya recibida. Significa: "Si no te libro ahora te libraré en un momento que será mejor que ahora, cuando, si tú tuvieras la sabiduría que yo tengo, preferirías ser librado y no ahora.

Pero está implícita la prontitud, porque de otro modo no habría liberación. "Ah," dice alguien, "Estoy en una angustia tan grande que si no recibí una pronta liberación pereceré." Ten por seguro que no perecerás. Serás liberado, y por tanto, lo serás antes que mueras de desesperación. El te libraré en el mejor tiempo posible. El Señor siempre ha sido puntual. Nunca has tenido que esperarle. Tú le has hecho esperar demasiado. Pero él está dispuesto al instante. El jamás deja a sus siervos esperando ni siquiera un solo tic del reloj más allá del momento señalado, adecuada y sabiamente. "Te libraré," implica que sus tardanzas no serán muy prolongadas, para que el espíritu del hombre no desmaye debido a la esperanza diferida. El Señor cabalga sobre las alas del viento cuando viene al rescate de los que le buscan. Por lo tanto, ¡tened buen ánimo!

¡Oh, este es un bendito texto! y, sin embargo, ¿qué puedo hacer con él? No puedo hacerlo llegar al corazón de quienes más lo necesitan. ¡Espíritu del Dios vivo, ven tú y aplica estas ricas consolaciones a los corazones que sangran y están a punto de morir!

Notad este texto una vez más. Permitidme que lo repita poniendo énfasis en una forma distinta: "Invócame en el día de la angustia y Yo te libraré." Tomad los hilos de estas palabras. "Yo te libraré; no los hombres, los ángeles no pueden, pero Yo lo haré." Dios mismo se dará a la tarea de rescatar al hombre que le invoca. Tu parte es invocarle, de Dios es el responder. ¡Pobre alma temblorosa, tú empiezas a tratar de responder tus propias oraciones! Entonces, ¿por qué oras a Dios? Cuando has orado, deja que Dios cumpla su propia promesa. El dice: "Invócame y Yo te libraré."

Tomemos ahora aquella otra palabra: "Yo te libraré." Yo sé qué estáis pensando, don Juan. Murmuras: "Creo que Dios libraré todos, pero no a mí." Pero el texto dice "Yo te libraré." El hombre que invoca es el que tendrá la respuesta. María, ¿dónde estás tú? Si tú invocas a Dios, El te responderá. El te dará la bendición a tu propia experiencia personal. "Invócame," dice El, "en el día de la angustia; y te libraré." ¡Oh, que la gracia haga llegar siquiera a un alma ese pronombre personal, y le dé una seguridad tal como si la pudiera ver con sus propios ojos!

El apóstol nos dice: "Por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la Palabra de Dios." Ciertamente yo sé que el universo fue hecho por Dios. Estoy seguro de ello; sin embargo, no le vi crearlo. No vi cuando llegó a existir porque él dijo: "Sea la luz." No le vi separar la luz de las tinieblas, y las aguas de debajo del firmamento de las que están más arriba del firmamento, pero estoy seguro que él hizo todo eso. Todos los caballeros evolucionistas que hay en el mundo no pueden remover mi convicción de que la creación fue obrada por Dios, aunque yo no estaba allí ni siquiera para verle hacer un pajarillo o una flor. ¿Por qué no debo yo tener el mismo tipo de fe esta noche respecto de la respuesta de Dios a mi oración si estoy en angustia? Si no puedo ver como me liberará, ¿por qué debo querer ver? El creó el universo bastante bien sin que yo supiera como iba a hacer, y El me libraré sin que yo ponga un dedo en ello. Lo que a mí corresponde es confiar en mi Dios y glorificarle creyendo que lo que El ha prometido es poderoso para realizar.

IV. Así hemos tenido tres cosas dulces para recordar; y vamos a cerrar con una

cuarta, que es esta: aquí están COMPARTIENDO DIOS Y EL HOMBRE QUE ORA.

Esa es una palabra poco corriente para terminar, pero quiero que toméis nota de ella. Estas son las partes. Primero, esta es tu parte: Invócame en el día de la angustia." En segundo lugar, esta es la parte de Dios: "Te libraré." Una vez más, haz tu parte, porque serás librado. Y luego es el turno del Señor: "Tú me glorificarás." Este es un pacto, un convenio que Dios establece contigo que oras a El, al cual El ayuda. El dice: "Tendrás tu liberación, pero yo debo ser glorificado. Tú orarás; yo te bendeciré, y entonces tú honrarás mi santo nombre. Esta es una sociedad grata: obtenemos aquello que necesitamos tanto, y todo lo que Dios obtiene es la gloria que es debida a su nombre.

¡Pobre corazón atribulado! Estoy seguro que no pondrás objeciones a estos términos: "Pecador, dice el Señor, "Te daré perdón, pero debes darme la honra en cuanto a ello." Nuestra única respuesta es: "Sí, Señor eso haremos para siempre."

¿Quién es Dios perdonador como tú?

¿O quién posee gracia tan libre y plena?

"Venid, almas," dice El, "yo os justificaré, pero yo debo tener la gloria de ello." Y nuestra respuesta es: "Entonces, ¿dónde está la jactancia? Está excluida. ¿Por la ley de las obras? No, sino por la ley de la fe."

Dios debe tener la gloria si somos justificados por Cristo.

"Ven," dice El, "te pondré en mi familia, pero mi gracia debe tener la gloria de ello. Le decimos: "Sí, mi buen Señor! Mirad qué amor nos ha dado el Padre que seamos llamados hijos de Dios."

"Ahora," dice El, "Te santificaré, serás santo, pero yo debo tener la gloria de ello," y nuestra respuesta es: "Sí cantaremos para siempre: 'Hemos lavado nuestras ropas y las hemos emblanquecido en la sangre del Cordero. Por eso le servimos día y noche en su templo, dando a El toda la alabanza.' "

"Te llevaré al cielo," dice Dios: "Te libraré del pecado y la muerte y del infierno, pero debo tener la gloria de ello." "Verdaderamente," decimos, "Tú serás magnificado. Por los siglos de los siglos cantaremos: 'Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos.' "

¡Alto, allí, ladrón! ¿Quién te crees que eres? ¿Escapando con una porción de la gloria de Dios? ¡Que villano debe de ser! Es un hombre que era un borracho, Dios le amó y le hizo sobrio y ahora está maravillosamente orgulloso de ser sobrio. ¡Qué necedad! ¡Lo logré! ¡Lo logré! Da gloria a Dios por tu liberación del vicio degradante, o serás aun más degradado por tu ingratitud. He aquí otro hombre. Antes juraba; pero ahora ha estado orando y hasta predicó un sermón la otra noche, o por lo menos hizo un discurso al aire libre. Ha estado más orgulloso que un pavo real respecto de ello. ¡Oh, ave orgullosa, cuando mires tus hermosas plumas, recuerda tus patas negras, y tu voz repugnante! ¡Oh, pecador reformado, recuerda tu antiguo carácter, y avergüénzate! Da a Dios la gloria si has cesado de ser profano. Da a Dios la gloria por cada parte de tu salvación.

"Invócame en el día de la angustia; Yo te libraré," esa es tu parte; Pero, "Tú me honrarás," esa es la parte de Dios. El debe tener toda la honra de principio a fin.

De ahora en adelante, salid, vosotros los salvados, y contad lo que el Señor ha hecho por vosotros. Una señora de avanzada edad dijo una vez que si el Señor Jesucristo realmente la había salvado, El volvería a oír continuamente acerca de eso. Unámonos a ella en esa resolución. Verdaderamente mi alma hace voto que mi Señor y Salvador nunca dejará de oírme hablar de mi salvación.

Ven, pobre alma, tú que has venido esta noche en la angustia más profunda, Dios quiere ser glorificado por ti. Vendrá el día cuando consolarás a otros que se duelen relatándoles tu feliz experiencia. Todavía podría venir el día cuando tú, que eras un náufrago, predicarás el evangelio a los náufragos. Pobre mujer caída, vendrá el día cuando guiarás a otras pecadoras a los pies del Salvador, donde estás ahora llorando. Tú, perdido del diablo, de quien aun Satanás está cansado, a quien el mundo rechaza porque estás acabado y perdido, vendrá el día cuando, renovado en tu corazón, y lavado por la sangre del Cordero, resplandecerás como estrella en el firmamento, para alabanza de la gloria de su gracia con que te ha hecho acepto en el Amado. ¡Oh, pecador desanimado, ven a Jesús! ¡Invócale, te lo suplico! Anímate a invocar a tu Padre y Dios. Si no puedas hacer otra cosa que gemir, gime ante Dios. Deja caer una lágrima, exhala en suspiro, y deja que tu corazón diga al Señor: "Oh, Dios, líbrame, por amor de Cristo! ¡Sálvame de mis pecados y de sus consecuencias!" Tan seguramente como que estás orando, El te oirá y dirá: "Tus pecados te son perdonados, vete en paz." ¡Qué así sea! Amén.

UNA PROMESA DE LA GRACIA SOBERANA

Texto: *"Y todo el que invocare el nombre de Jehová será salvo."*

Joel 2:32.

La venganza estaba en plena carrera. Los ejércitos de la justicia divina habían sido convocados para la guerra: Como valientes correrán, como hombres de guerra subirán el muro." Ellos han invadido y devastado la tierra y la tierra que era como el Huerto de Edén la dejaron como un desierto desolado. Todos los rostros se entenebrecieron: el pueblo estaba "muy afligido." El sol mismo se oscureció, la luna se apagó, y las estrellas retrajeron su resplandor; la tierra tembló y los cielos se estremecieron. En un momento tan horroroso, cuando menos podíamos esperararlo, en medio del retumbar de los truenos y los resplandores de los relámpagos, se escucha esta amable oración: "Todo el que invocare el nombre del Señor será salvo."

Leamos cuidadosamente el pasaje: "Y daré prodigios en el cielo y en la tierra, sangre, y fuego, y columnas de humo. El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes que venga el día grande y espantoso de Jehová. Y todo aquel que invocare el nombre del Señor será salvo." En los peores tiempos que puedan haber, todavía hay salvación para los hombres. Cuando el día se convierte en noche, y la vida en muerte, y se rompe el sostén de la vida, y ha huido la esperanza del hombre, todavía hay en Dios, en la persona de su hijo amado, liberación, para todos los que invocan el nombre del Señor. No sabemos lo que ha de ocurrir: leyendo el rollo del futuro anunciamos cosas oscuras, pero todavía brillará esta luz entre los nubarrones de miseria: "Todo aquel que invocare el nombre del Señor será salvo."

Este pasaje fue seleccionado por el apóstol en Pentecostés para ser puesto en su lugar como una especie de estrella de la mañana de los tiempos del evangelio. Cuando el Espíritu fue derramado sobre los siervos y sobre las siervas, y los hijos y las hijas comenzaron a profetizar, resultó claro que había llegado ese tiempo maravilloso, que con tanta anticipación había sido anunciado. Entonces, cuando Pedro predicó su sermón memorable, dijo a la gente "Todo aquel que invocare el nombre del Señor será salvo," dando así un sentido más pleno y más evangélico a la palabra "salvo." "Todo aquel que invocare el nombre del Señor será librado: del pecado, la muerte y el infierno --en realidad será de tal manera librado para ser, en el lenguaje divino,

"salvado"-salvado de la culpa, el castigo y el poder del pecado, salvado de la ira venidera. Estos tiempos del evangelio son todavía días felices en los cuales "todo el que invoca el nombre del Señor será salvo." En el año de la Gracia hemos llegado a un día y a una hora en que "todo aquel que invoca el nombre del Señor será salvo." A vosotros, en este momento es enviada esta salvación. La dispensación de la inmediata aceptación proclamada en Pentecostés jamás ha cesado; la plenitud de su bendición ha crecido en vez de disminuir. La sagrada promesa permanece con toda su certeza, plenitud y libertad; no ha perdido nada de su amplitud y longitud: "Todo el que invocare el nombre del Señor será salvo."

No tengo otra cosa que hacer esta noche sino contaros nuevamente la antigua, antigua historia de la infinita misericordia que vino a hacer frente al pecado infinito —de la gracia soberana que vino a poner la libre voluntad en una mejor línea- de Dios mismo apareciendo para deshacer la ruina del hombre obrada por el hombre, y para levantarle por medio de una gran liberación. Quiera Dios el Espíritu Santo ayudarme con su gracia mientras os hablo sencillamente acerca de esto.

I. Primero, HAY ALGO QUE SIEMPRE ES NECESARIO.

Ese algo es liberación o "salvación." Siempre se necesita. Es una necesidad del hombre dondequiera que se encuentre. Mientras haya hombres en la tierra, habrá siempre necesidad de salvación. Si pudiéramos recorrer Londres, yendo por sus antros y barrios bajos pensaríamos en forma muy diferente de lo que solemos, viniendo desde nuestro tranquilo círculo doméstico a nuestra banca para oír el sermón, respecto de la necesidad humana. El mundo todavía está enfermo y moribundo. El mundo todavía sigue corrompiéndose y pudriéndose. El mundo es una nave en que el agua sube rápidamente, en que el naufragio inminente va a llevar el barco a la más profunda destrucción. La salvación de Dios es tan necesario hoy como en los días de Noé en que el Espíritu predicó a los espíritus encarcelados. Dios debe entrar y traer liberación o no hay más esperanza.

Algunos necesitan liberación de la angustia presente. Si tú estás en esta necesidad esta noche debido a alguna muy grave aflicción, te invito a tomar mi texto como una guía, y creer que todo aquel que invocare el nombre del Señor será salvo." Confía en ello, en cualquier tipo de aflicción, física, mental o de cualquier orden, tienes a tu disposición la oración. "Invócame," dice Dios, "en el día de la angustia; te libraré y tú me honrarás."

Esto vale cuando quiera que estés en una posición de profunda aflicción personal, aun cuando no sea de un carácter físico. Cuando no sabes cómo actuar, y estás confundido y en lo último, donde ya no sabes qué hacer, cuando a una onda de tribulación ha seguido una onda de angustia hasta que estás como el marinero en la tormenta que da tumbos de uno a otro lado, y se tambalea como un borracho; si ahora ya no puedes ayudarte a ti mismo, porque tu espíritu se hunde y tu mente falla, invoca a Dios, invoca a Dios, ¡invoca a Dios! Niños perdidos en el bosque, con la neblina nocturna que se hace más y más espesa, ya a punto de caer y morir ¡invocad a vuestro Padre, Invoca a Dios, tú que estás confundido, porque "todo el que invocare el nombre del Señor será salvo."

En el gran día final, cuando todos los secretos sean revelados, parecerá ridículo que haya habido personas que se dedicaron a escribir cuentos y novelas, porque las historias reales de lo que Dios ha hecho por los que claman a El son infinitamente más sorprendentes. Si hombres y mujeres pudieran contar en lenguaje sencillo y natural, la manera en que Dios acudió en rescate en la hora del inminente desastre, ellos se pondrían a hacer sonar las arpas de los cielos con nuevas melodías, y los corazones de los santos de la tierra resplandecerían con un nuevo amor a Dios por su maravillosa bondad para con los hijos de los hombres. ¡Oh, que los hombres puedan alabar a Dios por su

bondad! ¡Oh que pudiéramos expresar abundantemente la memoria de su gran bondad para con nosotros en la noche de nuestro llorar!

El texto vale para la liberación de futuras tribulaciones. No sabemos lo que pueda suceder en el maravilloso futuro. Sea lo que sea que pase según la palabra de Dios -si el sol se oscurece y la luna se convierte en sangre-- si Dios va a mostrar grandes portentos en los cielos y, en la tierra sangre y fuego, y columnas de humo, recordad que aunque con toda seguridad necesitaremos liberación, la salvación estará cerca a las puertas. El texto parece establecer una sorprendente conexión a fin de advertirnos que cuando ocurran las peores convulsiones y las más terribles, "Todo el que invoque el nombre del Señor será salvo." Puede caer la estrella llamada Ajenjo, pero seremos salvos si podemos invocar el nombre del Señor. Que se derramen las plagas, que suenen las trompetas y que se sacuden los juicios uno tras otro con tanta rapidez como las plagas de Egipto pero, "el que invocare el nombre del Señor será salvo." Cuando claramente se incrementa la necesidad de salvación, la abundancia de salvación crecerá con ella. No temas la más espantosa de las guerras, las hambrunas más amargas, las más mortales de las plagas, porque aun si invocamos al Señor, El está comprometido a librarnos. Esta promesa enfrenta las posibilidades más terribles con una segura salvación.

Sí y cuando llegues a la hora de la muerte, cuando para ti el sol se haya convertido en tinieblas y la luna en sangre, este texto garantiza la salvación en la temida última hora. Invoca el nombre del Señor, y serás salvo. En medio de los dolores de la muerte y la tristeza de la partida, gozarás una gloriosa visitación, que cambiará las tinieblas en luz y el pesar en gozo. Cuando despiertes en medio de las realidades del futuro eterno nada habrá que te haga temer la resurrección o el juicio, ni las fauces abiertas del infierno. Si has invocado el nombre del Señor, habrá todavía una liberación para ti. Aunque los no perdonados son arrojados a las profundidades del infortunio, y el justo con dificultad se salva, tú que has invocado el nombre del Señor debe ser librado. La promesa sigue firme, sea lo que fuere que esté oculto en el gran rollo del futuro. Dios no puede negarse a sí mismo; El librará a los que invocan su nombre.

Entonces, lo que se necesita es la salvación, y creo, queridos hermanos, que vosotros y yo, que predico la Palabra, y anhelamos salvar almas, con mucha frecuencia debemos recurrir a esta antigua gran verdad sobre la salvación para los culpables, salvación para todos los que invocan el nombre del Señor. A veces hablamos a los amigos acerca de una vida más elevada, sobre alcanzar los más altos grados de santidad y todo ello es muy apropiado y muy bueno, pero la verdad fundamental sigue siendo: "Todo el que invoque el nombre del Señor será salvo." Pedimos a nuestros amigos que sean sanos en doctrina y sepan lo que conocen, que entiendan la voluntad revelada de Dios, y esto es muy adecuado también, pero en primer lugar y por sobre todas las cosas, esta es la verdad elemental y de importancia suprema: "Todo aquel que invocare el nombre del Señor será salvo." Volvemos a esta antigua verdad fundamental en busca de consuelo.

A veces me regocijo en Dios, me gozo en el Dios de mi salvación, y extendiendo mis alas y me remonto en comunión con los lugares celestiales, pero hay otros momentos en que escondo la cabeza en la oscuridad y entonces me alegro de una promesa de Gracia tan amplia como esta: "Todo el que invoca el nombre del Señor será salvo." Me doy cuenta que el estado más dulce, feliz y seguro para mí como pecador pobre, culpable y desamparado es invocar el nombre del Señor, y recibir misericordia de sus manos como uno que nada merece sino su ira, mientras me atrevo a aferrarme con todo el peso de mi alma a una promesa segura como esta: "Todo aquel que invocare el nombre del Señor será salvo." Llegues donde llegues, no importa cuan elevada sea tu experiencia; sea lo que puedes, llegar a ser no importa cuan útil seas, siempre necesitarás volver al mismo punto en que los corazones más pobres y débiles deben estar, y clamar pidiendo ser salvado

por la gracia todopoderosa, por el simple procedimiento de invocar el nombre del Señor.

Así he dicho bastante sobre lo que siempre se necesita: esta liberación, esta salvación.

II. Ahora, en segundo lugar, observamos atentamente EL MÉTODO POR EL CUAL ESTA SALVACIÓN HA DE OBTENERSE. Ayúdanos, bendito Espíritu, en esta meditación nuestra. Según el texto, debe obtenerse invocando el nombre del Señor.

¿No es el sentido más obvio de esta expresión la oración? ¿No somos llevados al señor por una oración que confía en Dios, una oración que pide a Dios la liberación que se necesita, y espera tenerle del Señor, como un don de la gracia? Equivale en gran medida a lo mismo que la otra palabra "Cree y vive," porque ¿cómo invocarán a aquel del cual no han oído? Y si han oído, es en vano su invocación si no han creído al oír. Pero "invocar el nombre del Señor" es orar una oración de fe, clamar a Dios pidiendo su ayuda, y ponerse en su ayuda, y ponerse en sus manos. Esto es muy sencillo, ¿verdad? Aquí no hay una incómoda maquinaria, nada complejo ni misterioso. No se necesita ayuda sacerdotal, salvo la ayuda de gran Sumo Sacerdote, que intercede por nosotros desde dentro del velo. Un pobre corazón quebrantado derrama su angustia en el oído de Dios, y le invoca para que cumpla su promesa de ayuda en el tiempo de necesidad -eso es todo. Gracias a Dios, nada más se menciona en nuestro texto. La promesa es: "Todo aquel que invocare el nombre del Señor será salvo."

Sin embargo el texto contiene una medida de instrucción específica: la oración debe ser dirigida al Dios verdadero. "Todo el que invocare el nombre de Jehová será salvo." Aquí hay algo distintivo; porque uno podría invocar a Baal, otro a Astarot y otro a Moloc, pero estos no serían salvos. La promesa es especial: "Todo el que invocare el nombre de Jehová será salvo." Vosotros conocéis ese nombre Trino: "Padre, Hijo y Espíritu Santo"— ¡invocadle! Vosotros sabéis que el nombre de Jehová se revela en forma más conspicua en la persona del Señor Jesús, ¡invocadle! Invocad al Dios verdadero, No invoquéis un ídolo. No invoquéis a la virgen María, ni a los santos, estén vivos o muertos. No invoquéis imágenes. ¡No invoquéis impresiones de vuestra mente! Invoca al Dios vivo -invoca a aquel que se revela a sí mismo en la Biblia— invoca a aquel que se manifiesta en la persona de su querido Hijo, porque todo aquel que invocare el nombre de este Dios será salvo. Puedes invocar ídolos, pero no te oirán: "Tienen ojos mas no ven; orejas tienen, mas no oyen." No puedes invocar a los hombres porque son pecadores como tú mismo. Los sacerdotes no pueden ayudar no a sus más fervientes admiradores, pero "Todo aquel que invocare el nombre de Jehová será salvo." Entonces, cuidado, porque no es la pura repetición de una oración como una especie de encantamiento, o brujería religiosa, sino que debes hacer una oración directa a Dios, una apelación al Altísimo para que os ayude en el momento de la necesidad. Al presentar una verdadera oración al Dios verdadero serás salvo.

Además, la oración debe ser presentada en forma inteligente. Leemos, "todo el que invocare el nombre del Señor." Ahora bien por la palabra "nombre" entendemos la persona, el carácter del Señor. Entonces, mientras más sabes acerca del Señor, y mejor conoces su nombre, podrás invocar su nombre con mayor inteligencia. Si conoces su poder, invocarás su poder para que te ayude. Si conoces su misericordia, le invocarás en su gracia para que te salve. Si conoces su sabiduría entiendes que El sabe cuáles son tus dificultades, y te puede ayudar a salir de ellas. Si entiendes su inmutabilidad, le invocarás como el mismo Dios que ha salvado a otros pecadores, para que venga y te salve. Así que será bueno que estudies mucho las Escrituras, ores al Señor y te manifieste para que puedas conocerle, puesto que en proporción al conocimiento que de él tengas, con mayor confianza podrás invocar su nombre. Pero, en lo poco que le conoces, invócale de acuerdo con ese poco que de él conoces. Échate sobre él, sea que esta noche tu angustia sea externa

o interna, pero especialmente si es interna, si es problema de pecado, si es la carga de la culpa, si es el peso del horror y el temor debido a la ira venidera, invoca el nombre del Señor y serás salvo. Allí está la promesa. No dice "quizás sea salvo" sino "será." Nótese bien el eterno "será" de Dios, irrevocable, inalterable, incuestionable, irresistible. Su promesa permanece eternamente la misma. El ha dicho y ¿no hará? "Todo el que invocare el nombre del Señor será salvo."

Este camino de salvación en que se invoca el nombre del Señor glorifica a Dios. El no pide nada de ti, pero tú lo pides todo de El. Tú eres el mendigo, El es el benefactor. Tú estás metido en el problema, él es el que te salva. Todo lo que tienes que hacer es confiar en él y pedirle. Esto es bastante fácil. Esto pone las cosas en las manos del Señor, y las saca de tus manos. ¿Te gusta el plan? ¡Ponlo en práctica inmediatamente! Demostrará ser gloriosamente efectivo.

Queridos amigos, me dirijo a algunos de vosotros que estáis bajo grave tribulación. No os atrevéis a mirar a lo alto. Parece que os habéis dado por vencidos; os habéis derrotado a vosotros mismos; sin embargo, os suplico, invocad el nombre del Señor. No podéis perecer orando; a nadie le ha ocurrido eso antes. Si perecéis orando serías una nueva maravilla en el universo. Un alma que ora en el infierno es un absoluto imposible. ¡Un hombre que invoca a Dios y que es rechazado por Dios! Tal suposición no se puede soportar. "Todo el que invocare el nombre del Señor será salvo." Dios mismo debe mentir, debe abandonar su naturaleza, perder su profesión de misericordia, destruir su carácter de amor, si fuera a dejar a un pobre pecador invocar su nombre y se negara a oírle. Vendrá un día pero no es todavía --vendrá un día en el nuevo estado cuando El dirá: "yo llamé, pero vosotros rechazasteis;" pero no es así ahora. Mientras haya vida, hay esperanza. "Si oyereis hoy su voz no endurezcáis vuestros corazones;" invocad a Dios de inmediato, porque esta garantía pasa por todas las regiones de la mortalidad: "todo el que invocare el nombre del Señor será salvo." Recuerdo un tiempo cuando si hubiera oído un sermón sobre este tema, presentado claramente, yo hubiera saltado hacia el consuelo y a luz en un solo instante. ¿No ha llegado ese momento para ti? Yo pensaba, yo debo hacer algo, yo debo en alguna forma prepararme yo mismo para la misericordia de Dios. No sabía que el invocar a Dios, e confiarme a sus manos, una invocación de su sagrado nombre, me llevaría a Cristo, el Salvador. Pero así permanece y así estaba cuando lo descubrí. El cielo se regala. La salvación se puede tener con solo pedirla. Espero que muchos corazones cautivos que están aquí de inmediato den un vuelco para librarse de sus cadenas y clamen: "Todavía es así. Si Dios lo ha dicho, debe de ser verdad. Está en su santa Palabra. Le he invocado y debo ser liberado."

III. Ahora paso a destacar, en tercer lugar, LAS PERSONAS A LAS CUALES ESTA PROMESA Y ESTA LIBERACIÓN SERÁN DADAS. "Todo el que invocare el nombre del Señor será salvo."

Según el contexto, el pueblo había sido grandemente afligido -una aflicción para la cual no había precedentes, afligido al borde mismo de la desesperación, pero el Señor dijo, "Todo el que invocare el nombre del Señor será salvo." Anda al hospital. Podría elegir, si lo prefieres, el hospital que trata con los efectos del vicio. En esa casa de miseria podrías pararte junto a cada cama y decir: "Todo aquel que invocare el nombre del Señor será salvo." Entonces podríamos detenerte a la puerta de cada celda, si, aun a la reja de la celda de los condenados, si hubiera allí hombres o mujeres condenados a muerte, podrías con seguridad decir a cada uno: "Todo aquel que invoca el nombre del Señor será salvo."

Yo sé lo que dirán los fariseos: "Si predicas esto, los hombres seguirán pecando." Siempre ha sido así, que la gran misericordia de Dios ha sido torcida por algunos para convertirla en una razón para seguir pecando. Pero Dios (y esto es lo maravilloso de todo esto) nunca ha restringido

su misericordia por ello. Debe de haber sido una provocación terrible a la gracia del Altísimo que los hombres hayan pervertido su misericordia para hacerla una excusa para pecar, pero el Señor jamás ha disminuido su misericordia por el hecho de que los hombres la hayan mal utilizado: "El todavía la he hecho resplandecer brillante y clara: "Todo el que invocare el nombre del Señor será salvo." Aun el sigue clamando: "Vuélvete y vive." "Deje el impío su camino y el hombre inícuo sus pensamientos y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro el cual será amplio en perdonar." Sin opacarse sigue ese esplendoroso sol que resplandece sobre los más inmundos estercoleros del vicio. Confía en Cristo y vive. Invoca el nombre del Señor y serás perdonado, sí serás rescatado de la esclavitud del pecado, y serás hecho una nueva criatura, un hijo de Dios, un miembro de la familia de la gracia. El más afligido y los más afectados por el pecado se encuentran con esta promesa de la gracia: "Todo el que invocare el nombre del Señor será salvo."

Sí pero según Joel, había algunos, sobre los que se había derramado el Espíritu de Dios. ¿Qué de ellos? ¿Fueron ellos salvados por eso? ¡Oh no! Aquellos que recibieron el Espíritu de Dios, de modo que podían tener sueños y ver visiones, de todos modos debían llegar hasta el palacio de la misericordia por la misma puerta de la oración de fe: "Todo aquel que invocare el nombre del Señor será salvo." ¡Ah, pobres almas! os decís, "¡Si fuésemos diáconos de iglesias, si fuésemos pastores, oh entonces seríamos salvos!" Vosotros no sabéis nada a lo respecto: los oficiales de la iglesia no son más salvos por su oficio que vosotros sin oficio. No debemos nada a nuestra posición oficial en la iglesia en cuanto a la salvación: en realidad podríamos deber nuestra condenación a nuestra posición oficial si no miramos bien nuestros caminos. No hay preferencia para nosotros más que la que tenéis vosotros, que no tenéis oficios. Os aseguro que me siento muy feliz de tomaros la mano, quienesquiera que seáis, y venir a Cristo en el mismo plano que vosotros.

Nada en mis manos traigo, sólo a tu cruz me aferré.

Con frecuencia, cuando he estado animando a un pobre pecador y exhortándole a que crea en Cristo, he pensado: "Bien, si él no bebe esta copa de consuelo, me la beberé yo." Os aseguro, yo la necesito tanto como aquellos a quienes la llevo. He sido tan pecador como cualquiera de ustedes, y por lo tanto, tomo la promesa para mí mismo. El divino cordial no se perderá y lo aceptaré. Vine a Jesús como estaba, cansado, agotado y débil, enfermo y lleno de pecado, y confié en El a mi favor, y encontré paz -paz sobre la misma base que mi texto pone delante de todos vosotros. Si yo tomo esta consolación, vosotros también podéis tomarla, y, sin embargo, sigue tan llena como siempre. No hay restricciones en la palabra "Todo." Vosotras doncellas que tenéis el Espíritu de Dios sobre vosotras, y vosotros ancianos que tenéis sueños, no es el Espíritu de Dios ni el soñar lo que os salvará, sino el que invoquéis el sagrado nombre. Es "Todo el que invocare el nombre del Señor será salvo."

Además había algunos, sobre los que fue derramado el Espíritu Santo. Ellos no hablaron en lenguas, ni anunciaron el futuro, no obraron milagros, pero, aunque no hicieron ninguna de estas maravillas, permaneció la verdad ante ellos:

"Todo el que invocare el nombre del Señor será salvo." Aunque no se les otorgó don sobrenatural alguno, aunque no tuvieron visiones y no pudieron hablar en lenguas, ellos invocaron el nombre del Señor y fueron salvos. El mismo camino de salvación es para el pequeño y para el grande, para el más pobre de todos y para el más oscuro, como para aquellos que son fuertes en la fe y guían las huestes de Dios a la batalla.

"¡Ah!" dice otro, "pero yo soy peor que eso. Yo no tengo buenos sentimientos. Yo daría todo lo que tengo para tener un corazón quebrantado. Quisiera poder sentir desesperación, pero soy duro como una piedra." Se me ha dicho esa triste historia muchas veces, y casi siempre ocurre que quienes más lloran su falta de sentimientos son las que sienten en forma más aguda. Sus

corazones son como acero templado, dicen, pero no es verdad. Pero si fuera cierto, Todo el que invocare el nombre del Señor será salvo." ¿Piensas que Dios quiere que te des a ti mismo un nuevo corazón primero, y que luego El te salvara? Alma querida, tú eres salvo cuando tienes un nuevo corazón, y entonces no quieres que él te salve, puesto que tú eres salvo. "¡Oh, pero debo tener buenos sentimientos!" ¿Debes? ¿De dónde los vas a obtener? ¿Vas a escarbar con rastrillo el estercolero de tu naturaleza depravada para encontrar allí los buenos sentimientos? Ven sin ningún buen sentimiento. Ven tal como eres. Tú que eres como un duro témpano de hielo, que tienes nada de ti mismo, sino aquello que enfría y repele; ven e invoca el nombre del Señor y serás salvo. "Las maravillas de la gracia pertenecen a Dios." No es un pequeño evangelio el que él nos ha enviado para grandes pecadores: "Todo el que invocare el nombre del Señor será salvo."

"Ah," dirá alguien, "no puedo creer que esto sea para mí, porque no soy nadie." Nadie, ¿estás allí? Siento un gran amor para los nadie. Estoy preocupado por los alguien, y el peor alguien del mundo es mi propio alguien. ¿Cómo quisiera poder siempre echar fuera mi alguien y estar en compañía de ningún otro que no sea un nadie! Entonces haría a Jesús mi todo. Nadie, ¿dónde estás tú? Eres exactamente la persona que tengo que buscar. Si hay nada de ti, entonces habrá más de Cristo. Si no solamente estás vacío, sino arruinado y quebrantado, si estás perdido, destruido, arruinado, completamente aplastado y quebrantado, a ti es enviada esta palabra de salvación: "Todo el que invocare el nombre del Señor será salvo."

He abierto las puertas de par en par, Si fuera el camino errado, todas las ovejas irían por él, pero como es el correcto, podría tener la puerta abierta todo lo que quisiera, sin embargo, las ovejas lo evitarían a menos que Tú, Gran pastor, salgas a recorrer el campo durante la noche y las guíes para que entren. Toma en tus brazos algunas de las ovejas que compraste hace tanto tiempo con tu sangre querida, tómalas en tus brazos de gracia, regocijándote en ello, y ponías en el campo donde crecen buenos pastos.

IV. Quiero que meditéis por un minuto EN LA BENDICIÓN MISMA. "Todo el que invocare el nombre del Señor será salvo."

No necesito decir mucho al respecto, porque ya lo he expuesto. Es una regla muy buena, cuando un hombre te hace una promesa debes entenderla en el sentido más estrecho. Es justo para él que lo hagas así. Que él la interprete liberalmente, si él quiere, pero realmente sólo está obligado a darte no más que lo que literalmente su promesa implica. Ahora bien, es una regla que todo el pueblo de Dios podría bien poner en práctica el entender las promesas de Dios siempre en el sentido más amplio posible. Si a las palabras se le puede dar una interpretación mayor que la que a primera vista sugieran naturalmente, puedes entenderlas en ese sentido mayor. "Es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos." Dios nunca pone una línea de término en su promesa, que lo obligue a cumplirla estrechamente. Pero con el Gran Dios ocurre igual que con su amado Hijo que, aunque fue enviado a las ovejas perdidas de la casa de Israel, pasó la mayor parte de su tiempo en Galilea, que era llamada "Galilea de los gentiles," y fue hasta los límites mismos de Cananea para encontrar una mujer cananea a fin de darle su bendición. Tú puedes dar el sentido más grande y el más liberal a un texto como este, porque Pedro lo hizo así. El Nuevo Testamento tiende a dar un sentido amplio a las palabras del Antiguo Testamento. Y lo hace correctamente, porque quiere que tratemos su palabra con la amplitud de la fe.

Si estás sujeto a juicio de Dios, entonces, ven; Si crees que la mano de Dios te ha visitado a cuenta de tus pecados, invócale, y él te salvará tanto, del juicio como de la culpa que provocó el juicio -del pecado y de lo que sigue al pecado. El te ayudará a escapar. Pruébale, te lo suplico.

Si tu caso es diferente, si eres hijo de Dios y estás preocupado, y esta preocupación te corroe el espíritu, y te hace andar diariamente agobiado de espíritu, y con el corazón quebrantado -invoca al Señor. El te va a quitar la preocupación y el problema. "Todo el que invocare el nombre del Señor será salvo." Podría ocurrir que tengas que soportar el problema, pero será transformado de tal manera como para que sea una bendición más que un mal, y te encariñarás con tu cruz puesto que la naturaleza de ella habrá sido cambiada.

Si el pecado es la gran causa de tu problema presente, y ese pecado te ha hecho esclavo de los malos hábitos, si has sido un borracho y no sabes cómo aprender a ser sobrio, si has faltado a la castidad y te has enredado en conexiones viciosas, invoca a Dios, y El te puede apartar del pecado librándote de todas sus complicaciones. El te puede poner en libertad este misma noche con la gran espada de su gracia, y dejarte convertido en un hombre libre. Te digo que, aunque seas como una pobre oveja entre las fauces de un león, listo para ser devorado de inmediato por el monstruo, Dios puede venir y arrancarte de las fauces del león. La presa será quitada al poderoso y el cautivo será liberado. Solamente invoca el nombre del Señor y serás salvo.

V. Para concluir, debo recordaros un pensamiento lamentable. Permitidme que os advierta DEL LAMENTABLE DESCUIDO QUE COMUNMENTE SE PRESTA A ESTA BENDICIÓN.

Uno podría pensar que todos invocarían el nombre del señor. Pero el texto dice: "Porque en el monte de Sion y en Jerusalén habrá salvación, como ha dicho Jehová." Será como el Señor ha dicho. Entonces, ¿no la tendrán? ¡Notad! "Y entre el remanente al cual él habrá llamado." Esa palabra "remanente" me parece consumir del todo. ¡Qué! ¿No vendrán? ¿Están locos? ¿No vendrán? No, solamente un remanente, y aun ese remanente no invocará el nombre del Señor, mientras Dios no lo llame primero por su gracia. Esta es una maravilla casi tan grande como el amor con que lleno de gracia los invita. ¿Podrían los demonios conducirse en peor forma? Si fuesen llamados a invocar a Dios y ser salvos, ¿se negarían a hacerlo?

¡Desdichado asunto! El camino es claro, pero "son pocos los que lo encuentran." Después de toda la predicación, y de toda la invitación, y de la ilimitada amplitud de la promesa son sólo contenidos en el remanente que el Señor llamará los que se salvan. ¿No es nuestro texto una invitación generosa, la apertura de la puerta, más aun, el sacar la puerta de sus goznes, para que no pueda volver a cerrarse? Sin embargo, "ancha es la puerta y ancho es el camino que lleva a la perdición y muchos son los que entran por ella." Allí vienen, corrientes de personas, que impacientemente se apresuran, precipitándose a la muerte y al infierno, sí, palpitando ansiosamente, apresurándose, lanzándose unos contra otros para descender hacia el horrible precipicio desde el cual no hay retorno. No se necesitan misioneros ni ministros para que supliquen a los hombres que vayan al infierno. No se necesitan libros que los persuadan y les exhorten a que se arrojen a la eterna ruina.

Nunca habló el maestro una palabra que en forma más clara fuera demostrada por la observación que cuando dijo: "y no queréis venir a mí para que tengáis vida." Asistiréis a vuestras capillas, pero no invocaréis al Señor. Jesús clama: "Escudriñáis las Escrituras, porque vosotros pensáis que en ella tenéis vida eterna, y ellas son las que dan testimonio de mí; y no queréis venir a mí para que tengáis vida." Haréis cualquier cosa que no sea venir a Jesús. Vosotros os quedáis sin invocarle. Oh, mis queridos oyentes, ¡qué no sea así con vosotros! Muchos de vosotros sois salvos. Os ruego que intercedáis por aquellos que no son salvos. Oh, que los inconversos que hay entre vosotros puedan ser movidos a orar. Antes que dejéis este lugar, haced una ferviente oración a Dios diciendo: "Dios, sé propicio a mí pecador. Señor, necesito ser salvado. Sálvame. Yo invoco tu

nombre." Uníos a mí en oración en este momento, os suplico. Orad conmigo mientras oro poniendo palabras en vuestra boca, y las pronuncio en vuestro favor: "Señor, yo soy culpable. Merezco tu ira. Señor, no puedo salvarme a mí mismo. Señor, yo quisiera tener un corazón nuevo y un espíritu recto, pero, ¿qué puedo hacer? Señor, nada puedo hacer, ven y obra en mí el querer y el hacer por tu buena voluntad.

Le alabaré en vida, le alabaré en la muerte,
le alabaré mientras me conceda aliento;
y cuando el frío rocío de la muerte esté en mi frente,

Pero ahora desde mi alma invoco tu nombre. Temblando, pero creyendo, me arrojo a tus brazos, oh Señor. Confío en la sangre y la justicia de tu amado Hijo. Confío en tu misericordia y tu amor, y en tu poder, según se revela en El. Me atrevo a tomar tu palabra de que todo el que invoca el nombre del Señor será salvo. Señor, sálvame esta noche, en el nombre de Jesús, Amén."

ALEGACIÓN, NO CONTRADICCIÓN

Texto: *"Y ella dijo: Sí, Señor; pero..."*
Mateo 15:27.

Al leer este relato de a mujer sirofenicia, habéis notado los dos hechos mencionados en los versículos veintiuno y veintidós? "Saliendo Jesús de allí, se fue a la región de Tiro y de Sidón. Y he aquí una mujer cananea que había salido de aquella región. Veamos, Jesús, ve hacia la costa de Sidón desde el interior de la tierra, y la mujer de Cananea viene desde la costa a su encuentro, y de ese modo ambos coinciden en el mismo pueblo. ¡Ojala que el caso se repita esta mañana en este tabernáculo! ¡Que nuestro Señor entre en esta congregación poderosamente para echar fuera al diablo, y que alguien, no, y que muchos, hayan venido a este lugar con el propósito de buscar gracia de sus manos! ¡Bendita será la reunión de este día! Veamos ahora la forma en que la gracia de Dios ordena las cosas. Jesús y la persona que busca tiene una atracción mutua. El viene, y ella viene. De nada hubiera servido su venida desde las costas de Tiro y Sidón si el Señor Jesús no hubiera también descendido a la frontera de Israel y Fenicia para encontrarla. El que Jesús haya ido es lo que convierte el venir de ella en un éxito. ¡Qué feliz circunstancia cuando Cristo encuentra al pecador, y el pecador encuentra a su Señor!

Nuestro Señor Jesucristo, como el Buen pastor, vino por ese camino llevado por el instinto de su corazón. Estaba buscando a los perdidos y parecía sentir que había que encontrar a alguien en los términos de Tiro y Sidón, y por lo tanto, debía ir en esa dirección a encontrar a ese alguien. No parece que haya predicado o hecho algo especial mientras estaba en camino. Dejó las noventa y nueve ovejas junto al Mar de Galilea y salió a buscar la pérdida junto a las costas del Mediterráneo. Cuando hubo tratado con ella regresó a sus antiguos lugares en Galilea.

Nuestro Señor fue llevado hacia esta mujer, pero ésta también fue llevada hacia El. ¿Qué hizo que ella lo buscara? Aunque parezca extraño decirlo, un demonio tenía una mano en este asunto, pero no como dar al demonio alguna palabra de elogio. La verdad es que el Dios de toda gracia usó al diablo para conducir a esta mujer a Jesús: su hija estaba "gravemente atormentada por el demonio," y ella no podía soportar el quedarse en casa viendo a su hija en tal miseria. ¡Oh, con

cuánta frecuencia un gran pesar lleva a hombres y mujeres a Cristo, así como un viento salvaje impulsa al marinero a dirigirse precipitadamente a un puerto! He conocido casos en que una aflicción doméstica, una hija enferma, influye en el corazón de una madre para que busque al Salvador. Y sin lugar a dudas muchos padres, quebrantados en espíritu por la probabilidad de perder un hijo amado, han vuelto su rostro al Señor Jesús en su angustia. ¡Ah, mi Señor! Tú tienes muchas formas de traer de regreso tu oveja que vaga descarriada, y para el resto debes enviar el negro perro del dolor y de la enfermedad tras ellas. Este perro entra en la clase y sus aullidos son tan terribles que la pobre oveja vuela hacia el pastor en busca de refugio. Dios lo haga así esta mañana con cualquiera de vosotros que tenga un gran problema en su hogar! ¡Qué la enfermedad de tu hijo pueda obrar tu salud! Sí, ¡qué la muerte de tu hija sea el medio por el que el padre recibe la vida espiritual! ¡Oh, qué tu alma y Jesús se encuentren este día! ¡Vuestro Salvador guiado por el amor y vuestro pobre corazón llevado por la angustia, que así seáis conducidos al punto de encuentro con la gracia!

Ahora bien, vosotros podríais suponer que cuando estos dos se buscaban mutuamente, la feliz reunión y la bendición de gracia se produjeron fácilmente. Pero se dice que "el camino del amor verdadero nunca se recorre con tranquilidad." Y por cierto, el camino de la fe verdadera no se ve libre de problemas. Aquí había amor genuino en el corazón de Cristo hacia esta mujer y fe genuina en su corazón hacia Cristo; pero surgieron dificultades que no podríamos haber esperado. Es para el bien de todos nosotros que ellas hayan ocurrido, pero no podríamos imaginarles. Quizás había dificultades en el camino de esta mujer que en el de cualquier otra persona que haya venido a Cristo en los días de su carne. Nunca antes vi al Salvador en una actitud como la que tenía al hablar a esta mujer de gran fe ¿Habéis leído alguna vez de que haya hablado palabras duras como estas? ¿Salió de su boca alguna vez una frase tan dura como "No está bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perrillos"? ¡Ah! El la conocía bien y sabía que ella iba a soportar la prueba, y recibiría un gran beneficio por ello, y que El podría ser glorificado por la fe de ella a través de los siglos venideros. Por lo tanto, por buenas razones él la hizo pasar por ejercicios atléticos que forman una fe vigorosa. Sin lugar a dudas, por amor a nosotros El hizo que ella pasara por una prueba la que nunca la hubiera expuesto si hubiera sido débil e incapaz de soportarla. Ella fue formada y desarrollada por su desaire. Mientras Su sabiduría la probaba, Su gracia la sustentaba.

Ahora bien, veamos cómo comenzó. El Salvador había venido a la aldea, dondequiera que estuviera; pero no estaba allí públicamente, porque estaba buscando tener un tiempo a solas. Marcos nos dice, en el capítulo siete, versículo veinticuatro: "Levantándose de allí, se fue a la región de Tiro y de Sidón y entrado en una casa, no quiso que nadie lo supiese; pero no pudo esconderse. Porque una mujer, cuya hija tenía un espíritu inmundo, luego que oyó de él, vino y se postró a sus pies."

¿Por qué se estaba escondiendo de ella? El normalmente no elude la búsqueda de un alma en necesidad. ¿Dónde está El? pregunta ella a sus discípulos. Ellos no le dan información alguna. Tenían órdenes del Maestro de cuidarle su deseo de permanecer incógnito. Buscaba la quietud y la necesitaba, de modo que ellos podían discretamente cuidar sus lenguas. Sin embargo, ella lo descubrió y cayó a sus pies. Una pequeña pista le fue dada. Ella descubrió el hilo y lo siguió hasta encontrar la casa, y al Salvador en su lugar de alojamiento. Entonces vino el principio de su prueba. El Salvador se escondía, "pero no se pudo esconder" de su insistente búsqueda. Ella era todo oídos y ojos para él, y nada puede esconderse de una madre ansiosa, deseosa de una bendición para su hija. Perturbado por ella, el Bendito sale a la calle y sus discípulos lo rodean. Ella está decidida a hacerse oír por sobre las cabezas de ellos y por lo tanto comienza a gritar: "¡Ten misericordia de mí, Señor, hijo de David!" A medida que él sigue caminado, ella sigue gritando en

voz alta, y suplicando, hasta que las calles retumban con el sonido de su voz, y Aquel que quería que nadie lo supiera fue proclamado en la plaza del mercado. A Pedro no le gusta; prefiere la adoración silenciosa. Juan se siente perturbado por el ruido: ha perdido una frase del Señor, una frase muy preciosa que el Señor estaba pronunciando en esos momentos. El ruido que la mujer hacía distraía a todo el mundo, de modo que los discípulos vinieron a Jesús y le dijeron: "Despídela, despídela, haz algo por ella, o dile que se vaya; porque grita tras nosotros, y su clamor no nos deja en paz. No podemos oír lo que dices debido a sus lamentos."

Mientras tanto, al darse cuenta que ellos le hablan a Jesús, se acerca, se introduce al círculo más íntimo, se arroja a sus pies, le adora y pronuncia su lastimera oración: "¡Señor, ayúdame!" Hay más poder en la adoración que en el bullicio; ella ha avanzado un paso. Nuestro Señor aun no le ha respondido una palabra. Sin lugar a dudas El ha oído lo que ella ha dicho, pero todavía no le ha respondido una sola palabra. El se ha limitado a decir a sus discípulos: "No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel." Eso no ha impedido que ella se acerque más, ni detuvo su oración, porque ahora ella suplica, "¡Señor, socórreme!" Finalmente el Bendito le habla. Para gran sorpresa nuestra, se trata de un frío desaire. ¡Qué palabra tan fría! ¡Qué cortante! No me atrevo a decir, ¡Qué cruel! Sin embargo, así parece: "No es bueno tomar el pan de los hijos y darlo a los perrillos."

Y ahora, ¿qué hará la mujer? Está cerca del Salvador, tiene audiencia con El, así como está; está de rodillas delante de El, y El parece rechazarla. ¿Cómo actuará ahora? Este es el punto del cual quiero hablar. No será rechazada, ella persevera y avanza más aun, en realidad convierte el rechazo en un argumento. Ha venido en busca de una bendición y una bendición es lo que obtendrá, y seguirá con sus súplicas hasta obtenerla. Así que trata con el Salvador de una manera heroica, y en el estilo más sabio que le es posible, de lo cual quiero que cada uno que busca salvación aprenda una lección en esta oportunidad, y que, como ella, pueda prevalecer con Cristo, y oír que el Maestro le dice esta mañana: "Grande es tu fe, hágase contigo como quieres."

Del ejemplo de esta mujer obtengo tres consejos. Primero, reconoce todo lo que el Señor te diga. Dile: "Sí, Señor," "Verdad, Señor." Dile "Sí: a todas sus palabras. En segundo lugar, argumenta con el Señor —"Sí, Señor, "pero." Piensa en otra verdad, y menciónasela como argumento. Dile: "Señor, debo aprovechar el punto hasta el que he llegado: todavía tengo argumentos que ofrecerte." Y en tercer lugar, en todo caso, ten fe en el Señor, sea lo que fuere que El diga. Ni importa cómo te trate, cree en él con fe sin vacilaciones, y sabe con certeza que El merece toda tu confianza en su amor y poder.

I. Mi primer consejo a todo corazón que busca al Salvador es este: ACEPTA LO QUE EL SEÑOR TE DIGA.

Ella dijo: "Sí, Señor." Dijera lo que dijera Jesús, ella no le contradijo en lo más mínimo. Me gusta lo que otra versión dice: "Es verdad, Señor," porque es muy expresivo. Ella ni dijo: "Es difícil, duro, o poco amable," sino "Verdad señor." "Es verdad que no es bueno tomar el pan de los hijos y darlo a los perrillos. Es verdad que comparada con Israel soy una perra. El que me otorgues esta bendición es como dar a los perrillos el pan de los hijos. Verdad, Señor, es cierto." Ahora, querido amigo, si estás tratando con el Señor por vida y muerte, nunca contradigas Su palabra. Nunca obtendrás la paz perfecta si estás de un ánimo contradictorio, porque esa es una condición de la mente que es soberbia e inaceptable. El que lee la Biblia para encontrarle defectos, pronto encontrará que la Biblia lo encuentra defectuoso a él. Se puede decir del Libro de Dios lo que se dice de su autor: "Si camináis oponiéndoos a mí, yo caminaré contra vosotros." De este Libro puedo decir con verdad: "Con el obstinado te mostrarás obstinado."

Recordad, queridos amigos, que si el Señor os hace recordar vuestra indignidad y vuestra incapacidad, El solamente os está diciendo lo que es verdad, y será sabiduría de vuestra parte decir: "Verdad, Señor." Se te describe descarriado como oveja perdida, y el cargo es verdadero. La Escritura te describe como teniendo una naturaleza depravada, dile: "Sí, Señor." Te describe como de un corazón engañoso, y ese es el corazón que tienes. Por lo tanto, dile: "Verdad, Señor." Te representa como sin fuerzas, y sin fuerzas, y sin esperanzas. Que tu respuesta sea "Sí, Señor." La Biblia nunca da una buena palabra para la naturaleza humana no regenerada, ni ésta la merece. Delata nuestras corrupciones, y deja al desnudo nuestra falsedad, orgullo e incredulidad. No pongas reparos a la fidelidad de la Palabra. Toma la posición más baja y reconoce que eres pecador, perdido desacreditado y desecho. Si la Escritura pareciera degradarte, no te des por ofendido, antes bien, comprende que está tratando contigo en forma honesta. No permitas jamás que tu orgullosa naturaleza contradiga al Señor, porque eso es aumentar tu pecado.

Esta mujer tomó el lugar más bajo que le era posible. No solamente reconoció que era como uno de los perrillos, sino se puso debajo de la mesa de los hijos, y no la mesa del Maestro. Ella dijo: "Los perrillos comen las migajas que caen de la mesa de sus amos." La mayoría de vosotros supusisteis que ella se refería a las migajas que caían de la mesa misma del amo de la casa. Si tenéis la bondad de mirar el pasaje notaréis que no es así. "Sus amos" se refiere a varios amos: la frase es plural, y se refiere a los hijos que eran los pequeños amos de los perros. Así ella se humilló no solamente para ser como un perrillo para su Señor, sino como uno para la casa de Israel, a los judíos. Esto era avanzar mucho, que una mujer patriota, orgullosa de su sangre sidonia reconociera que la casa de Israel era para ella como sus amos, que estos discípulos que acababan de decir: "Despídela," estaban en la misma relación con ella que los hijos de una familia con los perros de debajo de la mesa. La gran fe es siempre hermana de la humildad. No importa cuán bajo Jesús la pone ella se sienta allí. "Sí, Señor." Sinceramente recomiendo a cada uno de mis oyentes que consientan al veredicto del Señor, y no levanten objeciones contra el mayor amigo de los pecadores. Cuando tu corazón está pesado, cuando sientes que eres el peor de los pecadores, te ruego que recuerdes que eres un pecador mayor de lo que tú piensas. Tu propia conciencia te ha puesto muy bajo, pero debes ir más abajo aun, y sólo entonces estarás en el lugar que te corresponde. Porque a decir verdad, tú eres tan malo como puedas ser. Puedes ser peor que los más oscuros de tus pensamientos te hayan pintado. Eres un miserable totalmente carente de méritos, merecedor del infierno, y, sin la gracia soberana, el tuyo es un caso perdido. Si estuvieras en el infierno ahora, no tendrías motivo para quejarte contra la justicia de Dios, porque mereces estar allí. Pido a Dios que cada oyente que aún no ha encontrado misericordia pueda consentir con las declaraciones más serias de la Palabra de Dios, porque todas ellas son verdaderas, y fieles a él. ¡Oh, que quieras decir: "Sí, Señor: no tengo una sílaba que pronunciar en mi defensa"!

Y luego, sí a tu humillado corazón le pareciera una cosa muy extraña el pensar que eres salvo, no luches contra esa creencia. --Si un sentido de la justicia divina te sugiere: "¡Qué! ¡Tú salvado! Seguramente Dios ha sobrepasado toda su misericordia anterior al perdonar a uno como tú." En ese caso El habrá tomado el pan de los hijos para lanzarlo a los perros. Eres tan indigno, tan insignificante e inútil, que aun cuando fueras salvo serías inútil para el servicio sagrado. ¿Cómo puedes esperar la bendición? No trates de argumentar en sentido contrario. Trata de no magnificarte a ti mismo, pero clama: "Señor, reconozco la evaluación que haces de mí. Reconozco francamente que si he sido perdonado, si he sido hecho hijo de Dios, y si entro en el cielo, seré la maravilla más grande del inmensurable amor y de la gracia sin límites que haya vivido sobre la tierra o en los cielos."

Deberíamos estar completamente dispuestos a dar nuestro asentimiento y consentimiento a

cada sílaba de la divina palabra puesto que Jesús nos conoce mejor de lo que nos conocemos a nosotros mismos. El Verbo de Dios sabe más acerca de nosotros que lo que pudiéramos jamás descubrir acerca de nosotros mismos. Somos parciales acerca de nuestra persona, y por eso somos medio ciegos. Nuestro juicio siempre falla en cuanto al justo equilibrio cuando nuestro caso está en la balanza. ¿Cual es el nombre que no esté en la buena consigo mismo? Tus faltas, por cierto, siempre son excusables, y si hace un pequeño bien, es digno de reconocido y de ser estimado al valor de los diamantes de primera selección. Cada uno de nosotros es una persona muy superior; por lo menos eso es lo que nos dice nuestro orgulloso corazón. Nuestro Señor Jesucristo no nos adula; ve nuestro caso tal como es: su ojo escudriñador ve la verdad desnuda de las cosas, y como "el testigo fiel y verdadero" nos trata conforme a las reglas de la rectitud. ¡Oh alma que buscas, Jesús te ama mucho como para adularte! Por lo tanto, te ruego que tengas confianza en él, una confianza tal, que no importando cuánto te reprenda, por su Palabra, por su Espíritu, cuanto te repruebe y aun te condene, tú puedas responderle sin vacilar: "Verdad, Señor; sí, Señor."

Nada se puede ganar con poner reparos al Señor. Un mendigo está a tu puerta y pide limosna. Si comienza una discusión contigo y te contradice, ha errado el camino. Si los mendigos no pueden elegir, ciertamente no deben amar las controversias. Si un mendigo desea discutir, que discuta, pero deje de mendigar. Si él critica la forma en que recibirá el regalo de tu mano, cómo y qué le vas a dar, es muy probable que finalmente nada obtenga. Un pecador crítico, disputando con su Salvador es un necio con letras mayúsculas. En cuanto a mí, tengo el propósito hecho de que disputaré con todos, pero jamás con mi salvador, y especialmente contendereé conmigo mismo, y tendré una reyerta desesperada con mi propio orgullo, pero no tendré ni una sombra de diferencias con mi Señor. Contender con su propio Benefactor es ciertamente una necesidad. Sería necio que el condenado con justicia sea quisquilloso con el Dador de la Ley que está investido de todas las prerrogativas del perdón. En lugar de eso, con el alma y el corazón clama: "Señor, creo todo lo que encuentro en tu Palabra, cuanto leo en las Santas Escrituras, que es la revelación de tu mente, lo creo, lo creeré y debo creerlo, y por lo tanto digo: "Sí, Señor! Es todo verdad aunque me condene para siempre."

Ahora, prestad atención a esto: si en tu corazón te encuentras reconociendo lo que Jesús dice, aun cuando su respuesta haya sido dura, puedes estar seguro de que ello se debe a una obra de la gracia, porque la naturaleza humana es muy arribista y se pone muy por encima de su necia dignidad, y contradice al Señor cuando éste lo trata verazmente y lo humilla. La naturaleza humana, si quieres verla en su verdadera condición, es aquel ser desnudo que está más allá, que soberbiamente procura cubrirse con un vestido diseñado por él mismo. ¡Miradlo! ¡Ha cosido hojas de higuera para hacerse un delantal! ¡Qué desvalido! ¡Con las hojas marchitas se ve peor que desnudo! Sin embargo, esta miserable naturaleza humana se rebela orgullosamente contra la salvación por Cristo. No quiere saber de una justicia imputada; su justicia propia le es mucho más querida. ¡Ay de la corona de orgullo que se constituye en rival del Señor Jesucristo! Amado oyente, si tienes otro modo de pensar, y estás dispuesto a reconocerte pecador, perdido, arruinado y condenado, bien haces. Si esta es tu actitud, que no importa cuan humillante sea la verdad que el Espíritu de Dios te enseñó en Su Palabra, o te enseñó por la convicción en tu conciencia, de inmediato estarás de acuerdo y confesarás: "Así es." Entonces el Espíritu de Dios es el que te ha traído a esta condición humilde, verdadera y de obediencia, y hay esperanzas para ti.

II. Y ahora mi segundo punto es este: aunque no debes poner reparos a Cristo, puedes ARGUMENTAR CON EL. "Sí, Señor," dijo ella, y agregó: "pero."

Entonces, esta es mi primera lección: pon una verdad en frente de otra. No contradigas con

una verdad de reprobación, más bien trae una agradable para enfrentarla. Recuerda como fueron salvados los judíos en los días de Aman y Mardoqueo. El rey emitió un decreto que cierto día, el pueblo podía levantarse contra los judíos y asesinarlos, tomando como botín sus bienes. Ahora bien, de acuerdo con las leyes de Medos y Persas esto no podía ser alterado. El decreto debía permanecer. ¿Entonces, qué? Cómo podría anularse? Enfrentado esa ordenanza con otra. Se emitió, un nuevo decreto por el cual, aunque el pueblo podía levantarse contra los judíos, los judíos podrían defenderse, y si alguien se atrevía a dañarlos, ellos podrían matarlo y tomar como botín sus posesiones. Así un decreto neutralizó al otro.

Con cuánta frecuencia podemos usar el arte sagrado de pasar de una doctrina a otra. Si una verdad la veo demasiado negra para mí, no sería sabio que me mantenga siempre pensando en ella. Será sabio que examine todo el aspecto de la verdad, y vea si no hay alguna otra doctrina a que me dé esperanzas. David puso esto en práctica cuando dijo: "Tan torpe era yo, que no entendía; era como una bestia delante de ti." Y entonces, con toda confianza añade: "Con todo yo siempre estuve contigo; me tomaste de la mano derecha." El no se contradice a sí mismo, sin embargo, con la segunda declaración quita toda la amargura que la primera oración deja en el paladar. Las dos oraciones juntas exponen la suprema gracia de Dios, que permitió que un ser semejante a una bestia pudiera tener comunión con El. Te suplico que aprendas este santo arte de poner una verdad junto a la otra, para que de ese modo puedas tener una visión justa de toda la situación y no desesperes.

Por ejemplo, me encuentro con un hombre que dice: "Señor, el pecado es una cosa terrible; me condena. Creo que nunca podré responder al Señor por mis iniquidades, ni permanecer en Su presencia." Ciertamente esto es verdad; pero recordemos otra verdad: "Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros." "El que no conoció pecado fue hecho pecado por nosotros;" "Ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús." Pon la verdad de nuestro Señor cargando nuestros pecados en frente de la verdad de la culpa y la maldición del pecado que pende sobre ti si estás aparte de su gran Substituto.

"El Señor tiene un pueblo elegido," exclama uno, "y esto me desalienta." ¿Por qué habría de ser así? No contradigas esa verdad; créela como la lees en la Palabra de Dios. Pero escucha como la expresa Jesús: "Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños." Para ti, que eres débil, sencillo y confiado como un bebé, la doctrina está llena de consuelo. Si el Señor va a salvar un número de personas que nadie puede contar, ¿por que no podría salvarme a mí? Es verdad que está escrito: "Todo lo que el Padre me da vendrá a mí"; pero también está escrito: "Y al que a mí viene ni le echo fuera." La segunda parte del dicho debe ser aceptada al igual que la primera.

Algunos tropiezan en la soberanía de Dios. Tendrá misericordia de quien quiera tener misericordia. Podría preguntar con justicia: "¿No haré lo que quiero con lo que es mío?" Amados, no disputéis los derechos del Dios eterno. Es el señor: que El haga como bien le parezca. No disputes con el Rey, antes, ven humildemente a El y argumenta de este modo: "Oh, Señor, solamente tú tienes el derecho del perdón, pero tu Palabra declara que si confesamos nuestros pecados, tú eres fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados; y tú has dicho que todo el que cree en el Señor Jesucristo será salvo." Este argumento prevalecerá. Cuando leas, "Es necesario nacer de nuevo" también dice: De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito para que todo el que cree en El no se pierda mas tenga vida eterna." Así, es claro que el que cree en Cristo ha nacido de nuevo.

Esto me lleva a una segunda recomendación: recibe consuelo aun de una verdad dura. Recibe este consejo dándole preferencia sobre el que ya he dado. La traducción de nuestras

versiones es muy buena, pero debo confesar que ese sentido no refleja todo el sentido de lo que la mujer quería decir. Ella no dijo: "Sí, Señor, pero," como si estuviera levantando una objeción, como ya hemos explicado, sino "Sí, Señor porque." He usado la traducción tradicional, porque expresa la forma en que nuestra mente generalmente mira las cosas. Pensamos que ponemos una verdad frente a otra cuando todas las verdades concuerden y no puede haber conflicto. De la verdad que parece más oscura podemos recibir consolación. Ella dijo: "Sí, Señor; porque los perrillos comen las migajas que caen de la mesa de sus amos." Ella no recibió consuelo de otra verdad que pareciera neutralizar la primera, sino, como la abeja succiona la miel de la hortiga, ella obtuvo ánimo de la severa palabra de Dios —"No es bueno tomar el pan de los hijos y darlo a los perrillos." Ella dijo: "Es verdad, Señor, porque aun los perrillos comen la migajas que caen de la mesa de sus amos." Ella no tenía que dar vuelta las palabras de Cristo. Las tomó como estaban y descubrió el consuelo que había en ellas. Sinceramente os exhorto a que aprendáis el arte de derivar consuelo de cada afirmación de la Palabra de Dios, no necesariamente trayendo a colación una segunda doctrina, sino creyendo que aun la verdad presente que tiene un aspecto amenazador es vuestra amiga.

Te oigo decir: "Cómo puede tener esperanza? Porque la salvación es de Jehová." Pues bien, esa es la razón por la que debes llenarte de esperanza y buscar la salvación en Dios solamente. Si fuera de vosotros mismos, tendríais que desesperar; pero como es de Jehová, podéis tener esperanzas.

¿Gimes, "¡Ay! Nada puedo hacer? Y, ¿qué importa? El Señor todo lo puede. Puesto que la salvación es de Jehová solamente, pídele que sea el Alfa y Omega para ti. Gimes, "yo sé que debo arrepentirme, pero no siento que pueda alcanzar una medida correcta de sensibilidad." Es verdad, y por eso el Señor Jesús está exaltado en lo alto para dar arrepentimiento. No puedes arrepentirte para vida, porque este también es un fruto del Espíritu.

Amados amigos, cuando estaba bajo convicción de pecado oí la doctrina de la soberanía divina: "Tendrá misericordia de quien El tenga misericordia," pero ello no me atemorizó, porque sentí más esperanzas de gracia a través de la voluntad soberana de Dios que por cualquier otro medio. Si el perdón no es una cuestión de méritos humanos, sino una prerrogativa divina, entonces hay esperanzas para mí. ¿Por qué no podría ser perdonado como los demás? Si el Señor tuviera solamente tres elegidos, y estos fueran escogidos según su beneplácito, ¿por qué no podría yo ser uno de ellos? Me puse a sus pies y deseché toda esperanza que no fluyera de Su misericordia. Sabiendo que El salvaría un número que nadie puede contar, y que El podría salvar a cada alma creyese en Jesús, creí y fui salvado. Fue bueno para mí que la salvación no fuera por méritos, porque no tenía mérito alguno. Si quedaba en manos de la gracia divina, entonces podía pasar por aquella puerta, porque el Señor podría salvarme a mí al igual que a cualquier otro pecador y puesto que leí: "Al que a mí viene no le echo fuera," vine y El no me echó fuera.

Correctamente entendida, cada palabra de Dios lleva a Cristo, y ni una sola palabra hace retroceder al pecador que está buscando. Si eres un buen muchacho, lleno de tu justicia propia, cada verdad del evangelio te parecerá negra; pero si eres un pecador que nada merece sino la ira de Dios; si en tu corazón confiesas que mereces la condenación, eres el tipo de persona que Cristo vino a salvar, tú eres el tipo de hombre que Dios eligió desde antes de la fundación del mundo, y tú podréis sin ninguna vacilación, venir y poner tu confianza en Jesús, que es el Salvador de los pecadores. Creyendo en El recibirás una salvación inmediata.

III. En tercer lugar, en cualquier caso, sea lo que fuere que Cristo diga o no diga TEN FE EN EL. Mira la fe de esta mujer y trata de copiarla. Su fe creció en su comprensión de

Jesús.

Primero, El es el Señor de misericordia; ella clamaba: "Ten misericordia de mí." Querido oyente, ten suficiente fe para creer que necesitas misericordia. La misericordia no es para los que creen tener méritos. El reclamo del meritorio es por justicia, no por misericordia. El culpable necesita y busca misericordia, y solamente esto. Cree que Dios se deleita en la misericordia, se complace en perdonar donde no hay razón para perdonar, salvo su propia bondad. Cree también que el Señor Jesucristo a quien predicamos es la encarnación de la misericordia. Su existencia misma significa misericordia para ti, su palabra significa misericordia; Su vida, su muerte, su intercesión en los cielos, todo significa misericordia, misericordia, misericordia, ningún otra cosa sino misericordia. Tú necesitas la misericordia divina: El es el Salvador que tú necesitas. Cree en El y la misericordia de Dios será tuya.

Esta mujer también lo llamó Hijo de David, en lo cual reconocía Su humanidad y su carácter real para con los hombres. Piensa en Jesús como Dios sobre todas las cosas. Bendito para siempre, que ha hecho los cielos y la tierra, y sustenta todas las cosas por su poderosa palabra. Sabe que se hizo hombre, velando su divinidad en este pobre barro nuestro: como bebé aferrado del pecho de una mujer; se sentó como hombre cansado a la orilla del pozo, murió entre malhechores sobre la cruz, y todo esto por amor al hombre. ¿No puedes confiar en este Hijo de David? David era muy popular porque entraba y salía entre el pueblo, y demostró ser un rey del pueblo. Eso es Jesús. David reunió en torno suyo una compañía de hombres que se apegaron mucho a él, porque cuando llegaron a él era una banda completamente acabada, estaban en deuda y descontentos; todos los expulsados de los dominios de Saúl se reunieron alrededor de David, y éste se convirtió en su capitán.

Mi Señor Jesucristo es escogido del pueblo, elegido por Dios con el propósito de ser nuestro hermano, un hermano nacido para la adversidad, que ha venido a asociarse con nosotros pese a nuestra insignificancia y miseria. Es el amigo de hombres y mujeres que están arruinados por la culpa y el pecado que cargan. "Este a los pecadores recibe y con ellos come." Jesús es el líder bien dispuesto de un pueblo pecaminoso e inmundo, al cual eleva a una posición de justificación y santidad y lo hace habitar consigo en gloria para siempre. ¡Oh, ¿no confiarás en un Salvador como éste? Mi Señor ni vino al mundo a salvar gente superior, que piensa que han nacido santos. Jesús vio a salvar a los perdidos, los miserables, culpables e indignos. Que los tales se acerquen a El, como las abejas se agrupan alrededor de la abeja reina, porque El fue ordenado con el propósito de reunir a los escogidos de Dios, como está escrito: A él se congregará el pueblo."

Esta mujer creyente podría haber sido animada por otro tema. Nuestro Señor dijo a sus discípulos: "No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel." "¡Ah!" piensa ella, "El es pastor de ovejas perdidas. Sea cual fuere Su rebaño, El es un pastor, y tiene entrañas compasivas hacia las ovejas perdidas; seguramente El es una persona a la que puedo mirar con confianza." ¡Ah, querido oyente! Mi Señor Jesucristo es un pastor por oficio y por naturaleza, y si tú eres una oveja perdida, estas son buenas nuevas para ti. Hay un instinto santo en El que lo hace reunir los corderos en sus brazos, y lo hace buscar a los perdidos que se descarriaron en el día oscuro y brumoso. Confía en El porque te está buscando; si ven a El ahora, y quédate con el.

Más aun, esta mujer tuvo fe en Cristo en el sentido de que era como una gran cabeza de familia. Ella parece decir: "Esos discípulos son como hijos sentados a la mesa, y él los alimenta con el pan de su amor. El le hace una fiesta tan grande, les da tanto alimento, que si mi hija fuera sanada, sería una cosa grande y bendita para mí, pero para él no sería sino como si una migaja que cayese bajo la mesa, y un perro se la comiera." Ella no pide que le arroje una migaja, sino solamente que se le permita coger una migaja que haya caído de la mesa. Ella ni siquiera pide una

migaja que el Señor le pudiera arrojar, sino una que los hijos hubieron dejado caer; ellos generalmente dejan caer migajas. Observo que en el griego ni dice "perros" sino "perritos"; así mismo, la palabra "Migajas" es migajitas o trocitos pequeños, insignificantes, caídos por accidente. Pensad en esta fe. Que el demonio fuera expulsado de su hija era la cosa más grande que pudiera imaginar; sin embargo, tiene una creencia tal en la grandeza del Señor Jesucristo, que, pensaba ella, sanar a su hija para El no era más que para una gran cabeza de familia dejar que un pobre perrillo coma las migajitas que los hijos dejan caer. ¿No es esa una fe espléndida?

Y ahora, ¿no puedes ejercer una fe como esa? ¿No puedes creer --tú un pecador condenado y perdido— que si Dios te salva será la más grande maravilla que haya habido, y que para Jesús, que hizo por sí mismo un sacrificio por los pecados, ello no será más que si este día tu perro o tu gato come una migaja que uno de tus hijos haya dejado caer de la mesa? ¿No puedes pensar que Jesús es tan grande que lo que para ti significa el cielo, para él será solamente como una migaja? ¿No puedes creer que él puede salvarte prontamente? En lo que a mí respecta, yo creo que mi Señor es un Salvador tal que puedo confiarle completamente mi alma, y eso sin dificultad. Y os diré algo más: si yo tuviera todas vuestras almas en mi cuerpo, todas ellas las confiaría a Jesús. Sí, y si yo tuviera un millón de almas pecadoras en mí mismo, confiaría libremente en el Señor Cristo con todas ellas, y diría: "Estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día."

No supongáis que hablo así porque estoy consciente de que haya alguna bondad propia en mí. De ninguna manera. La confianza no la tengo puesta en mí en ningún grado, ni en alguna cosa que pueda hacer o llegar a ser. Si yo fuera bueno no confiaría en Jesús, No podría. ¿Por qué? Tendrías que confiar en mí mismo. Pero, debido a que no tengo nada de mí mismo estoy obligado a vivir por fe, y me regocijo de que pueda ser así. Mi Señor me da un crédito ilimitado en el Banco de la fe. Estoy profundamente endeudado con El, y estoy decidido a endeudarme más aún. Pecador como soy, si fuera un millón de veces tan pecador como soy, y entonces tuviera un millón de almas un millón de veces más pecadores que la mía, todavía confiaría en su sangre redentora para limpiarme, y en El para salvarme. Por tu agonía, y por tu sudor de sangre, por tu cruz y tus padecimientos, por tu muerte preciosa y por tu sepultura, por tu gloriosa resurrección y tu ascensión, por tu intercesión en favor del culpable a la diestra de Dios, oh Cristo, yo siento que puedo reposar en Ti. Que todos vosotros lleguéis a este punto, que Jesús es abundantemente poderoso para salvar.

Has sido un ladrón, ¿verdad? La última persona que estuvo en cercana compañía del Señor sobre la tierra fue el ladrón moribundo. "Oh," pero tú dices, "He sido malo en la vida, me he contaminado con toda especie de mal." Pero todos aquellos con los cuales se asocia ahora fueron sucios una vez; porque ellos confiesan que han lavado sus ropas y las han emblanquecido en Su sangre. Sus vestiduras estuvieron tan inmundas que nada, sino la sangre de su corazón, podía blanquecerlas. Jesús es el gran Salvador, más grande que lo que mi lengua pueda describir. No puedo describir su gran valor, no lograría hacerlo aun cuando pudiera describir el cielo en cada palabra, y expresar la infinitud en cada oración. Ni siquiera todas las lenguas de los hombres o de los ángeles puedan exponer en forma completa la grandeza de la gracia de nuestro Redentor. ¡Confía en El! ¿Tienes miedo de confiar en El? Entonces huye precipitadamente. Arriésgate a hacerlo.

Atrévete con El, arriésgate completamente, no admitas que otra confianza intervenga.

“Mirad a mí," dice él, "y sed salvos todos los términos de la tierra, porque yo soy Dios y no hay más." ¡Mirad! ¡Mira ahora! ¡Mírale a él solamente! Cuando le estés mirando con la mirada de la fe, El te mirará con amorosa aceptación, y te dirá: "Grande es tu fe; sea hecho como tú quieres." Serás salvo en la misma hora; y aunque hayas venido a esta casa de oración gravemente afligido

por un demonio, saldrás en paz con Dios, y tan en paz como un ángel. ¡Qué Dios te conceda esta bendición, por amor de Cristo! Amén.

ORACIÓN DE DAVID EN LA CUEVA

Texto: *"Masquil de David. Oración que hizo cuando estaba en la cueva."*

Salmo 141

Oración que hizo cuando estaba en la cueva." David oró cuando estaba en la cueva. Si cuando estaba en el palacio hubiera orado tan sólo la mitad de lo que lo hacía en la cueva, hubiera sido mejor para él. Pero, ¡ay! cuando era rey lo hallamos levantándose tarde de la cama, mirando desde el techo de la casa y cayendo en tentación. Si hubiera estado mirando al cielo, si su corazón hubiera estado en comunión con Dios, jamás hubiera cometido el gran crimen que tan profundamente había manchado todo su carácter.

"Oración que hizo cuando estaba en la cueva. "Dios oirá la oración en la tierra y en el mar, y hasta en lo profundo del mar. Recuerdo que un hermano, mientras oraba, usó esta expresión. Alguien que estaba en la reunión de oración estaba asombrado por ello, y preguntó: "Cómo podría Dios oír la oración hecha desde lo profundo del mar?" El preguntar tal cosa averiguamos que el hombre que había pronunciado tales palabras era un buzo, y que con frecuencia descendía al fondo del mar después de los naufragios. Nuestro Dios no es el Dios de las montañas solamente sino también de los valles. Es Dios del mar y de la tierra. Oyó a Jonás cuando el profeta desobediente estaba en los cimientos de los montes, y la tierra con sus barrotes parecía haber echado sus cerrojos sobre él para siempre. Dondequiera que trabajes puedes orar. Dondequiera que estés enfermo puedes orar. No hay lugar donde estés desterrado y Dios no esté cerca, y no hay momento, día o noche, en que su trono sea inaccesible.

"Oración que hizo cuando estaba en la cueva " Las cuevas han escuchado las mejores oraciones. Algunas avejillas cantan mejor en sus jaulas. He oído que algunas personas de Dios dan el mejor de sus brillos en las tinieblas. Hay muchos herederos del cielo que nunca oran tan bien como cuando son llevados a orar por la necesidad. Algunos cantarán en voz alta en sus lechos de enfermos, voces que casi no se oían cuando estaban bien; y algunos cantarán altas alabanzas dignas de Dios en el fuego, personas que no le alababan como debieran antes que les viniera la prueba. En el horno de la aflicción con frecuencia muestran los santos lo mejor de sí. Si alguno de vosotros está esta noche en posiciones oscuras y deprimentes, si vuestras almas están agobiadas en vosotros, que este llegue a ser un momento especial para una comunión e intercesión peculiarmente prevalente, y que la oración desde la cueva sea la mejor de tus oraciones.

Esta noche usaré la oración que David hizo en la cueva para representar las oraciones que los hombres piadosos hacen cuando están en tribulación. Pero primero, hablaré de ello como un cuadro de la condición de un alma bajo una profunda convicción de pecado. Este Salmo de la cueva tiene una gran semejanza con el carácter de un hombre bajo convicción de pecado. Luego lo usaré para representar la condición de un creyente perseguido; y en tercer lugar, hablaré de él como que revela la condición de un creyente que está siendo preparado para una mayor honra y servicio más amplio que lo que antes haya tenido.

I. En primer lugar, permítanme tratar este salmo y usarlo como un cuadro de LA CONDICIÓN DE UN ALMA BAJO UNA PROFUNDA CONVICCIÓN DE PECADO.

Hace algún tiempo estabas en el campo abierto del mundo pecando con la mano en alto, arrancando las flores que crecen en los valles envenenados, y disfrutando con sus perfumes mortales. Estabas muy feliz con tu corazón pecaminoso, tan feliz como se pueda llegar a ser, porque eras frívolo, descuidado e irreflexivo; pero agradó a Dios atraerte.

Fuiste aprehendido por Cristo, y fuiste puesto en prisión y ahora tus pies estaban amarrados en el cepo. Esta noche te sientes como uno que ha pasado del sol brillante y del aire perfumado a una caverna oscura y fétida, donde ves muy poco, no hay comodidades y parece no haber esperanzas de escape.

Ahora bien, de acuerdo con el Salmo que tenemos delante de nosotros, que vale tanto para nosotros como para David, tu primera ocupación debiera ser recurrir a Dios. Conozco tus dudas y tus temores de Dios. Entiendo cuan atemorizado te sientes ante la sola mención de Su nombre, pero te exhorto, si has de salir de tu presente estado de depresión, acude inmediatamente a Dios. Mira, el Salmo comienza: "Con mi voz clamé a Jehová; con mi voz pediré a Jehová misericordia." Ve a casa y clama a Dios con tu Voz; pero si no tienes un lugar donde puedas usar tu voz; clama a Dios en silencio; pero clama a El. Mira hacia Dios, allí, y solamente allí, hay esperanza.

"Pero he pecado contra Dios," dices. Pero Dios está dispuesto a perdonar. El puede perdonar en forma justa la mayor de las ofensas. Mira hacia Dios y comienza a orar. Conozco hombres que apenas creyeron en Dios hicieron esto; pero sintieron un débil deseo de hacerlo y clamaron. Ha sido una pobre oración; sin embargo, Dios la ha oído. He sabido de algunas que han clamado a Dios con muchísima desesperación. Cuando apenas habían creído que habría algún provecho en ello, todavía se trataba de eso o nada. Y sabían que no les haría daño orar, de modo que se pusieron de rodillas y clamaron. Es maravilloso ver qué oraciones tan pobres Dios oye y responde. Oraciones que no tienen piernas para correr, manos para aferrarse, y muy poco corazón, sin embargo, Dios las ha oído y las ha aceptado. Ponte de rodillas, si tu corazón suspira a causa del pecado. Si la oscura tristeza de tus iniquidades se está haciendo cada vez más grande a tu alrededor, clama a Dios, y El te oirá.

Lo que hay que hacer enseguida es presentar ante Dios una completa confesión. David dice: "Delante de El expondré mi queja; delante de él manifestaré mi angustia." El corazón humano anhela expresarse; un dolor que se calla quedará en el alma y la asfixiará, hasta que su negro humo haga que se asomen los ojos mismos del espíritu. No es malo que a veces hables a un amigo cristiano acerca de la angustia de tu corazón. No te estimularía a que hagas eso en primer lugar. De ningún modo. Pero podría ser útil a algunos. Pero, sea como sea, haz una completa confesión al Señor. Dile que has pecado. Dile que has tratado de salvarte a ti mismo, y has quedado quebrantado. Dile cuan miserable eres, cuan cambiante y voluble, orgulloso y libertino, cómo tu ambición se ha llevado como desenfrenado corcel. Dile todas tus faltas, hasta donde puedas recordarlas. No trates de ocultar nada de Dios; no puedes hacerlo, porque El todo lo sabe. Por lo tanto, no vaciles en decírselo todo, el más oscuro de tus secretos, el pecado que no quisieras susurrar al vendaval vespertino. Dile todo, todo. La confesión a Dios es buena para el alma. "El que confiesa sus pecados y se aparta alcanzará misericordia."

Insto a quienquiera de vosotros que ahora se encuentre en la cueva tenebrosa, que busque un lugar secreto y tranquilo, y a solas con Dios, derrame su corazón delante de El. David dice: "Delante de él manifestaré mi angustia." No pienses que el uso de palabras piadosas va a servir de algo. No son puras palabras las que tienes que emitir, tienes que plantear toda tu angustia delante de Dios. Como un niño le cuenta a su madre sus penas, dile al Señor todas tus angustias, tus quejas, tus miserias, tus temores. Confiésale todo, y tu espíritu recibirá un gran alivio. Así que en primer lugar recurre a Dios. En segundo lugar, haz una confesión a Dios.

En tercer lugar, reconoce delante de Dios que no hay esperanza para ti sino solamente en Su misericordia. Dilo como David lo pone: "Mira a mi diestra y observa, pues no hay quien me quiera conocer." Hay solamente una esperanza para ti, reconócelo. Quizás hayas estado tratando de ser salvo por tus buenas obras. Aun cuando las amontones, carecen por completo de valor. Posiblemente esperes ser salvado por tu religiosidad. La mitad de ello es hipocresía, y ¿cómo podría un hombre esperar salvación por su hipocresía? ¿Esperas ser salvo por tus sentimientos? Cambiantes como el tiempo son: una ráfaga de viento cambiará todos tus finos sentimientos en murmuraciones y en rebelión contra Dios ¡Oh, amigo! ¡No puedes cambiar la ley de Dios! La observancia perfecta de los mandamientos de Dios te salvaría si nunca hubieras cometido un pecado, pero habiendo pecado, aun eso no te salvará ahora, porque la obediencia futura no borrará tu desobediente pasado. Aquí, en Cristo Jesús, a quien Dios ha puesto en propiciación por los pecados, está la única esperanza para ti. Aférrate de El. En la cueva de tus dudas y temores, con la pegajosa humedad de tu desesperación a tu alrededor, helado y entumecido por el temor de la ira venidera, aventúrate, sin embargo, a hacer de Dios en Cristo su única confianza, y recibirás la perfecta paz.

Además, si entonces aún te encuentras en la cueva de la duda y el pecado, atrévete a suplicar a Dios que te ponga en libertad. No puedes ofrecer una oración, mejor que la de David en la cueva: "Saca mi alma de la cárcel para que alabe tu nombre." Esta noche te encuentras en una prisión y no puedes salir de ella por tus propios recursos. Puedes tomar los barrotes y tratar de sacudirlos hacia adentro y hacia afuera, pero estarán firmes en sus bases, y no se romperán en tus manos. Puedes meditar, pensar, inventar y excogitar pero no puedes abrir esa puerta de acero. Pero hay una mano que puede romper la puertas de bronce, un poder que corta las barras de hierro. ¡Oh hombre que te encuentras en jaula de acero, hay una mano que puede hacer polvo tu jaula, y darte la libertad! No tienes por qué ser un prisionero; no tienes por qué permanecer encerrado. Puedes caminar libremente en Jesucristo el Salvador. Solamente confía en El y con fe repite esa oración esta noche: "Saca mi alma de la cárcel para que alabe tu nombre!" y él te libraré. ¡Ah, los pecadores alaban el nombre de Dios cuando salen de la cárcel! Recuerdo que, cuando fui puesto en libertad, sentía ganas de cantar todo el tiempo, y podría bien haber usado el lenguaje de Carlos Wesley:

¡Oh, que tuviera lenguas mil, para alabar a mi Redentor!

Mi viejo amigo, el Dr. Alejandro Fletcher, parece levantarse delante de mí ahora, porque recuerdo haberle oído decir a los niños que, cuando los hombres salen de la cárcel alaban a la persona que los liberó. Un día caminaba por el tribunal de lo criminal y vio a un muchacho que se paraba de cabeza, hacía volteretas, bailaba al estilo de los marineros y saltaba de mil maneras. Le preguntó: "¿Qué te pasa? Se ve que estás tremendamente feliz." El muchacho respondió: "¡Ah, venerable caballero, si usted hubiera estado encerrado durante seis meses, y acabara de salir, también estaría feliz!" No me cabe duda que eso es muy cierto. Cuando un alma sale de una prisión muchísimo peor de lo que jamás haya sido Newgate, entonces debe alabar "la gracia soberana y el amor que dio su vida," y "haría sonar las campanas maravillosas" repetidas veces, y toda su vida la haría música con las alabanzas al Cristo libertador.

Ahora, éste es mi consejo para vosotros los que estéis en la cueva con el alma angustiada. ¡Qué Dios bendiga! No necesitas prestar atención a nada más de lo que voy a decir esta noche. Si estás bajo convicción de pecado, presta atención a lo que he estado diciendo, y que los demás atiendan al resto del sermón que le vendrá en forma muy especial.

II. Paso a mi segundo punto. Este salmo podría bien ayudar a presentar LA CONDICIÓN DE UN CREYENTE PERSEGUIDO.

¡Un creyente perseguido! ¿Los hay en la actualidad? ¡Ah, queridos amigos, hay muchos! Cuando un hombre se convierte, inmediatamente llega a ser diferente del resto de sus semejantes. Cuando vivía hacia la calle, un día estaba parado en la ventana meditando sobre lo que sería mi sermón, y no podía encontrar un texto, cuando repentinamente vi un grupo de pájaros volando. Había un canario que había escapado de su jaula, y volaba sobre los techos de las casas de enfrente. Le seguía una veintena de gorriones y otras aves ordinarias. Entonces pensé en ese texto: "No es mi heredad para mí como ave de muchos colores? ¿No están contra ella aves de rapiña en derredor?" Parecían decirse unas a otras: "Aquí hay un pájaro amarillo; nunca hemos visto tal en Londres. No tiene nada que hacer aquí. Quitémosle su hermoso abrigo, matémoslo, o hagamos que sea oscuro y apagado como nosotros." Esto es exactamente lo que los hombres del mundo tratan de hacerles a los cristianos, este hombre piadoso trabaja en una fábrica, o aquella muchacha trabaja en el empaque de libros, o aquel otro trabaja donde hay muchos empleados. Tales personas tienen tristes historias sobre la forma en que se les ha perseguido, ridiculizado y han sido objetos de burlas por sus compañeros impíos. Ahora estás en la cueva.

Puede ocurrir que estés en la condición aquí descrita: casi no sabes qué hacer. Estás como David cuando escribió el versículo tres: "Cuando mi espíritu se angustiaba dentro de mí." Los perseguidores se han puesto en tu contra de tal modo, y esto es tan nuevo para ti como recién convertido, que estás completamente confundido, y te resulta cosa difícil decidir lo que debes hacer. Son tan duros, tan fieros, son tan constantes, encuentran tus puntos sensibles, y saben tocar exactamente donde te duele, de modo que no sabes qué hacer. Eres como una oveja en medio de lobos. No sabes qué camino tomar. Bueno, entonces dile al Señor lo que David le dijo: "Cuando mi espíritu se angustiaba dentro de mí, tú conociste mi senda." Dios conoce exactamente dónde te encuentras y lo que tienes que soportar. Ten confianza que cuando no sabes qué hacer, él puede dirigir tu camino, y lo hará, si confías en él.

Además, podría ser que estés siendo tentado poderosamente. David dijo: "En el camino que andaba, me escondieron lazo." Es lo que ocurre frecuentemente con los jóvenes en los almacenes, o donde hay una cantidad de empleados en una empresa. Descubren que un joven se ha convertido, que ahora es creyente, y tratan de hacerle tropezar y caer. Si pueden, van a idear un plan que les permita hacerle aparecer como culpable, aunque no lo haya sido. ¡Ah, necesitarás mucha sabiduría! Ruego a Dios que no cedas jamás a la tentación, y que puedas, por la gracia divina, defenderte. Los jóvenes soldados cristianos tienen momentos muy difíciles en las barracas, pero espero que ellos puedan probarse a sí mismos que son verdaderos soldados y no cederán ni siquiera una pulgada ante quienes quieren llevarlos hacia caminos extraviados.

Además de eso, será muy penoso si tus amigos se vuelven en tu contra. David dice: "No hay quien me quiera conocer" ¿Te ocurre lo mismo? ¿Están tu padre y tu madre en contra tuya? ¿Está tu esposa en tu contra? ¿Te llaman tus hermanos "vulgar hipócrita"? ¿Te apuntan con el dedo escarnecedor cuando llegas a casa? Y con frecuencia, cuando vuelves de haber estado en la mesa del Señor donde estuviste tan feliz, ¿tienes que oír, como primera cosa al regresar a casa, juramentos y blasfemias? Sé que así ocurre a muchos de vosotros. La Iglesia de Cristo en Londres es como Lot en Sodoma. Los que buscan tiempos más luminosos deben de estar buscando con los ojos cerrados. Hay una solemne ocasión para que los cristianos oren por los jóvenes que se convierten en una ciudad como ésta, porque sus peores enemigos con frecuencia son las de su propia familia. "No le importaría tanto," dice alguna, "si tuviera un amigo cristiano en quien

refugiarme. Hablé a uno el otro día, y pareció no interesarse en mí."

Os diré lo que hiere a un joven convertido. Está ante vosotros un recién convertido. Ha dado su corazón a Cristo en forma real, en amor. El jefe o gerente de donde trabaja es cristiano. Se siente ridiculizado y se atreve a hablar a este creyente. Termina con él; en un momento, y no simpatiza con él. Bueno, hay otro creyente antiguo trabajando cerca en el mismo banco, y el nuevo convertido comienza a contarle algo de sus problemas, pero se muestra muy enfadado y malhumorado. He notado que hay algunos cristianos que parecen estar muy encerrados en sí mismos, y parecen no darse cuenta de las dificultades de los principiantes en la vida divina. ¡Qué no sea así entre vosotros! Mis amados hermanos y hermanas, cultivad un gran amor hacia aquellos que, habiendo entrado el ejército de Cristo, se encuentran muy acosados por los adversarios. Ellos están en la cueva. No os desentendáis de ellos. Están tratando de hacer lo mejor que pueden; ponedlos junto a ellos. Decidles: "Yo también soy creyente. Si estás honrando a ese joven al tratar de ridiculizarlo, déjame recibir también la parte que me corresponde, porque yo también creo lo que él cree."

¿Haréis eso? Estoy seguro que algunos de vosotros sí lo haréis. ¿Te pondrías junto al hombre de Dios que vindica la verdad revelada del Señor? Algunos de vosotros lo haréis, pero hay muchas personas que quieren mantener intacta la piel sobre su cuerpo, y si pueden escabullirse de cualquier lucha por la justicia, se alegran de poder irse a casa y meterse en la cama, para dormir hasta que la batalla haya terminado. ¡Qué Dios nos ayude para tener en nosotros más del carácter del león, y no tanto del perro! Dios nos conceda la gracia de estar con los que están por Dios y por su Cristo cien por cien y que podamos ser recordados con ellos el día de Su venida!

Quizás tu peor punto sea que sientes muy débil. Dices: "No me importaría la persecución si me sintiera fuerte, pero soy tan débil." Ahora bien, toma la precaución de distinguir siempre entre sentirse fuerte y de ser fuerte. El hombre que se siente fuerte es débil y el hombre que se siente débil es el que tiene fuerza. Pablo dice: "Cuando soy débil, soy fuerte." David dice en su oración: "Líbrame de los que me persiguen, porque son más fuertes que yo." Refúgiate en el poder de Dios. Ora mucho; toma a Dios por tu refugio y por tu porción. Ten fe en El, y serás más poderoso que tus adversarios. Parecía que ya te hacen retroceder, pero pronto estarás recuperado. Te pueden plantear problemas que no puedes resolver; te enfrentan con sus conocimientos científicos, y podrías estar en desventaja, pero no te preocupes: el Dios que te condujo a la cueva invertirá las cosas a tu favor uno de estos días. Sólo sigue adelante, y resiste hasta el fin.

Más bien me alegro que haya dificultades en el hecho de ser cristiano, porque ha llegado a ser algo muy generalizado el profesarse cristiano. Si estoy en lo correcto, va a llegar a ser algo mucho menos común de los que ahora es el que un hombre diga: "Soy cristiano." Vendrán tiempos cuando las líneas estarán firmemente definidas. Algunos de nosotros trataremos de ayudar a que se definan si podemos, cuando los hombres lleven el nombre de cristianos, y luego actúen como mundanos, y amen las diversiones y vanidades de los mundanos. Ya es tiempo que haya una división en la casa de Dios, y que los "síes" vayan por un pasillo y los "noes" vayan por otro. Ya es demasiado el tiempo que hemos estado juntos, mezclados. Y ojala pronto venga el día cuando cada cristiano tenga que pasar por persecuciones. Será una buena cosa para los creyentes genuinos. Será como soplar la paja separándola del trigo. Tendremos lo más puro del oro cuando el fuego alcance su mayor calor, y el crisol sea puesto sobre él, porque entonces la escoria será separada del metal precioso. Ten valor, hermano mío, si estás en la cueva, el Señor te sacará de ella en su momento oportuno!

III. Para concluir, quiero hablar un poco sobre LA CONDICIÓN DE UN CREYENTE QUE ESTA SIENDO PREPARADO PARA UNA MAYOR HONRA Y PARA

UN SERVICIO MAS AMPLIO.

No es curioso que, cuando Dios quiere hacer grande a un hombre, primero lo rompe en pedazos? Había un hombre a quien el Señor quería hacer príncipe. ¿Cómo lo hizo? Pues, le salió al encuentro una noche y luchó con él. Siempre oís de la lucha de Jacob. Bien, me atrevo a decir que lo hizo, pero no era Jacob el principal luchador: "Luchó con él un varón hasta que rayaba el alba." Dios le tocó a Jacob el sitio del encaje de su muslo, y se lo descoyuntó antes de llamarlo "Israel," esto es, "príncipe de Dios." La lucha era para quitarle las fuerzas propias, y cuando se le hubieron agotado las fuerzas, Dios lo llamó príncipe. Ahora David iba a ser rey sobre todo Israel. ¿Cuál era el camino a Jerusalén para David? ¿Cuál era el camino al trono? Bueno, pasaba por la cueva de Adulam. Debía ir allá, ser un proscrito, un paria, porque ese era el camino que lo llevaría a ser el rey.

¿No habéis notado en vuestras propias vidas, que cada vez que Dios va a daros un crecimiento, para llevaros a una mayor esfera de servicio, o a un nivel más elevado de vida espiritual, primero sois derribados? Esa es su forma de trabajar. Hace que tengas hambre antes de darte de comer, te desnuda antes de vestirte; te hace nada antes de hacer algo de ti. Este fue el método empleado con David. Iba a ser rey en Jerusalén, pero para llegar al trono debía seguir el camino que pasaba por la cueva. Ahora bien, ¿algunos de los que están aquí, no están yendo al cielo, o yendo hacia un estado superior de santificación, o a una esfera mayor de utilidad? No te asombres si tu camino pasa por la cueva. ¿Por qué es así?

Es, en primer lugar, debido a que si Dios quiere hacerte una persona de gran utilidad, debe enseñarte a orar. El que es un gran predicador, pero no puede orar, llegará a un mal fin. La mujer que no ora, pero que es notable como maestra de una clase bíblica, ya ha llegado a un mal fin. Si puedes ser grande sin orar, tu grandeza será tu ruina. Si Dios tiene el propósito de bendecirte en gran forma, hará que ores en gran forma, como la hace con David, que dice en esta parte de su preparación para su ascensión al trono: "Clamé al señor con mi voz; con mi voz pedí a Jehová misericordia."

Además, la persona a quien Dios quiera honrar grandemente, debe creer siempre en Dios cuando ya no sabe qué hacer. "Cuando mi espíritu se angustiaba dentro de mí tú conociste mi senda." ¿Nunca llegas al punto de no saber qué hacer? Entonces Dios no te ha enviado, pronto estarás sin saber qué hacer, y tambalearás como bote en una gran tormenta. Es fácil confiar cuando puedes confiar en ti mismo. Pero cuando no puedes confiar en ti mismo, cuando tu espíritu descende bajo cero en el hielo de la desesperación absoluta, entonces es el momento de confiar en Dios. Si ese es tu caso, llevas las marcas de un hombre que puede guiar al pueblo de Dios y ser un consolador para los demás.

Súmese a ello que para ser más útiles, muchos hombres de Dios deben aprender a estar completamente solos. "Mira a mi diestra y observa pues no hay quien me quiera conocer." Si necesitas que los hombres te ayuden puedes convertirte en un seguidor muy decente; pero si no necesitas del hombre y puedes estar solo, siendo Dios tu ayudador, serás ayudado a ser un líder. Oh, fue una gran cosa cuando Lutero salió de las filas de Roma. Había muchos hombres buenos alrededor de él que le dijeron: "Martín, guarda silencio. Si no detienes tu lengua lo que conseguirás es que te quemen. Quedémonos donde estamos, en la Iglesia de Roma, no importa que tengamos que tragar montones de basura. Podemos creer el evangelio y permanecer donde estamos." Pero Lutero sabía que debía desafiar al anticristo, y declarar el puro evangelio del Dios bendito; y debía estar solo luchando por la verdad, aun cuando hubiera tantos demonios en su contra como tejas en los techos de Worms. Ese es el tipo de hombre a quien Dios bendice. Quiera Dios que muchos jóvenes que están aquí puedan tener el valor de sentir, en su posición particular: "Si es necesario,

puedo estar solo. Estoy contento de tener junto a mí al patrón y a mis compañeros de trabajo, pero si nadie quiere ir al cielo conmigo, me despediré de ellos e iré al cielo solo, por la gracia del Hijo amado de Dios."

Más aun, el hombre a quien Dios bendice debe ser un hombre que se deleita en Dios solamente. David dice: Clamé a ti, oh, Señor; Dije: Tú eres mi esperanza y mi porción en tierra de los vivientes." ¡Oh, que tengamos a Dios como nuestro refugio y hacer de Dios nuestra porción! "Perderás tu posición; perderás tus ingresos; perderás la aprobación de tus semejantes." "¡Ah!" dice el creyente, "pero no perderé mi porción porque Dios es mi porción; El se situación, ingresos y todo para mí. Me quedo con El, venga lo que venga." Si has aprendido a deleitarte en Jehová, El concederá las peticiones de tu corazón." Ahora, has llegado a tal estado que Dios te puede usar y hacer una gran cosa contigo. ¡Dios nos libre de tener nuestra porción en esta vida, porque si la tenemos, no estamos de ningún modo en su pueblo!

La persona que ha de ser utilizada por Dios debe aprender a compadecerse del pueblo de Dios cuando sufre. Tenemos las palabras de David en el versículo seis: "estoy muy afligido." El Señor Gran Corazón, aunque debe ser fuerte para dar muerte al Gigante Feroz, y a cualquiera de los otros gigantes que infestaban el camino del Peregrino, debe ser un hombre que tiene que recorrer ese camino por sí mismo, solo, si ha de ser guía de otros. Si el Señor intenta bendecirte, hermano mío, y el hacerte muy útil en Su iglesia depende de ello, El te probará. La mitad, quizás los nueve décimos, de los problemas de los ministros de Dios sean enviados sobre ellos no a causa de ellos mismos, sino por el bien de otra persona. Muchos hijos de Dios, que van muy tranquilamente al Cielo, hacen muy poco por los demás; pero otros que han soportado todas las peripecias y los cambios de la vida de un creyente experimentado, los han tenido solamente para que estén en mejores condiciones de ayudar a otros, de sentarse a llorar con los que lloran, a levantarse y regocijarse con los que se gozan.

Así que vosotros, queridos hermanos que habéis entrado en la cueva, y vosotras, hermanas que tenéis profundos ejercicios espirituales, quiero confortaros mostrándose que éste es el método de Dios para hacer algo de ti. El te está profundizando. Eres como una vieja zanja que no tiene más capacidad; ya no puedes recibir más, y Dios está profundizándote para hacer en ti más espacio para su gracia. La pala corta dolorosamente trozo a trozo y lo deja a un lado. La cosa misma que te gustaría conservar será desechada, y serás profundizado, excavado más y más profundamente, para que se cumpla la palabra de Elíseo: "Haced en este valle muchos estanques. Porque Jehová ha dicho así: "No veréis viento, no veréis lluvia, pero este valle será lleno de agua." Amigo mío serás probado para que Dios sea glorificado en ti.

Finalmente, si Dios quiere usarte, debes llenarte de alabanza. Escuchad lo que dice David: "Saca mi alma de la cárcel para que alabe tu nombre; me rodearán los justos, porque tú me serás propicio." ¡Qué Dios conceda a mis hermanos y hermanas que están sufriendo pruebas para su bien, y son afligidos para ser promovidos gracia para comenzar a alabarte! Los que cantan van adelante. Los que puedan alabar en mejor forma serán los que puedan guiar a otras en la obra. No me pongáis a seguir a un líder pesimista. ¡Oh no! queridos señores no podemos trabajar al son de la Marcha Fúnebre! Nuestros soldados nunca hubieran tenido la victoria en Waterloo si esa hubiera sido la música del día de la victoria. No. No; désenos un Jubilate: "Cantad a Jehová que ha triunfado gloriosamente; alabad continuamente su gran nombre." Entonces saca la espada y acierta con la estocada. Si eres de espíritu alegre, contento en el Señor, y gozoso después de todas las tribulaciones y aflicciones, si te regocijas mucho más porque has sido afligido tanto, entonces Dios está haciendo algo de ti, y te usará para conducir su pueblo a mayores obras de gracia.

He hablado a tres tipos de personas esta noche. Quiera Dios que cada uno de vosotros

reciba gracia para obtener lo que le corresponde. Pero si veis a alguno de la primera clase, antes de dejar el edificio, a alguien que está en la cueva de la desesperación bajo convicción de pecado, si quieres ir a la comunión y sientes que debes quedarte y darles consuelo, hazte el propósito de hacerlo. Deja para ti el segundo lugar. Hay una obra maravillosa que hacer en esos atrios y en aquellas bancas después del servicio. Algunos queridos hermanos y hermanas siempre están haciendo eso. Yo los llamo mis "galgos," porque ellos corren y cobran las aves que yo he herido. Quisiera que les sea posible recoger muchas esta noche. Ojala algunos de vosotros puedan estar constantemente alertas para observar un rostro y ver si hay alguna emoción en ellos. Rema y pon tu canoa a parejas con ese pequeño barco, y ver si puedes comunicarte con aquel atribulado que está a bordo, y dile palabras que alegren su triste corazón. Haz siempre esto; porque si estás en prisión el que encuentres el camino de salida para ti será ayudar a otros a salir. Dios volvió la cautividad de Job cuando él oró por sus amigos. Cuando comenzamos a mirar o otros y a buscarles para ayudarles, Dios nos bendice. ¡Qué así sea, por amor de su nombre! Amén.
